

Lorgio Orellana Aillón

**La caída de Evo Morales,
la reacción mestiza y el ascenso
de la *gente bien* al poder**



**La caída de Evo Morales,
la reacción mestiza y el ascenso de la
gente bien al poder**

Lorgio Orellana Aillón

**La caída de Evo Morales,
la reacción mestiza y el ascenso de la
gente bien al poder**

La caída de Evo Morales, la reacción mestiza y el ascenso de la *gente bien* al poder

Primera Edición, septiembre 2020

Universidad Mayor de San Simón

Dirección de Interacción Científica y Tecnológica

Agencia Sueca para el Desarrollo Internacional

Instituto de Estudios Sociales y Económicos

© Autor: Lorgio Orellana Aillón

ISBN: 978 - 9917 - 0 - 0456 - 1

Queda rigurosamente prohibida, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático sin autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones previstas por las leyes.

Ilustración: Tinta y acuarela de Richard Hector Peredo: “Senkata y Huayllani, de tu sangre derramada surgiran vertientes de esperanza”.

Diseño de tapa y diagramación: Gabriela J. Rus (T.G.K.)

LAS INTERPRETACIONES REALIZADAS EN ESTE LIBRO SON DE EXCLUSIVA RESPONSABILIDAD DEL AUTOR Y NO COMPROMETEN A LAS INSTITUCIONES AUSPICIANTES.

ESTA PUBLICACIÓN ES DE DISTRIBUCIÓN GRATUITA Y QUEDA PROHIBIDA SU VENTA.

Impreso en Talleres Gráficos Kipus Telfs.: 4116196 – 4237448

Cochabamba-Bolivia

Para Gabriela, mi amada compañera, mi musa felina, mi esposa. Obrera de la Terminal de buses varios años de su juventud, y, ahora, el principal sostén laborioso de nuestro hogar. Hija de una humilde campesina indo-mestiza quechua, doña Felicidad, y de un trabajador aymara de tickeo en una parada de trufis, don Salomón, un gran caballero. Ella sintió como suyas las pérdidas provocadas por la masacre de Huayllani del 15 de noviembre de 2019, y las lloró.

Con *la Gata* no solo aprendí a comprender y apreciar las diversas solidaridades que se entretajan en el seno de las clases oprimidas indo-mestizas, sino sobre todo a amar de otro modo. Fue inmiscuyéndome con obstinación y pasión en su mundo –que ahora también es el mío– que tuve la fortuna de aprehender el gozo en el amor sencillo, sin drama, no romántico, durante años dolorosamente incomprensible para un complicado pequeño burgués blanco-mestizo de mi condición, que alimentó su imaginación infantil con la simbología *Disney*.

El amor es también habitus de clase y amarla me cambió radicalmente.

- *Morgan Freeman: ¿Puedo yo, Morgan Freeman, ser alguien bien en Santa Cruz de la Sierra? Recuerda que soy rico, famoso y que incluso gané un Óscar.*
- *Entrevistado 1: [...] Ser bien es algo más complejo, es algo con lo que naces, o sea, trasciende la fama. Y si no naces, mmm [hace gesto de desaprobación] vas a tener que juntarte con un amigo, probablemente tengas que arreglarte con una pelada bien. Y eso, Morgan, te voy a decir algo, eso cuesta.*
- *Entrevistado 2: Mira querido, nosotros acá no somos tan superficiales como en tu mundo de Hollywood. Acá no se valora la fama. Acá depende de quienes son tus padres, o sea un apellido lindo y decente. ¿Usted me entiende señor Freeman? [en tono de reproche paternalista].*
- *Morgan Freeman: ¿Me estás diciendo que lo que necesito es un apellido importante y famoso?*
- *Entrevistado 3: Nacer de padres bien es un 67%, es cuestión de genética Morgan. El otro 33% [...] es algo que hay que trabajarlo día a día [...] Ese bendito 33%. Yo se lo atribuyo a tres variables [...] La primera comenzó cuando empecé a trabajar a mis 14 años, tenía un sueño, y lo anhelaba, trabajé, trabajé y lo logré, pude equipar mi auto tuning. La segunda ya fue un trabajo no simplemente aspiracional, me enfoqué en mi objetivo y pude lograr lo que todo el mundo anhela en este pueblo: fui presidente de mi comparsa. Y la tercera variable fue que a mis 18 años [llora] yo era quien elegía quien entraba y no [...] en los boliches.*

....

- *Morgan Freeman: En Hollywood tú necesitas un talento especial para ser famoso. ¿Se aplica lo mismo en Santa Cruz?*

....

- *Entrevistado 4: Administrar los bienes de tus padres ¿No le parece suficiente talento señor talento?*
- *Entrevistado 5: Vos que soj talentoso debes saber de etimología, que la palabra bienes, el tener bienes, es de ser bien [...]*

Fragmento de una parodia de entrevista entre el actor Morgan Freeman y los integrantes de la Comparsa cruceña Los Artistas (20 de febrero de 2019)

Índice

Prólogo <i>Fernando Mayorga</i>	11
Introducción	15
La similitud y el cambio.....	17
I. Condiciones externas de la crisis	31
1. El gas y la geopolítica de la antigua derecha.....	33
2. El litio y la geopolítica de la nueva ultra-derecha.....	39
II. Contradicciones de la sociedad oligárquica de larga duración	49
1. El paradigma oligárquico, la lucha de clases-etnias en torno al espacio público y la urdimbre simbólica de la <i>indecencia</i>	51
2. El problema de la igualdad en una sociedad de privilegiados y desfavorecidos.....	65
III. Las contradicciones socioculturales dentro del régimen populista del MAS	77
1. El fracaso de la tentativa de conciliar a los irreconciliables.....	79
2. La burocratización de las organizaciones sociales y la desmovilización de las clases subalternas.....	86
IV. El estallido de la cuestión nacional	91
1. La invisibilización de los mestizos.....	93
2. Las luchas entre “collas”, “cambas” y “mestizos”.....	100
V. La lucha de clases-etnias. Contenidos de clase del indigenismo del MAS y de la lucha <i>india</i>	107
1. El contenido social del nacionalismo indígena del MAS.....	109
2. La escisión de las etnias y nacionalidades collas en líneas de clase y el contenido social de la categoría de <i>indio</i>	113
3. La eclosión de la lucha de clases-etnias y la rebelión de los <i>indios</i> explotados.....	119
IV. Hacia la coyuntura política de octubre-noviembre de 2019. El trabajo colectivo de urdimbre simbólica del <i>fraude</i> y el ascenso de la <i>gente bien</i> al poder	125

1. El MAS entre la “izquierda” y la “derecha” del proceso político. La dinámica de las tomas de posición políticas y la caracterización del adversario político.....	127
2. Los antecedentes de la derechización.....	134
3. El trabajo colectivo de urdimbre simbólica del fraude y la emergencia de un nuevo régimen de verdad.....	139
4. El proceso contra-revolucionario de octubre-noviembre de 2019.....	146
5. ¿Por qué fue un golpe de Estado?.....	155
6. Ascenso de la <i>gente bien</i> al poder.....	162
Conclusiones	171
“No me gusta que mi hija sea su empleada”.....	173
Apéndices	179
Apéndice I: El papel de las caracterizaciones políticas de los actores en las tomas de posición.....	181
Apéndice II: El MAS no fue derribado por una insurrección popular. Lo que las orientaciones de las movilizaciones sociales y las estadísticas nos dicen al respecto.....	186
Apéndice III: Objetivismo y el enfoque de la praxis en el concepto de formación clase-etnia. Respuesta a las críticas de Alison Spedding y Fernando Molina.....	190
Introducción.....	190
1. El estatuto sociológico de las categorías émicas.....	193
2. Formaciones de clase, de etnia, de raza y las luchas clasificatorias por la definición de uno en el mundo.....	200
3. Formaciones clase y etnicidad.....	210
4. La representación social de la antigua <i>gente decente</i>	214
Reflexiones finales.....	216
Bibliografía	219

Prólogo

Fernando Mayorga*

Este libro aporta con una reflexión políticamente incisiva y teóricamente original sobre los acontecimientos suscitados entre octubre y noviembre de 2019, que condujeron el proceso político boliviano a una grave crisis, cuya resolución fue un golpe de estado y que es definida por su autor como una “situación reaccionaria o contra revolucionaria”.

Es un estudio que va a contramano de las interpretaciones que se sustentan en el discurso del bloque opositor al MAS (el relato “pitita”) que enarboló una consigna conservadora pero eficaz -“la biblia regresará al palacio”- y esgrimió objetivos vagos pero con capacidad interpelatoria -por ejemplo, “lucha contra la dictadura”-, que formaron parte de un accionar que el autor describe y analiza como un “trabajo colectivo de urdimbre simbólica del fraude”. A mi juicio, uno de los efectos que tuvo este accionar discursivo fue disputarle exitosamente al MAS el sentido o significado de la democracia mediante su articulación a los principios de libertad y estado de derecho, frente a los valores de justicia e inclusión enarbolados por el partido de Evo Morales.

Es una investigación que asume una postura analítica y crítica muy distante de las declaraciones de intelectuales y académicos que alentaron y justificaron el derrocamiento de Evo Morales –algunas y algunos desde posiciones “de izquierda”– y, luego, se sumaron al cerco mediático que se puso en marcha para respaldar y justificar las medidas del gobierno transitorio presidido por Jeanine Áñez. También se distancia de la interpretación masista que se enfoca en la trama conspirativa de sus rivales

* Sociólogo y PhD en Ciencia Política. Catedrático en la Carrera de Sociología y director a.i. del Centro de Estudios Superiores Universitarios (CESU) de la Universidad Mayor de San Simón.

políticos y no ausculta sus errores tácticos ni considera el impacto de la mengua de su capacidad hegemónica, desde la realización del referendo constitucional, en febrero de 2016, y las consiguientes acciones en pos de conseguir la habilitación de Evo Morales como candidato presidencial.

En este libro, el autor recupera y enriquece un estudio que publicó en 2016 con el título *Resurgimiento y caída de la gente decente. Un sendero en la formación de una clase-etnia dominante en Bolivia (1940-2003)*. En ese libro, Lorgio Orellana analiza la actuación de la élite que gobernó el país en una fase estatal caracterizada por la articulación entre democracia y neoliberalismo y que tuvo en Gonzalo Sánchez de Lozada su máxima expresión ideológica y en la “democracia pactada” su materialización política e institucional. En esa fase estatal, cuyo despliegue se produjo entre 1985 y 2003, el gobierno estuvo bajo el mando de una élite que es caracterizada como *gente decente*, a partir de las propias representaciones sociales de los herederos de aquella oligarquía que fue derrotada en la revolución del 52 y que retornó, a mediados de los años ochenta del siglo pasado, a ocupar los meandros del poder político con una combinación de rasgos que remiten a las relaciones de producción económica y a la identidad cultural y, por eso, es definida como *clase-etnia dominante*. Precisamente, la noción combinada de clase/etnia es retomada por Lorgio Orellana en este nuevo libro y resulta un importante aporte, no solamente para entender la coyuntura crítica de fines de 2019, sino para caracterizar el actual bloque en el poder y la lucha política desde una perspectiva dialéctica. El autor recupera una mirada marxista muy sugerente –aquella esbozada por Mao Tse Tung en sus tesis filosóficas pero, principalmente, en *Acerca de la contradicción*– que combina la lucha de clases con la lucha anti imperialista –la denominada cuestión nacional– en una suerte de dialéctica multidimensional, que exige prestar atención a la dinámica política interna en consonancia con los factores exógenos y las condiciones internacionales. Esta apuesta metodológica enriquece la interpretación de los acontecimientos y comportamientos individuales y colectivos sin reducirlos a las demandas e intereses materiales de las clases sociales ni a la “voluntad política” de los actores estratégicos.

En la búsqueda de una articulación de los aspectos principales y secundarios de las contradicciones internas y externas, el autor desarrolla un hilo argumentativo acerca de la influencia del gobierno de Donald Trump en el curso de los acontecimientos post electorales –y el papel del secretario general de la Organización de Estados Americanos (OEA) da pábulo para demostrar esa influencia– en función del interés de Estados Unidos en las reservas de litio del salar de Uyuni, en medio de una disputa geopolítica con China. Es una hipótesis plausible, sin duda, aunque requiere mayor respaldo empírico, algo que seguramente será provisto por otras investigaciones que aportarán con datos e información al respecto para tener un cuadro preciso de la conjura que terminó con la caída del gobierno de Evo Morales.

Uno de los principales aportes de este libro es el análisis de la derrota política del MAS en conexión con el retorno de la élite –aquella *gente decente* de las últimas décadas del siglo XX– caracterizada, en esta ocasión, como *gente bien* para dar cuenta del nuevo bloque en el poder político y ciertos desplazamientos en la composición de los grupos de poder económico, con los empresarios cruceños a la cabeza y una pequeña burguesía mestiza como base de apoyo urbana. Esta *gente bien* enarbola un proyecto de restauración oligárquica de carácter señorial con rasgos anti indígenas y pro neoliberales, sin embargo, su impulso perdió fuerza pocos meses después del golpe de estado porque carece de una organización política unificada, tampoco puede forjar una coalición que no sea, simplemente, una reacción de rechazo a la presencia del MAS en el campo político. La *gente bien* expresa la contradicción entre clases/etnias, una contradicción que se alimentó del clivaje regional que se expresa, reeditando la polarización en el proceso constituyente entre 2006 y 2009, en la confrontación política entre el oriente “camba” y el occidente “colla” que, según la clave interpretativa del autor, incluye “contradicciones inter-étnicas y entre nacionalidades”. Este intento de interpretación en código marxista, sin caer en reduccionismos economicistas ni clasistas, constituye un aporte a la caracterización de la crisis política de fines de

2019 porque el balance que realiza el autor contempla una lectura de los cambios en la relación entre Estado y sociedad, aquélla que René Zavaleta Mercado engloba en la categoría “óptimo social” para dar cuenta de un encuentro complementario entre la capacidad representativa del Estado y la pulsión participativa de la sociedad.

Otro aporte metodológico que merece destacarse, a partir del uso de una perspectiva dialéctica multidimensional, es la combinación de una lectura sincrónica, enfocada en la coyuntura, y una mirada diacrónica, que presta atención al peso de la historia y a las continuidades estructurales, y también a la persistencia de las jerarquías sociales y sus manifestaciones simbólicas. Lo clasista y lo étnico son articulados de manera creativa para esbozar la composición heterogénea de la sociedad boliviana evitando caer en reduccionismos clasistas o indigenistas. Asimismo, lo político y lo simbólico forman parte de la interpretación de los hechos y el autor otorga a cada esfera su importancia específica, aunque considero que un mayor énfasis en la política institucional –por ejemplo, en el formato y funcionamiento del sistema de partidos- puede matizar algunas conclusiones de este libro, sobre todo aquéllas referidas a las razones del debilitamiento del MAS en los últimos años y en la propia caracterización del gobierno de Evo Morales.

Es un libro que alienta el debate con calidad teórica y destreza metodológica y, en esa medida, es una importante contribución para la comprensión de un hecho reciente que exige ser abordado con perspectiva histórica y sin anclarse en la coyuntura. Estos dos requisitos son cumplidos de manera creativa y rigurosa por el autor de un libro que expresa, además, la continuidad de una producción investigativa que enriquece -con aportes y desafíos- a la comunidad académica universitaria y al campo intelectual.

Cochabamba, 19 de julio de 2020.

Introducción

La similitud y el cambio

El objetivo de este ensayo es caracterizar el *campo de fuerzas societal*¹ donde se inscriben las luchas de octubre-noviembre de 2019, que derivaron en la caída de Evo Morales. Se trata de proponer algunas hipótesis explicativas sobre la configuración de dicha coyuntura política, desde una perspectiva *dialéctica* que se enfoca en la interacción entre las condiciones internacionales, las contradicciones locales y el trabajo de urdimbre simbólica que durante esos días modelaron el proceso político boliviano.

La tentativa de comprender y explicar el proceso político de fines de 2019 se enfrenta con ciertas dificultades de orden epistemológico. En la atmósfera político-cultural, uno de los principales problemas teórico-prácticos derivó de los intentos de caracterizar al gobierno del MAS. La crítica de

1 Empleamos este concepto en el sentido definido por Edward P. Thompson en su ensayo sobre la sociedad inglesa del siglo XVIII: “Al analizar las relaciones de la *gentry-plebe*, nos encontramos no tanto con una riña e inflexible batalla entre antagonismos irreconciliables, como con un “campo de fuerzas” societal. Estoy pensando en un experimento escolar [...] en que una corriente magnetizaba una placa cubierta de limaduras de hierro. Las limaduras, que estaban uniformemente distribuidas, se arremolinaban en un polo o en otro, mientras que entre medias las limaduras que permanecían en su lugar tomaban el aspecto de alineaciones dirigidas hacia uno u otro polo opuesto. Así es prácticamente como veo la sociedad del siglo XVIII, con la multitud en un polo, la aristocracia y la *gentry* en otro, y en muchas cuestiones, y hasta finales del siglo, los grupos profesionales y comerciantes vinculados con líneas de dependencia magnética a los poderosos, o, en ocasiones, escondiendo sus rostros en una acción común de la multitud. Esta metáfora permite entender no sólo la frecuencia de situaciones de amotinamiento (y su dirección), sino también gran parte de lo que era posible y los límites de lo posible más allá de los cuales no se atrevía a ir el poder. Se dice que la reina Carolina se aficionó tanto en una ocasión al St. James Park que preguntó a Walpole cuánto costaría cerrarlo para hacerlo propiedad privada. “Sólo una *corona*, Señora”, fue la respuesta de Walpole.” (Thompson, 1979, pp. 40-41). Las dos acotaciones que queremos introducir a esta definición, es que este campo de fuerzas no se circunscribe exclusivamente a una geografía “nacional”, sino que forma parte de una correlación de fuerzas de alcance mundial. A su vez, en el campo de fuerzas societal se hallan presentes, no únicamente las condiciones de su reproducción, sino también de su transformación; y, en vista de ello, de transición de un proceso contradictorio a otro antagónico (Tse-tung, 1974).

izquierdas –donde figuraban ecologistas, feministas, trotskistas, indianistas y anarquistas– solía afirmar que el gobierno de Evo Morales era “lo mismo” que el de Gonzalo Sánchez de Losada (Goni), porque ambos promovieron sociedades con las empresas transnacionales (Página Siete, 12 de noviembre de 2013). Uno de los estribillos favoritos de los maestros trotskistas, cantado durante sus movilizaciones contra el gobierno del MAS, sostenía: “Evo decía que todo cambiaría. ¡Mentira!, ¡mentira!, ¡la misma porquería!” (Seleme, 10 de abril de 2011).

De modo análogo afirmaba la activista feminista y anarquista María Galindo (7 de octubre de 2014): “[e]l propio Movimiento Al Socialismo se ha convertido en el proyecto más cómodo para la propia derecha, se ha convertido en el caballito de Troya de la derecha y representa, mejor que ninguno, la tranquilidad de los intereses más conservadores de la derecha misma”.

Aquella interpretación no se circunscribía a líderes de movimientos sociales. Similares claves interpretativas se encontraban en la música popular, como en el fragmento de esta canción escrita por Florian Calcina e interpretada por el grupo musical El Chacal: “[Y]o soy un masista, un politiquero de doble discurso. Hablo de proceso, proceso de cambio pa[ra] no cambiar nada. Anti-imperialista, pero vende-patria, no hay nadie como yo” (El Chacal, s.f.). Para Florian Calcina los masistas eran socialistas en el discurso, pero: “[e]n los hechos vende-patrias, al igual que Goni” (El Chacal, s.f.).

Dicha identificación recorría distintos ámbitos del saber. En el espacio académico e intelectual el filósofo Luis Tapia (s.f.) afirmó que: “[e]l MAS se ha vuelto un partido de derecha, es la principal fuerza de derecha en el país, por el contenido económico y político del gobierno”. De modo análogo sostuvo la socióloga Silvia Rivera: “[l]a derecha es el Evo” (Eju, 6 de enero de 2014).

Si bien estas analogías visibilizaron importantes continuidades entre los gobiernos neoliberales de los años 90 y el gobierno del MAS, ensombrecieron otros aspectos. Si los intereses de la derecha oligárquica boliviana

eran similares, si no idénticos, a los del gobierno del MAS, ¿cómo explicar su implicación en el derrocamiento de Evo Morales?, ¿cómo comprender la sañuda persecución y represión desatada por el nuevo gobierno de Jeanine Añez en contra de las ex autoridades del MAS?, ¿cómo explicar el contundente respaldo de la administración estadounidense a favor del ascenso del gobierno de facto? Estos y otros problemas, como veremos más adelante, quedaron sin resolución entre quienes procuraron construir una narrativa contraria al gobierno del MAS desde la izquierda.

Uno de los propósitos de este ensayo consiste en proponer algunas respuestas para aquellas interrogantes. Pero antes de plantear nuestra problemática, introducir nuestro enfoque y visibilizar nuestro objeto adecuadamente, requerimos deconstruir algunas preconociones del sentido común que obstruyen su conocimiento sociológico.

La crítica de izquierdas reproducía una antigua modalidad del saber diseminada en diversos ámbitos sociales. Forma parte del sentido común popular la representación de que cuando las cosas andan mal, en Bolivia *nada cambia, todo sigue igual*. Lo que se percibe como un rasgo negativo en las actitudes y en las acciones de los individuos se piensa como repetición, por ejemplo, cuando se señala con el dedo a gobernantes corruptos: “todos los políticos son iguales”, “son lo mismo”, a veces caracterizándolos con lenguaje racista y patriarcal: “la misma chola con otra pollera”, o si se trata de familiares, “de tal palo tal astilla”. De modo habitual este razonamiento procede haciendo identificaciones, como ese refrán antiguo que hace alusión a un individuo que anda con “malas compañías”: “dime con quién andas y te diré quién eres”, presuponiendo que la calidad negativa de uno se define por la proximidad que tiene con las “malas compañías” que lo circundan.

Estas asociaciones, expresadas a través de refranes, se asemejan bastante a una modalidad del saber que Michel Foucault caracterizó como la episteme de la similitud, característica del siglo XVI:

“Hasta fines del siglo XVI, la semejanza ha desempeñado un papel constructivo en el saber de la cultura occidental. En gran parte, fue ella la que guio la exégesis e interpretación de los textos; la que organizó el juego de los símbolos, permitió el conocimiento de las cosas visibles e invisibles, dirigió el arte de representarlas. El mundo se enrollaba sobre sí mismo: la tierra repetía el cielo, los rostros se reflejaban en las estrellas y la hierba ocultaba en sus tallos los secretos que servían a los hombres. La pintura imitaba el espacio. Y la representación –ya fuera fiesta o placer– se daba como repetición: teatro de la vida o espejo del mundo, he ahí el título de cualquier lenguaje, su manera de anunciarse y de formular su derecho a hablar.” (Foucault, 1968, p. 26).

¿En qué medida esta “representación que se da como repetición” es un muy antiguo código ordenador del saber que nos legó la colonización europea? No nos corresponde dilucidar aquí esta cuestión, aunque si plantear una hipótesis. La vigencia del horizonte colonial (Rivera, 1986) implica, entre otras cosas, la persistencia de ciertas maneras de razonar. En vista de ello, suponemos que la episteme de la similitud es uno de los principales obstáculos epistemológicos (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002) al momento de pensar el proceso político de octubre-noviembre de 2019; representación paradójica en una formación social asolada por recurrentes cambios abruptos como los golpes de Estado, las insurrecciones populares, incluida una de las tres revoluciones más importantes de América Latina, la de 1952.

Al contrario de la representación de la similitud, dentro del imaginario de izquierdas la idea de cambio siempre se reviste de buenos augurios. Una herencia de la teleología moderna del progreso consiste en asumir que el cambio siempre es mejora o superación. En esta teleología abrevó, precisamente, la idea de “proceso de cambio” que se encumbró como ideología oficial durante la era del MAS. Así por ejemplo escribe Katu Arkonada (18 de marzo de 2013):

“El proceso de cambio en Bolivia puesto en marcha durante el ciclo rebelde 2000-2005 y cristalizado en la victoria electoral de Evo Morales y el MAS en diciembre de 2005, avanza, a pesar de las contradicciones inherentes a la gestión de la herencia de un Estado colonial y neoliberal, profundizando una revolución política y descolonizadora, que cuenta con numerosos avances [...]”.

Según los intelectuales del MAS el “proceso de cambio” avanza hacia adelante. Hay algunos retrocesos, pero el proceso siempre discurre en un sentido progresivo, de lo contrario ya no sería “cambio”. Si la repetición tiene una connotación negativa, en esta representación social el cambio tiene un signo positivo.

En cierta medida, la crítica de izquierdas y de ciertos sectores de clases subalternas desatada contra el gobierno de Evo Morales, no rompió con esta episteme cuando le reprochó el no haber cambiado nada (El Chacal, s.f.). Para estos protagonistas de la historia las cosas “cambian” en un sentido progresivo, revolucionario, o simplemente “no cambian”, “todo sigue igual”, “la historia se repite”.

Esta dificultad para reconocer lo nuevo y para pensar los cambios, las diferencias, las contradicciones, fuera de aquel esquema evolucionista, permite comprender en gran medida los problemas que ciertos sectores de izquierda contribuyeron a crear, cuando se posicionaron junto a la derecha oligárquica en un frente común contra el gobierno de Evo Morales, durante los acontecimientos de octubre-noviembre de 2019.

Frente a ese obstáculo epistemológico (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 2002), el análisis socio-político de los procesos requiere restituir en el concepto de cambio un sentido estrictamente descriptivo, apartando del mismo toda connotación moral y teleológica.

En vista de ello es el cambio, no la repetición, lo que se encuentra en el centro de nuestra problemática. Mao Tse-tung (1974) explicaba el cambio recurriendo a un ejemplo sencillo: bajo el efecto externo del calor

un huevo se transforma en pollo, mientras que una piedra, debido a su composición interna, no experimenta el mismo resultado. Esta figura escolar le servía para ilustrar un problema complejo: el cambio es el resultado de la interacción entre *condiciones externas* y *contradicciones internas*.

Dicha problemática constituirá nuestro foco de atención en el caso de la crisis política boliviana de octubre-noviembre de 2019. El cambio de régimen iniciado el 10 de noviembre, impulsado por el gobierno de los Estados Unidos, no habría sido posible si los norteamericanos y la derecha boliviana no hubieran aprovechado a su favor ciertos antagonismos socioculturales inmanentes a la sociedad boliviana. Como veremos en este ensayo, los ideólogos de la conspiración golpista parecen haber aprendido lo suficiente de revolucionarios marxistas como Lenin o Mao, para intercalar el arte de la “agitación en el seno de las masas” con la búsqueda planificada y consciente del derrumbe de un régimen. El epicentro de la conspiración se instaló en Santa Cruz de la Sierra, y esa decisión sólo es comprensible a la luz de las contradicciones inter-étnicas y entre nacionalidades que tensionan al Oriente “camba” –epicentro de la intentona golpista y separatista de 2008– y el Occidente “colla” del país, donde reside el apoyo principal de aimaras y quechuas al proyecto del MAS. ¿De qué modo la dialéctica entre estas *contradicciones locales* y la mediación imperialista propiciaron el cambio de régimen hacia fines de 2019?

Partimos de la hipótesis de que la reorientación de los intereses norteamericanos sobre el litio boliviano, en el contexto de las tensiones geopolíticas entre la China y los Estados Unidos (I), configuraron las condiciones externas de la crisis. Nuestra estrategia explicativa consiste en situar la emergencia de la coyuntura de crisis política (VI), en la interacción entre aquellas condiciones externas y el desarrollo de ciertos antagonismos socio-culturales de la *sociedad oligárquica* boliviana (II, III, IV, V).

La *sociedad oligárquica* históricamente preservó ciertos rasgos estamentales del antiguo ordenamiento colonial:

[U]n sistema en el cual la casta colonial “encomendera” continúa siendo la única en definir las condiciones de ejercicio del poder y, como tal, ocupa invariablemente el vértice de la pirámide social y el corazón del Estado. Los sectores mestizos subordinados por su parte, se disputan la mediación y el control sobre lo popular –y más recientemente, sobre lo indio– como mecanismo de presión que les permita, a su turno, ocupar ese vértice y acceder al círculo de los poderosos. El potencial de mediación entre el estado y la sociedad que concentran emana, tanto de su disposición civilizatoria hacia el polo indio dominado, como de su capacidad de controlar las redes clientelares existentes o de crear nuevas redes competitivas (Rivera, 1993, p. 89).

Junto a esta jerarquización étno-racial de blancos, mestizos e “indios”, la sociedad oligárquica devino de una escisión clasista; división que se entrecruzó de un modo particular con aquélla. En las antiguas sociedades coloniales: “[l]as nuevas identidades históricas producidas sobre la base de la idea de raza, fueron asociadas a la naturaleza de los roles y lugares en la nueva estructura global de control del trabajo. Así, ambos elementos, raza y división del trabajo, quedaron estructuralmente asociados y reforzándose mutuamente” (Quijano, 2000, p. 204). Las formaciones de clase y las configuraciones étno-raciales terminaron fusionándose y estructurándose en un orden jerárquico de dominación de *clases-etnias*,² en el que históricamente imperaron las clases de grandes propietarios blanco-mestizos (hegemónicas en el seno de la *gente decente*³ de Occidente

2 Ver nuestras definiciones de clase y etnia en el Apéndice III.

3 La *gente decente* es una constelación social de familias simbólicamente unificadas por un imaginario blanco-mestizo, donde una burguesía blanco-mestiza ejerce una dirección intelectual y moral, clase-etnia dominante que se constituyó como grupo oligárquico de poder, hegemónico durante las dos últimas décadas del Siglo XX (Orellana, 2016, pp. 289-302). Todas las referencias que se hagan a la *gente decente* de aquí en adelante, deben remitirse a la obra que acabamos de citar.

hasta inicios del Siglo XXI); y, también, después de la revolución de 1952, las clases medias mestizas (Rivera, 1993, p. 80); sobre un mosaico de clases trabajadoras indo-mestizas, campesinas y nacionalidades y etnias indígenas.

La crisis de la minería mediana y el colapso de la oligarquía comercial financiera del Occidente del país, en los años 80, condicionaron el declive histórico de la *gente decente* en los Andes bolivianos. Las insurrecciones de octubre de 2003 y de mayo-junio de 2005 removieron del gobierno aquella estructura del poder, derribaron a la *gente decente* de la dirección del Estado. La caída de Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003 simbolizó el colapso de la oligarquía en Occidente (Orellana, 2016, pp. 241-260, 289-302).

En Oriente la burguesía cruceña, el sector socio-económico más poderoso del país, y el Comité Cívico pro Santa Cruz, constituyeron las últimas líneas de defensa del gobierno oligárquico. Antes de salir del país, los dirigentes del MNR abrigaron la esperanza de gobernar desde Santa Cruz, el último bastión del régimen. Pero el riesgo de una guerra civil los persuadió de lo contrario.

La caída de la *gente decente* en Occidente desbrozó el camino para el ascenso de Evo Morales al gobierno en 2006 por la vía electoral. Mientras que, en Santa Cruz de la Sierra, la *gente bien*,⁴ homóloga de la dispersa burguesía *decente* de Occidente, quedó como la principal reserva moral y fuerza social contraria al nuevo régimen.

El gobierno del MAS (2006-2019) introdujo importantes modificaciones en la configuración oligárquica boliviana. Si bien en la alta jerarquía del poder ejecutivo persistieron intelectuales mestizos y blanco-mestizos, el MAS promovió el ingreso de nuevas autoridades de origen campesino, indígena e indo-mestizo (“cholo”), principalmente del Occidente “colla”, en distintas entidades del Estado boliviano (Soruco, Franco y Durán, 2014); inaugurando una contradicción en el seno de la sociedad

4 Una definición preliminar viene como epígrafe del libro.

boliviana donde permanecían los privilegios de las pequeñas burguesías mestizas, y de los grandes propietarios blanco-mestizos cuyas fracciones dominantes tienen su *locus* de mando en el Oriente “camba”.

Como una letanía, durante más de una década la crítica de izquierdas insistió en mostrarnos en el gobierno del MAS la repetición derechista y colonial, contribuyendo a opacar la novedad de su régimen. La explicación del proceso político de fines de 2019 exige otro enfoque. En este ensayo prestamos particular atención al desarrollo de las contradicciones de clase-etnia, suscitadas por la emergencia de un *nuevo* régimen político de populismo indigenista dentro del antiguo orden social oligárquico, y su desenlace durante los acontecimientos de octubre-noviembre de 2019: El proceso socio-político y cultural restaurador *anti-indio*, *anti-cholo*, *anti-colla* que hoy se vive en Bolivia, consiste precisamente en un esfuerzo por readecuar el Estado a las relaciones sociales jerárquicas donde predomina la oligarquía de Oriente (la *gente bien*) y la pequeña burguesía *mestiza*; un proceso de restauración oligárquica que está transformando el campo de fuerzas societal de los últimos 14 años.

Como argumentaremos, las luchas étnicas de los *mestizos*, de la *gente bien*, de los *aimaras* y de los *quechuas*, tienen contenidos sociales (Barragán, 2009). *La lucha de clases es el motor de esta etnicidad*.⁵ Desde esa perspectiva, analizamos las expresiones y las manifestaciones a través de las cuales la *burguesía blanco-mestiza* en el seno de la *gente bien*, la *burguesía indígena* representada por el gobierno de Evo Morales, la *pequeña burguesía profesional* en el seno de los *mestizos*, y los *trabajadores urbanos* de El Alto, en el seno de los *aimaras*, le dieron un contenido de clase particular a las luchas étnicas, visibilizándose y validando sus intereses como *clases-etnias*, frente a sus adversarios, en el mismo proceso de la lucha (Apéndice III).

Como es plausible verificar empíricamente, durante el conflicto político las movilizaciones sociales integran a individuos de las más diversas

5 Ver las definiciones de los conceptos de clase y etnicidad en el Apéndice III.

procedencias. Y, sin embargo, en esa diversidad es plausible encontrar unidades simbólicas de tipo étnico, así como contenidos sociales clasistas que le dan sentidos dominantes. En vista de ello, en el transcurso de este ensayo, cuando hablemos de las luchas de las *clases-etnias*, nos referiremos fundamentalmente al papel dirigente que las clases sociales ejercen en el seno de las constelaciones étnicas (Apéndice III). Si bien estos movimientos integraron a muchos más sujetos que los mencionados, no es menos cierto que las luchas de las clases imprimieron contenidos particulares y orientaciones específicas a esas acciones colectivas. Este es nuestro *foco de atención*.

Las luchas de *clases-etnias* y, una de sus características cuando éstas derivaron en una pugna por la dirección del Estado, la *cuestión nacional*,⁶ establecieron las condiciones de transformación del campo de fuerzas societal durante los eventos de octubre-noviembre de 2019.

En el terreno abonado por esas contradicciones socio-culturales, fue tomando forma el relato movilizador de *fraude*,⁷ una *telaraña de sentido* “hilada” localmente por los opositores de derecha, con el auspicio del gobierno de los Estados Unidos (Romano, Lajtman, García y Tirado, 2019), a través de las redes sociales y de los grandes medios de comunicación,

6 En teoría las etnias devienen en nacionalidades, es decir movimientos nacionalistas que aspiran a dotarse de un techo político propio (Gellner, 1989) debido al padecimiento de la experiencia de la opresión ejercida por otras etnias que controlan las instituciones del Estado; opresión nacional y lucha de las nacionalidades oprimidas por la autodeterminación que caracterizan a la irresuelta cuestión nacional (Lenin, 1962).

7 El detonante del conflicto de octubre-noviembre de 2019 fue la acusación de fraude electoral, realizada por los partidos y agrupaciones opositores al MAS, luego de que la secuencia de conteo electrónico rápido y público TREP se detuvo cuando los porcentajes rondaban el 83% de los votos. Según los opositores el sistema TREP se detuvo con el propósito de favorecer al candidato Evo Morales. La tendencia mostraba una proximidad entre el primer lugar, el MAS, y el segundo, Comunidad Ciudadana, inferior al 10%. Pero después de reiniciado el conteo con los datos oficiales, los porcentajes aparecerían con una diferencia superior al 10%, suficiente como para determinar la elección de ganador en primera vuelta, como indica la legislación electoral vigente en Bolivia. Según las acusaciones de fraude, los representantes del Tribunal Electoral, por orden gubernamental, habrían detenido el conteo rápido, visible a los ojos del público, para poder manipular los resultados en secreto.

en una coyuntura de malestar social propiciada por actos de corrupción en el gobierno de Evo Morales (II.1), y por sus tentativas de prorrogarse. El trabajo colectivo de *urdimbre simbólica*,⁸ emprendido por aquellos actores, tuvo como efecto la configuración de un imaginario reaccionario, favorable al cambio de gobierno.

En vista de este análisis, en el apartado final de este ensayo (VI) caracterizamos la coyuntura de octubre-noviembre de 2019 como situación reaccionaria o contra-revolucionaria, porque uno de los efectos del proceso conservador, precedentemente analizado, fue la oscilación de las pequeñas burguesías hacia la derecha y la extrema derecha del espectro político –en una coyuntura de profunda desmovilización de las clases-etnias y nacionalidades subalternas–, descolocando las conquistas alcanzadas por medio siglo de luchas democráticas y desbrozando el camino para el ascenso de la *gente bien* de Oriente a la alta jerarquía del poder político, donde el relato de *fraude* devino un nuevo *régimen de verdad* favorable para el reingreso de Bolivia dentro la esfera de influencia de los Estados Unidos.

La información que sustenta nuestras afirmaciones procede, principalmente, de la prensa escrita, audiovisual, de entrevistas, conversaciones y observaciones que realizó el autor; y de expresiones extractadas de las redes sociales, como el *Facebook*, que en este ensayo aparecen referidas entre comillas y sin cita.

Este libro se cierra con tres Apéndices que tienen como propósito sustentar el argumento del ensayo. Ideas fuerza en la extrema derecha,

8 Clifford Geertz (2003, p.20) define la cultura como una telaraña de sentido: “El concepto de cultura que propugno [...] es esencialmente un concepto semiótico. Creyendo con Max Weber que el hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, considero que la cultura es esa urdimbre y que el análisis de la cultura ha de ser por lo tanto [...] una ciencia interpretativa en busca de significaciones”. La idea de urdimbre se relaciona con esa metáfora. Urdir proviene del latín *ordiri* que quiere decir “preparar los hilos en la urdidera para pasarlos al telar”. El trabajo de urdir simbólicamente, en este sentido, se refiere a “hilar” los “tejidos simbólicos” donde va tomando forma la representación colectiva de *fraude*.

como la de que el MAS construyó un “gobierno socialista”, o en la ultrazquierda, que el MAS era la “nueva derecha”, o la del mismo MAS que se definía como la “izquierda”, permiten comprender la dinámica de los posicionamientos políticos de los actores. En vista de ello, en el Apéndice I analizamos dos casos que ilustran el rol de la caracterización del adversario político en las tomas de posición políticas y las estrategias que despliegan en sus luchas por el poder.

En el Apéndice II, con el propósito de otorgar un cierto soporte cuantitativo al ensayo, analizamos los resultados porcentuales de los procesos electorales que ascendieron a los gobiernos neoliberales entre los años 90 del siglo pasado e inicios del nuevo milenio, y los datos de la encuesta de *Ciesmori* del 15 de marzo de 2020, sobre preferencias electorales, datos que analizamos en relación con las orientaciones de las movilizaciones revolucionarias de 2000, 2003, 2005 y las movilizaciones de octubre-noviembre de 2019. Nuestro objetivo es hacer algunas inferencias sobre los efectos de aquellas movilizaciones sociales en las respectivas caídas de los gobiernos neoliberales a inicios de siglo y en la caída del gobierno de Evo Morales a fines de 2019.

Finalmente, el Apéndice III. El corazón de la argumentación de nuestro ensayo, presentado en la primera parte de este libro, son los conceptos de luchas, contradicciones e interacciones simbólicas etno-clasistas. La formación de las clases-etnias acontece en el seno de profundas contradicciones socio-culturales. En esta parte, a la vez que explicitamos nuestras definiciones de *formación clase*, *etnicidad* y *formación clase-etnia*, respondemos a las críticas realizadas por Alison Spedding y Fernando Molina a nuestro enfoque. Las definiciones y debates que presentamos aquí clarifican la forma en que delimitamos conceptualmente a las clases-etnias; y, para el público más especializado, coadyuva a la comprensión teórica del ensayo.

Para guiar la lectura, es importante indicar que nuestra técnica narrativa es el *flashback*, que consiste en intercalar la descripción lineal, cronológica

de los hechos, con giros a un tiempo pasado. Empezamos refiriendo un hecho de la crisis de 2019 para luego buscar en el pasado los procesos que permiten explicarlo; y, después, volver al momento de la crisis mostrando su desenvolvimiento. Este recurso, utilizado varias veces en el ensayo, nos permite buscar en el pasado los antecedentes que nos permiten bosquejar la “fisonomía” clasista-étnica de los actores involucrados en el conflicto político, e introducirlos en nuestra caracterización del campo de fuerzas societal y la interacción simbólica que modelaron la coyuntura de crisis. Habiendo conseguido esto, entre los puntos VI.4 y VI.6, donde se entra de lleno en la situación política de octubre-noviembre de 2019, se sigue una secuencia predominantemente cronológica en la descripción de las luchas hasta su desenlace.

Al final de esta introducción, quiero agradecer a la DICYT, y a su director, Julio Medina, por viabilizar y agilizar la publicación de este trabajo; a mi esposa y compañera, Gabriela, a quien dedico este ensayo y doy mi reconocimiento, pues su cálido sostén hogareño me otorga el privilegio de escribir; a mi profesor Fernando Mayorga, que abre el ensayo con un prólogo, sus recomendaciones me permitieron redimensionar ciertas afirmaciones, pulir deslices coloquiales y distinguir mis caracterizaciones de aquellas que realizan los propios actores; a mi colega, amiga y también mi madre, Tania Aillón, que leyó varias veces el manuscrito original y contribuyó a que el texto tenga mayor orden y sistema; a mi amigo de la adolescencia, el escritor Javier Antezana, por su dedicación y compromiso con la corrección ortográfica y de estilo del texto; a mi amigo, el pintor Richard Peredo, que diseñó la tinta y acuarela que aparecen como portada de este libro. Junto a mis relaciones profesionales, este libro, como casi todo lo que llevamos acabo los bolivianos, tiene también la huella de mi propia configuración familiar y de amistades. Pero las deficiencias del mismo, ya sea porque desoí alguna recomendación u omití algún aspecto, deben solamente atribuirlos a mí.

I. Condiciones externas de la crisis

1. El gas y la geopolítica de la antigua derecha

INTERESAR AL YANQUI. Lo que ante todo debemos hacer es interesar en Bolivia al yanqui. Todas nuestras fuerzas de conciencia y de trabajo deben dirigirse hacia Washington. Que somos muy chicos [...], que no podemos hacernos escuchar. Compremos con todos nuestros recursos, si es posible, micrófonos y bocinas y esperemos [...] Entre tanto trabajemos con fe y con valor y trabajemos en paz [...], pero interesar al yanqui es la regla primordial [...] En seguida atraer al europeo [...] El día en que Bolivia esté henchida de capitales, industrias y aptitudes norteamericanas y europeas, será el país mejor protegido del mundo.

Daniel Sánchez Bustamante. 1919, *Bolivia su estructura y sus derechos en el Pacífico*, citado por Andrés Solís Rada (1997, pp. 31-32).

Varios analistas han indicado que los intereses del gobierno y de las transnacionales norteamericanas en el litio boliviano fueron aspectos que determinaron su implicación en el golpe de Estado.⁹ En este apartado sustentaremos esta hipótesis, presentando algunos antecedentes históricos y datos que la respaldan.

Uno de los objetivos de los dirigentes de la derecha conservadora del período neoliberal (1985-2003) fue reencontrar un motivo que suscitara el interés del gobierno y de las empresas norteamericanas en Bolivia; objetivo que, desde su punto de vista, no sólo tenía implicaciones económicas, sino también geopolíticas.

Un ambicionado proyecto de los dirigentes del último gobierno del MNR (2002-2003) consistía en exportar gas licuado al mercado de California

9 Por ejemplo, Aponte (26 de noviembre de 2019), Sánchez (s.f.).

a través de la costa del Pacífico (Proyecto Pacific LNG). Durante una entrevista con quien fue Ministro de Energía e Hidrocarburos del último gobierno del MNR, Fernando Illanes de la Riva, éste se lamentaba que Bolivia jamás hubiera llegado con el gas más allá de su “patio trasero” (Argentina y Brasil), “yo no creo que Bolivia nunca ha entrado en la globalización”, decía. Su ambición mayor era vender gas a través de ultramar, a los Estados Unidos y México; un proyecto en el que el MNR se jugaba su suerte.

Además de acceder al gran mercado norteamericano, con este proyecto buscaban un contrapeso frente al Brasil. Fernando Illanes de la Riva y Gonzalo Sánchez de Lozada pensaban que habían otorgado a PETROBRAS un protagonismo demasiado grande en el negocio boliviano de los hidrocarburos.¹⁰

Pero fundamentalmente, veían en este negocio la posibilidad de volver a implicar intereses norteamericanos en la economía local y devolver a los Estados Unidos la gravitación que tuvo en la política boliviana durante el período de la guerra fría en los 60, 70, y durante la “guerra contra el narcotráfico” en los 90.¹¹ Confían en que este factor de poder externo

10 “El gran error, diría yo, de haber dado tanto a Petrobras, si hubiese sido mi decisión, yo hubiera distribuido un poco entre más empresas las operaciones, de tal manera que Petrobras no sea tan predominante. Como una vez, con él[...] con el humor que le caracterizaba a Goni, me dijo: ‘¡ay Nano!’ me dijo ‘¡mira lo que he hecho! Hemos salido de una empresa estatal boliviana y ahora estamos en manos de una empresa estatal brasilera’ (ríe al recordar la broma de Goni). Jajaja[...] y eso geopolíticamente no era bueno; Brasil es un gigante, es nuestro vecino, no era bueno que tenga tanta injerencia en el proceso, en la industria del petróleo”. Entrevista a Fernando Illanes de la Riva, La Paz, septiembre de 2007.

11 “El proyecto de gas en el gobierno de Sánchez de Lozada tenía un objetivo muy importante. 1. Equilibrar a la potencia brasilera[...] 2. También es geopolítico, hacer que [los] gringos vuelvan a Bolivia, que introduzcan los parámetros de estabilidad que había introducido hace muchos años y que dejaron de introducir tras la retirada de narcotráfico y tras la retirada de la guerra fría, proyecto histórico de manera absolutamente criticable en todos los planos, moral, político y todo eso, pero absolutamente elogiable en los mismos planos. Puede crear amigos y enemigos, pero es un proyecto. [...] ósea era en serio el proyecto, en serio era, derrotado o derrocado porque los cojudos de los gringos apostaron a Gonzalo Sánchez de Lozada, pensaron que Sánchez de Lozada podría hacerlo.” Entrevista a ex Secretario de

otorgaría estabilidad política al Estado. Como decía otro de nuestros entrevistados, secretario del presidente Gonzalo Sánchez de Lozada durante el último gobierno del MNR:

Porque creo que la estabilidad política en Bolivia la dictó desde el 45 la política exterior americana, nos guste o no, para la revolución, para Barrientos, para la derrota de Torres, para todos; y cuando se acabó la Guerra Fría o dio síntomas de acabarse el temor al comunismo y al Che Guevara; que es más o menos a principio de los 80 cuando comienza Estados Unidos a recuperar la lógica de recuperar la democracia, nosotros tuvimos la suerte de ser narcotraficantes y tuvimos comida, por supuesto, la suerte que los gringos embarcaron un montón de dinero, de poder físico y militar y político en la estabilidad de Bolivia, buscando la lucha contra el narcotráfico, además de, por supuesto, buscando que no nos vamos al comunismo como siempre. Desde[...] el 45 ¿no?

Entonces, en un momento determinado, no había ni comunismo ni narcotráfico, mediados de los 90, a partir de ahí[...] somos gallinas sin guato, se acabaron las grandes anclas de la política boliviana, se quebró la burguesía minero mediana, la burguesía agroindustrial no da en Santa Cruz, se fueron los gringos.

Un montón de cojudos, le tocó [a] un cocalero que puede tomar el poder. Entonces el *Goni*, con esa visión de élite histórica, [pensaba que] hay que traer a unos tipos importantes, no podemos quedar a espaldas del mundo, a espaldas del mercado, a espaldas de los ejes mundiales de poder¹² [...].

Los dirigentes del MNR percibían claramente el declive de la burguesía minero mediana y de la oligarquía en Occidente, como una de las condiciones de su debilidad política. Simultáneamente, tenían conciencia que la burguesía agroindustrial cruceña, localizada en Oriente, no podría

Gonzalo Sánchez de Lozada, La Paz, octubre de 2007.

12 Entrevista a ex secretario de Gonzalo Sánchez de Lozada, La Paz, octubre de 2007.

otorgar el sostén a un gobierno cuya sede seguía siendo La Paz. Ante la ausencia de un sustento local de poder, reorientaron sus ojos hacia los Estados Unidos.

Percibían que el alejamiento del gobierno de los Estados Unidos de los asuntos internos de Bolivia había dejado al régimen en una situación de “desprotección”, frente a la emergencia de nuevos factores internos de poder, distintos de las tradicionales oligarquías. La analogía con la revolución de 1952 y con el gobierno de Torres, cuando el gobierno de los Estados Unidos tuvo un papel preponderante para evitar la deriva comunista de Bolivia, es importante, pues muestra que los últimos gobernantes oligárquicos buscaban “interesar al yanqui” para propiciar estabilidad política en una coyuntura candente como la de inicios del nuevo milenio en Bolivia, asolada por la “guerra del agua” de Cochabamba de abril de 2000, por los levantamientos aimaras de septiembre de ese año en el altiplano Norte de La Paz y las intensas movilizaciones contra las políticas neoliberales.

Retrospectivamente, el secretario de Sánchez de Lozada le atribuye al fracaso del proyecto Pacific LNG la caída de MNR y el ascenso de Evo Morales al gobierno:

[L]os gringos no hubieran dejado que te caigas, hubieran metido plata para negociar, porque realmente se necesita plata para negociar, están jugando, y no están apostando a Gonzalo Sánchez de Lozada, están jugando a la seguridad energética de California o del sur de California, que te jode la vida, los Estados Unidos, pierdes una elección presidencial con esa huevada, por su puesto, así viven en California, en Estados Unidos, entonces no era ninguna huevada.¹³

Los dirigentes del MNR buscaban las bases de su estabilidad en el gobierno de los Estados Unidos, antes que en algún factor de poder de

13 Entrevista a ex secretario de Gonzalo Sánchez de Lozada, La Paz, octubre de 2007.

clase local. Confiaban que ahí residiría una estabilidad política duradera, un “ancla” que otorgaría sostén a este “barco a la deriva”, que es como uno puede suponer que percibían a su gobierno:

Gonzalo Sánchez de Lozada estaba embarcado en eso, en poner un ancla, de acuerdo a la estabilidad del mercado mundial, porque el hecho de que la posibilidad de Los Ángeles o San Diego dejen de consumir energía es impensable, y[...] la posibilidad de que el gobierno norteamericano comience a considerar como un tema estratégico para su seguridad la energía de Los Ángeles y de San Diego, es absolutamente cierto, ¿entiendes?¹⁴

Puede caracterizarse al proyecto Pacific LNG como una estrategia de clase que se orientaba a estabilizar el predominio de la *gente decente*, fuertemente socavado por la crisis de la burguesía minera y de la oligarquía comercial-financiera de Occidente, la crisis económica y la conflictividad social: “Yo te voy a decir una cosa, si a este proyecto le iba bien, a la burguesía tradicional, no tradicional, a la burguesía boliviana, le iba a ir bien, por razones secundarias, porque habría estabilidad económica, porque habría estabilidad política, porque seguirían estando en la élite ¿no?”; “cuando alguien te dice te voy a dar un país que te va a dar estabilidad sobre la base del poder norteamericano durante 15 o 20 años me imagino que a ti te causa alguna ilusión ¿no?”.¹⁵

El último proyecto geopolítico de la oligarquía de Occidente sería derrotado por la insurrección de los campesinos y trabajadores urbanos aimaras en octubre de 2003, quienes precisamente se opusieron a que el gas fuera exportado a los Estados Unidos a través de un puerto chileno. Estas protestas tuvieron como epicentro el altiplano paceño y derivaron en el derrocamiento del último gobierno del MNR. Fue el colapso de la *gente decente* de Occidente (Orellana, 2016, pp. 289-302).

14 Entrevista a ex Secretario de Gonzalo Sánchez de Lozada, La Paz, octubre de 2007.

15 Entrevista a ex Secretario de Gonzalo Sánchez de Lozada, La Paz, octubre de 2007.

Importantes representantes de la derecha, como Gonzalo Sánchez de Lozada, Carlos Sánchez Berzain, Manfred Reyes Villa, Mario Cossío se exiliaron en los Estados Unidos. No sólo el proyecto Pacific LNG, sino también el poder oligárquico gubernamental, quedaron desbaratados.

Estos trastrocamientos del poder local de clase-etnia tuvieron sus efectos geopolíticos. Durante el gobierno de Evo Morales, Bolivia salió de la esfera de influencia del imperialismo norteamericano. USAID y la DEA fueron expulsadas de Bolivia, en tanto Morales estrechó sus lazos con Cuba, Venezuela, Irán y emprendió acuerdos comerciales con China y Rusia.

2. El litio y la geopolítica de la nueva ultra-derecha

Creo que esta influencia es nuestro deseo de ver un nuevo gobierno allí. Creo que hubo preocupación de nuestra parte de que los chinos podrían comenzar a ejercer influencia dentro de Bolivia. Y que de alguna manera podría haber hecho más difícil que Estados Unidos obtenga litio para las baterías que ahora estamos usando en automóviles [...] Creo que fue parte de la ecuación al menos.

Richard Black. Senador republicano estadounidense. Sputnik (9 de diciembre de 2019)

-Armani: ¿Sabes lo que no era lo mejor para la gente? El gobierno de los Estados Unidos organizó un golpe de estado contra Evo Morales en Bolivia para que pudieras obtener el litio allí.

-Elon Musk (CEO de Tesla): ¡Derrocaremos a quién queramos! ¡Bánquensela!

Página 12 (25 de julio de 2020)

Los antecedentes presentados en el apartado anterior son relevantes, pues permiten comprender que el cambio de gobierno de noviembre de 2019 pone de relieve importantes transformaciones de larga duración. A diferencia de los grandes propietarios blanco-mestizos de Occidente, que rigieron los destinos del país hasta la insurrección de octubre de 2003 –la *gente decente*–; en el nuevo esquema de poder son las clases de grandes propietarios blanco mestizos del *Oriente* del país, la *gente bien*, que discurren en pos de la dirección del Estado boliviano (VI.6).

Esta nueva clase-etnia gobernante también ha relevado a la burguesía indígena representada por el MAS (V.1), que rigió el país durante

los últimos 14 años, modificando la modalidad de las relaciones internacionales vigentes hasta entonces, a través del restablecimiento de los vínculos de dependencia entre el Estado boliviano y el gobierno de los Estados Unidos; relación que ya existía durante el régimen neoliberal de la autodenominada *gente decente* en los años 80 y 90. El nuevo gobierno de Jeanine Áñez ha roto relaciones con Cuba, ha reabierto las puertas a la cooperación norteamericana (USAID), ha reanudado los lazos de dependencia de Bolivia con el FMI, ha reanudado relaciones con Israel, ha reconocido al “Presidente encargado” de Venezuela Juan Guaidó y ha respaldado el proyecto de Donald Trump de derrocar al presidente Nicolás Maduro mediante una invasión.

Además de estos giros geopolíticos, el nuevo grupo gubernamental empieza a bosquejar los contornos de un proyecto hegemonizado por las transnacionales norteamericanas. En febrero de 2020, Samuel Doria Medina, candidato a la Vicepresidencia dentro de la fórmula liderada por la Presidente de facto Jeanine Áñez, publicó en su cuenta de Twitter que la iniciativa del Presidente de Brasil Jair Bolsonaro, de persuadir al Ejecutivo de la empresa norteamericana Tesla Elon Musk de construir autos Tesla en territorio brasileño, podría complementarse con la fabricación de baterías de litio del salar de Uyuni. Para ello proponía un proyecto “brasileño-boliviano” (Primera línea, 25 de febrero de 2020).

Existe una concatenación entre estos hechos; no se trata de eventos aleatorios; y su vinculación no surgió después del 12 de noviembre, día del ascenso de Jeanine Áñez. Se fue construyendo con anticipación. Nuestra hipótesis es que los esfuerzos de los políticos exiliados de la antigua derecha neoliberal (Veiga, 18 de noviembre de 2019) junto a la ultra-derecha cívica cruceña, por compatibilizar sus intereses con los intereses norteamericanos, al fin tendrían eco, en un contexto de creciente interés por el litio, de mayor presencia China en América Latina y fuertes tensiones comerciales con los Estados Unidos.

Desde hace más de una década la China ha ido extendiendo su poder e influencia en América Latina a través del crédito, llegando a superar

en varios países con mucho a otras agencias de cooperación y de relacionamiento bilateral. Los créditos chinos forman parte de una estrategia de control del suministro de materias primas. Se trata de préstamos que comprometen la exportación de minerales, petróleo, alimentos a la vez que el desarrollo de toda una infraestructura de exportación donde se insertan empresas constructoras chinas (Campanini sf.). El creciente rol jugado por el gigante asiático en América Latina como acreedor de primer orden ha profundizado la producción y exportación de materias primas en la región, desplazando en cierta medida al tradicional hegemón norteamericano.

Esta referencia nos permite situar el conflicto boliviano de octubre-noviembre de 2019 en el contexto más amplio de una correlación de fuerzas entre actores imperiales y proto-imperiales de alcance mundial. En mayo de 2019 el *Financial Times* publicaba el dato de que en el mes de abril China había producido el 60% del litio mundial, comparado con menos del 1% procedente de los Estados Unidos. “China se hace fuerte en litio y preocupa a Occidente”, decía la nota (Sanderson, 27 de mayo de 2019).

Para los dirigentes del gobierno y de las transnacionales norteamericanas, su subordinación frente al litio controlado por China es un problema estratégico. Están conscientes que en cada una de las etapas de la cadena de producción de baterías los chinos de lejos les llevan la delantera (Le Pan, 12 de diciembre de 2019); ventaja que se proponen acortar con miras a encarar la transformación tecnológica de la matriz energética de los próximos años: “[L]a fabricación de autos eléctricos se encuentra en el centro de la disputa por el control del cambio tecnológico. Pocos Estados llevan adelante este proceso, que por supuesto otorga enormes ventajas a quien asuma su control y justamente por eso se encuentra en el centro de la disputa entre Estados Unidos y China” (Sánchez, s.f.). El gobierno y las empresas norteamericanas, particularmente Tesla, se han estado moviendo en la perspectiva de disputarle a los chinos el control

en la cadena de producción de baterías; cuya base consiste en el suministro de materia prima como el litio.

En mayo de 2019 el litio fue definido como un mineral *crítico* por la *American Minerals Security Act* introducida en el senado norteamericano, crítico en el sentido de que es esencial para la seguridad económica y nacional de los Estados Unidos, de que los Estados Unidos son vulnerables a la interrupción de la provisión de dicho mineral (como efecto de políticas proteccionistas de los proveedores, riesgos de conflicto militar, incremento abrupto en la demanda), y porque ocupa un lugar esencial en la fabricación de productos cuya ausencia tendrían consecuencias significativas para la seguridad económica y nacional de los Estados Unidos (Congress.gov, 5 de febrero de 2019).

Nuestra hipótesis es que los “intereses nacionales” de los Estados Unidos se “tropezaron” con el gobierno “proteccionista” de Evo Morales y con el litio de Uyuni, uno de los principales yacimientos a nivel mundial. El 6 de agosto de 2018, el *Atlantic Council*, referente intelectual de los estrategas del gobierno norteamericano, publicaba:

Bolivia tiene un alto potencial para ser crucial en el desarrollo de litio [...] el mayor inhibidor de la inversión extranjera es la reputación de Bolivia que tiene un clima de inversión inseguro. Después de asumir el cargo en 2006, Morales nacionalizó la industria de hidrocarburos de Bolivia, despojando la propiedad de compañías extranjeras. Además de los reparos sobre la ideología de Morales, existe su control sobre el poder: Morales ha lanzado un referéndum público para permitirle enmendar el límite constitucional del mandato, declarando su candidatura para las elecciones del próximo año a pesar de alcanzar el límite de mandato decretado constitucionalmente. [...] El litio puede convertirse en un problema geopolítico. China ya tiene una producción nacional significativa y ha comprado una gran parte de la compañía de litio más grande de Chile, consolidando cierto control sobre el suministro de litio (citado por Romano, Lajtman, García y Tirado, 2019, p.2).

La publicación pone de relieve el creciente papel de la China en el control del litio en América Latina. Desde el punto de vista de los especialistas del *Atlantic Council*, las reservas de litio de Bolivia podrían pasar a formar parte de un conflicto geopolítico entre China y los Estados Unidos por el control de ese recurso. Así mismo, la publicación hace referencia al clima de inseguridad jurídica que para las empresas extranjeras supondría la presencia de un gobierno que habría “despojado” la propiedad de compañías extranjeras en Bolivia.

Si bien las empresas transnacionales petroleras no fueron expropiadas por las reformas de 2006-2007, es importante interpretar el punto de vista de estos especialistas, pues constituye un importante referente de las decisiones gubernamentales norteamericanas. En un mismo sentido interpretaba *Stratfor* en junio de 2018, institución que realiza investigaciones de inteligencia para el gobierno estadounidense, aludiendo a los intereses de transnacionales norteamericanas en el negocio del litio boliviano, desalentados por el “nacionalismo” de Morales: “La amenaza de la nacionalización y la fuerte intervención estatal permanecerán siempre presentes si Morales logra la reelección, una perspectiva que podría desalentar a los inversores extranjeros interesados en las reservas de litio del país” (citado por Romano, Lajtman, García y Tirado, 2019, p. 3). Desde el punto de vista de los investigadores de *Stratfor*, la continuidad de Evo Morales en el gobierno era un riesgo para la propiedad de las transnacionales; y, en vista de ello, un desaliento para posibles inversores interesados en la extracción del litio boliviano.

Aunque en Bolivia la llamada “nacionalización de los hidrocarburos” no quitó a las empresas transnacionales su centralidad. Desde hace 10 años el MAS había venido desarrollando una política de sociedad con las empresas transnacionales, respetuosa de la propiedad privada. De hecho, el sector boliviano de hidrocarburos no dejó de estar bajo el mando principal de las empresas transnacionales; que, al ejercer control predominante sobre el proceso inmediato de producción, incidían de

modo determinante en las demás fases del ciclo de reproducción del capital (Orellana, 2010).

Sin embargo, según ley, el Estado, propietario del yacimiento, controlaba la comercialización y participaba a través de empresas estatales–o, en emprendimientos mixtos donde procuraba controlar al menos el 51% de las acciones– en procesos de exploración, producción y, según su capacidad, en ciertas manufacturas, como las plantas de úrea. A su vez, captaba una importante parte del excedente superior al 50% de la renta petrolera. La llamada “nacionalización” de los hidrocarburos –*sui generis* en la medida que la empresa estatal no era la mayor productora del principal hidrocarburo, el gas– junto a los altos precios de los hidrocarburos en el mercado internacional, otorgaron al gobierno de Evo Morales un importante excedente y un poder relativo para definir políticas propias; margen de maniobra inexistente durante los gobiernos neoliberales de los años 90.

Uno de los proyectos del MAS en el salar de Uyuni consistió en recrear el modelo “mixto” que había tenido relativo éxito en el sector de hidrocarburos. A inicios de la segunda década del milenio, el objetivo soñado por Evo Morales para 2015 consistía en producir baterías de litio y autos eléctricos. Para 2014 se había planificado llegar a producir 30.000 toneladas de carbonato de litio. Pero según los especialistas se trataba de un sueño poco realista, debido a las limitaciones tecnológicas, a la poca experticia y poca experiencia en producción de baterías (Ströbele-Gregor, 2013). Recién a fines de 2018 se dio inicio a la construcción de la planta de producción de carbonato de litio, enteramente financiada con recursos provenientes del Banco Central de Bolivia.

La normativa prescribía que, si bien la etapa de extracción de materia prima debía ser ejecutada por el Estado, la etapa de “industrialización” debía contar con la participación de “socios estratégicos”. Así, en octubre 2018, la recientemente fundada Yacimientos de Litio Bolivianos (YLB) firmó un contrato con la empresa alemana ACI Systems para la construcción de las plantas productoras de hidróxido de litio, hidróxido de

magnesio, materiales catódicos y baterías de ión litio (Yacimientos del Litio Bolivianos, 2018).

Como ya lo habían indicado los especialistas con relación al proyecto de industrialización, la prensa boliviana también cuestionó “la capacidad técnica” de la parte alemana “[p]ara desarrollar e implementar un proyecto minero de litio complejo como el del Salar de Uyuni y mucho menos un proyecto de fabricación de material catódico y baterías de litio con tecnología de punta” (Muñoz, 8 de octubre de 2019).

Por su parte, en agosto de 2019 el gobierno del MAS y el gerente general para Sudamérica de la empresa china *Xingjian Group Company*, Zheng Yan, habían suscrito un acuerdo para la provisión de carbonato de litio.

Cabe indicar que la producción de carbonato de litio y de hidróxido de litio resulta de procesos de química básica que aún no se inscriben dentro de la categoría de productos industriales. Sigue siendo materia prima. Lo que indica que la llamada “industrialización del litio” aún no había comenzado. El gobierno recién se encontraba en la fase de construcción de las plantas de elaboración de materia prima, en sociedad con una empresa alemana y otra china. En vista de ello, el modelo extractivista que persiste en el sector de hidrocarburos por décadas, comenzaba a dar sus primeros pasos en el salar.

Como puede advertirse de la descripción precedente, el “nacionalismo” observado por los analistas de *Stratfor* y del *Atlantic Council* no era incompatible con las empresas transnacionales, ni con el patrón de acumulación primario-exportador. La apreciación de la política minera sobre el litio, llevada a cabo por el gobierno de Evo Morales, difiere drásticamente cuando lo que se halla en juego son los “intereses nacionales” de un imperio como los Estados Unidos, que cuando se trata de los “intereses nacionales” de una sociedad de capitalismo periférico como la boliviana. Si lo que aquí procuramos es comprender las razones del gobierno norteamericano para implicarse en el golpe de Estado, es el punto de vista imperial lo que debe guiar nuestro trabajo de interpretación.

El desaliento a la inversión extranjera al que se refiere *Stratfor* es un eufemismo que hace alusión a los intereses de las transnacionales norteamericanas de modo particular. El gobierno de Evo Morales había hecho negocios con las transnacionales petroleras en el pasado y acababa de cerrar contratos con alemanes y chinos para la explotación del salar de Uyuni. A nuestra manera de ver, para los norteamericanos el problema residía en que el gobierno de Evo Morales tenía tratos con empresas chinas y alemanas, pero no norteamericanas. Pero, además, como *Stratfor* y el *Atlantic Council* lo sugirieron, las transnacionales norteamericanas estaban principalmente interesadas por “las reservas de litio”. En este sentido, percibían el modelo boliviano de “economía mixta” como “nacionalista”. A juicio nuestro, por estas razones el gobierno del MAS llegó a ser visto como un obstáculo para los “intereses nacionales” de los Estados Unidos.

El gobierno de Evo Morales quedaría “en medio” de la pugna entre dos superpotencias (China y USA) por el control del litio, y las demandas regionales del Departamento de Potosí. Lo que desde la perspectiva de los *think thanks* norteamericanos era percibido como “nacionalista”; tenía, a los ojos de los integrantes de las organizaciones populares del Comité Cívico de Potosí, los ribetes de una política “entreguista”. En tanto en el discurso oficial recurrentemente se manifestó que los contratos de explotación de litio buscaban su industrialización, las pocas regalías que dejaban a Potosí estos acuerdos, las dudas que la capacidad técnica de YLB dejaban sobre la mentada industrialización y la susceptibilidad sobre la poca solvencia de la socia alemana, como veremos a continuación, pusieron en entredicho la política sobre el litio del MAS, principalmente en el movimiento cívico potosino.

Los dirigentes cívicos de Potosí reclamaban que el departamento, el económicamente más deprimido de Bolivia, como resultado de una historia larga de saqueo de sus recursos mineralógicos desde la época colonial, obtendría menos del tres por ciento de regalías de la producción de carbonato de litio e hidróxido de litio. Un año después de la firma

del contrato con los alemanes, Marco Pumari, líder del comité potosino, inició junto a otra activista, una huelga de hambre en los umbrales de las elecciones del 20 de octubre de 2019, poniendo en duda la solvencia de la empresa alemana: “[L]a empresa alemana se dedicaba a comercializar paneles y, lo peor, ni siquiera tiene plata, porque de manera conjunta, el Estado boliviano y la empresa van a buscar financiamiento y ¿cuál es la prenda de garantía para esta empresa? Pues es el Salar de Uyuni” (Página Siete, 2 de octubre de 2019). La huelga de hambre de Pumari también exigía que se anulara el contrato establecido entre YLB y la empresa china.

Para el gobierno de Morales, éste fue un frente abierto por donde se encauzaría un importante caudal de descontento social contra su gobierno en octubre-noviembre de 2019; coyunturalmente oportuno para desestabilizar al régimen, que sería muy bien aprovechado por la estrategia golpista, de un modo favorable a los intereses norteamericanos.

Los intereses de las transnacionales y del gobierno norteamericanos, en medio de una pugna de alcance mundial con sus homólogos de la China, entre otras cosas, por la provisión de litio, configuraron una de las condiciones externas de la crisis de octubre-noviembre de 2019; Estados Unidos volvió a constituirse en un factor de poder en Bolivia; no para propiciar estabilidad política como en su momento desearon los últimos gobernantes del MNR, sino para propiciar más bien un cambio de régimen, como lo buscaba la ultra-derecha cívica cruceña.

Pero la restauración de la dominación norteamericana en Bolivia, expresada mediante el realineamiento del gobierno andino-amazónico, también se explica por la intervención de actores y de procesos locales, como evidencia la emergencia del movimiento cívico de Potosí. La respuesta adecuada a nuestra problemática requiere, no sólo detenerse en las condiciones externas, sino también ver los modos en que éstas se influenciaron recíprocamente con las contradicciones internas, modelando la coyuntura política de octubre-noviembre de 2019.

II. Contradicciones de la sociedad oligárquica de larga duración

1. El paradigma oligárquico, la lucha de clases-etnias en torno al espacio público y la urdimbre simbólica de la *indecencia*

[C]on Arce y Pacheco y los [capitalistas] mineros de 1870, [el poder político] es casi feudal. Pasan de la minería directamente al gobierno; los límites son imprecisos, se yuxtaponen y confunden [...] El poder se lo ejercita directamente, de minero a gobernante, de oligarca a presidente, sin estructuras intermedias.

Sergio Almaraz. *El poder y la caída*.

¿[Quién] ignora que la riqueza y la instrucción son los mejores garantes de la moralidad de los individuos[...]? Las funciones de electores y de jurados, el ejercicio de los derechos civiles políticos ¿a quién se confían? ¿A los ignorantes? ¿A los proletarios? No. Propiedad y luces son en todas partes los dos títulos que los hombres presentan a la confianza de la sociedad, y las dos condiciones fundamentales de toda participación en los negocios públicos. La civilización trae, pues, a las clases superiores de la sociedad, garantías morales que no existen en las ultimas clases, a donde no ha penetrado aún bastante.

Andrés Bello. *Influjo de la civilización en la moralidad* (citado por Salinas, 2001, pp. 34-35).

El desconocimiento de Evo Morales al Referéndum del 21 de febrero de 2016, sumado a actos de corrupción que fueron públicamente ventilados en diversos momentos e instancias del Estado durante más de una década de su gobierno, generaron un ambiente de malestar social. El relato movilizador de *fraude* se fue tejiendo en el seno del descontento generado por hechos de corrupción, así como de actos de autoridades

definidas por sus opositores como *indecentes*, y analizar su contenido social es un paso ineludible de nuestra estrategia explicativa.

Casos como el del Fondo Indígena Originario Campesino (FONDIOC), donde millones de dólares, destinados a la realización de proyectos de desarrollo productivo y social a favor de comunidades campesinas y etnias originarias, fueron a parar en cuentas personales de dirigentes del MAS; el caso de la empresa China CAMC Engineering Co., donde la relación entre el Presidente Evo Morales y la gerente comercial de dicha empresa Gabriela Zapata habría posibilitado la adjudicación de contratos millonarios del Gobierno; o el desfalco a la entidad pública Banco Unión por parte del ex gerente de operaciones Juan Pari, entre otros casos; fueron profusamente propagandizados a través de los grandes medios de comunicación y las redes sociales, contribuyendo a la urdimbre de una representación social sobre el gobierno de Evo Morales como el reinado de la corrupción y de la indecencia.

En las páginas que siguen analizaremos la unidad práctica y simbólica de la corrupción; es decir, por un lado, el contenido social de los actos de corrupción; y, por otro, la representación social que se entretejió en torno a los mismos.

Según una investigación realizada por Diego Ayo de la Fundación Pazos Kanki, si en 2004 el porcentaje de contratos gubernamentales asignados a través de licitaciones públicas alcanzaba al 76%, en 2010 al 42%, el 2013 al 8%, para llevar al 1% el año 2014. Si en 2004 los contratos de megaobras implementadas por el gobierno mediante invitación directa a los adjudicatarios apenas ascendía a los 600.000 Bs, para 2014 este monto ascendía a 16.603.000.000. Bs. (Los Tiempos, 8 de marzo de 2016).

Esta drástica disminución del porcentaje de licitación de proyectos mediante convocatorias públicas, de la mano de un gran aumento de los fondos públicos destinados a la realización de grandes obras, adjudicadas por el gobierno de Evo Morales a través de la invitación directa a las empresas encargadas de ejecutarlas, muestra la ampliación del margen

de maniobra que favoreció el surgimiento de arreglos entre funcionarios públicos y agentes privados; propiciando, presumiblemente, la formación de fortunas gracias a la influencia política.

No estamos frente a un fenómeno nuevo. Uno de los factores que explican las tendencias recurrentes hacia la “oligarquización del poder político” en Bolivia (Zavaleta, 1986) es el inconcluso proceso de diferenciación de la esfera política *vis-à-vis* la estructura económico-social. Veamos.

La universalización abstracta de la política como la esfera del “interés general” y la despolitización formal de la sociedad civil –todos los hombres erigidos en ciudadanos iguales, independientemente de sus desigualdades sustantivas (Corrigan y Sayer, 2017, p. 131)– son las dos caras de un proceso de autonomización relativa de la esfera política respecto de la sociedad civil y las relaciones sociales de producción.

En Bolivia este proceso de diferenciación social tuvo sus especificidades. La revolución de 1952 destruyó el poder de los barones del estaño (la “rosca”) y de las clases terratenientes sobre el gobierno, dentro de un proceso más amplio de transformación de la antigua sociedad oligárquica y de las relaciones sociales de producción en el campo, generando las bases para un proceso de autonomización de la esfera política, esto es, de conquista de la autonomía relativa del Estado. Los representantes de las clases propietarias fueron derrumbados del poder. Dentro de la nueva configuración política, la nueva sociedad civil, formada por los sindicatos de obreros y de campesinos, impusieron al MNR la nacionalización de las minas y la reforma agraria; medidas que dieron fin a la era de los “barones del estaño” y de los patrones terratenientes en el altiplano y los valles.

No obstante, el amplio margen de autonomía relativa del Estado conquistado por la Revolución, será progresivamente restringido, en principio por la gran influencia adquirida por el gobierno de los Estados Unidos en las altas esferas de la política boliviana en los 60, durante el tercer gobierno del MNR (Field Jr., 2016, p. 109).

Por su parte, debido a los grandes obstáculos que plantea la heterogeneidad estructural a la acumulación de capital, el poder político devino una de las vías más expeditas para la apropiación del excedente económico y de aburguesamiento (Grebe, 1983). Regularmente aparecían capitalistas, o aspirantes a capitalistas, que se disputaban cargos públicos para viabilizar sus negocios. Entre el período de las dictaduras militares de derecha e inicios de los años 80, se formaron nuevas clases de propietarios banqueros, terratenientes, empresarios mineros y grandes comerciantes que adquirieron un peso preponderante en la formación de gobiernos durante los años 80 y 90 en Bolivia (Orellana, 2016); gobiernos oligárquicos que dirigieron el Estado hasta la insurrección de octubre de 2003.

Estos hechos se relacionan con el incompleto proceso de diferenciación de la esfera política *vis-à-vis* los intereses de las clases económicamente dominantes; un antecedente importante, en la medida que, también, hecha luz sobre el devenir de la corrupción durante el gobierno del MAS; que se tradujo, allí donde existió, en la recreación de un modo patrimonialista y clientelista de ejercicio del poder; continuidad que consiste en la vigencia de lo que llamaremos el *paradigma oligárquico*, cuyo signo principal es la corrupción como *una* de las modalidades de ejercicio del poder.

La “rosca” es el nombre con el cual en Bolivia históricamente se conoció a esta *modalidad*, grupos de poder que promueven sus intereses particulares a través de las instituciones del Estado. Al respecto, el retrato que hace Sergio Almaraz (1980) del antiguo poder oligárquico, citado como epígrafe de este apartado, es un antecedente importante para entender esta indiferenciación entre gobierno e intereses privados. Almaraz se refiere al hecho de que los empresarios mineros, los grandes comerciantes, los terratenientes y su entorno social ocupaban los altos cargos del Estado.

Si bien la revolución de 1952 destruyó el fundamento material del Estado de castas (la servidumbre personal), durante el período de las dictaduras

militares de derecha de los años 60 y 70, y durante los gobiernos neo-oligárquicos del período 1985-2003, el paradigma oligárquico se metamorfoseó y se diseminó en el entramado social, configurando una de las contradicciones de larga duración que caracterizan a la formación social boliviana.

En tanto las clases-etnias dominantes históricamente encarnaron proyectos particularistas de oligarquización del poder político; y, en vista de ello, de restricción de lo público; los movimientos de masas de las clases y nacionalidades subalternas encarnaron procesos democráticos de lucha por la igualdad; y, entonces, por la ampliación de lo público, configurando diversas olas de democratización social. Dicha contradicción nos permite establecer un criterio de periodización del proceso político boliviano.

La primera ola de democratización burguesa, que culminó en la revolución de 1952, se tradujo principalmente en la conquista de derechos económicos, sociales y culturales: disolvió la servidumbre personal y conquistó el acceso de los campesinos a la propiedad de la tierra, el acceso a la escuela fiscal y el voto universal. Las dictaduras militares y el proceso de renovación oligárquica (Orellana, 2016) constituyeron una reacción a, y clausura de, esta primera ola de democratización social.

Una segunda ola de luchas democráticas fue impulsada por los obreros, los campesinos y los estudiantes en pos de las libertades políticas a fines de los años 70. La huelga de hambre iniciada por 4 mujeres mineras en 1976 derrotó la dictadura de Banzer; y, luego, las luchas de noviembre de 1979 impulsadas por la Central Obrera Boliviana y por la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia, que derrotaran el golpe militar de Natush Busch y de la nueva oligarquía, abrieron el cauce para la elección de los representantes políticos a través del voto en 1980. Esta segunda ola de democratización burguesa se cerró con la derrota de la UDP y el ascenso de la nueva oligarquía al gobierno en 1985, que se orientó nuevamente a restringir lo público mediante los procesos neoliberales de privatización de los años 80 y 90.

La tercera ola de luchas democráticas empezó a inicios del nuevo milenio con la guerra del agua de abril y los levantamientos aimaras de septiembre de 2000, la guerra del gas de septiembre-octubre de 2003 y de mayo-junio de 2005, que a la vez de poner en tela de juicio el control de las empresas transnacionales sobre los recursos naturales, pusieron en cuestión el predominio político-cultural de la neo-oligarquía en la dirección del Estado. Los capitalistas blanco-mestizos fueron desplazados de la alta jerarquía del poder político, desbrozando el camino para el ascenso del MAS al gobierno en 2006; y, con esa organización, de nuevas capas de campesinos, indígenas e indo-mestizos (cholos) a distintas instancias del Estado, hasta entonces predominantemente ocupadas por clases medias mestizas y por clases propietarias blanco-mestizas.

El ascenso del MAS al gobierno supuso una importante modificación de la estructura oligárquica blanco-mestiza del poder, que hasta entonces se había caracterizado por el dominio del “Estado-k’ara” sobre las nacionalidades nativas. Las mujeres de pollera, los dirigentes campesinos y los indígenas aimaras ocuparon las alcaldías, las gobernaciones, e importantes espacios dentro de los ministerios (Soruco, Franco y Durán, 2014).

Ahora bien, la proliferación de nuevos casos de corrupción durante los gobiernos de Evo Morales, vinculados a tentativas de enriquecimiento ilícito, permite presuponer la vigencia del paradigma oligárquico. El cómo un proyecto inauguralmente democrático-burgués empezó a ceder a la tentación particularista oligárquica, es una de las cuestiones que debemos dilucidar aquí; tentación que reside precisamente en el problema de la corrupción; o sea, la colonización del *espacio público* por intereses privados.

Como escribe S. P. Huntington, cuyas credenciales funcionalistas son ampliamente conocidas, pero que en este punto contribuye a corroborar nuestro enfoque:

La corrupción requiere algún reconocimiento de la diferencia entre el rol público y el interés privado. Si la cultura de la sociedad no distingue entre el rol del rey como persona privada, y el rol del rey como rey, es improbable que se acuse al rey de corrupción debido al uso que hace de los dineros públicos [...] (Huntington, 1968, p. 60).¹⁶

Como hemos venido insistiendo, es precisamente esta indistinción entre “el rol público y el interés privado” lo que caracteriza de modo específico al paradigma oligárquico, diseminado en distintos ámbitos y entidades del Estado boliviano.

En esos ámbitos, la corrupción irrumpe como problema, no únicamente debido al hecho de que las autoridades se enriquezcan con los fondos públicos, sino que además exista un *público* que, en la medida que percibe que esos fondos son “de todos” y no “del rey”, defina los actos de las autoridades como *corruptas* (i.e. inmorales) y los denuncie. La distinción entre el ámbito público y el privado permite definir los actos del “rey” o de los miembros de la “rosca” como corrupción. Es decir, además de la práctica, el planteamiento de Huntington sugiere la existencia de una urdimbre simbólica en torno al asunto de la corrupción. Esta recurrente disputa en torno al “rol del público” y los “intereses privados” explica que la corrupción discorra principalmente en el ámbito de la discreción. Se la consiente en tanto discurre en secreto. Se vuelve un problema cuando se transforma en un asunto de conocimiento *público*– como los escándalos del FONDIOC, CAMC, del Banco Unión, entre otros casos, lo evidencian.

Estos dos modos de existencia perviven problemáticamente en todo sujeto privado que de algún modo se vincula con el espacio público. “Un ciudadano” –representado como ideal tipo (Weber, 2004)– bota la basura en la calle cuando nadie lo ve, porque tiene vergüenza de hacerlo cuando la calle está concurrida. La existencia de la “vergüenza” indica que, de

16 Traducción nuestra.

algún modo, ya existe una cierta conciencia sobre lo “público”. Pero el hecho de que, por la noche, protegido por el anonimato que ésta le otorga, proceda a botar la basura sin inconveniente en las aceras, indica que el principio relacionado con “los intereses del público” aún no es *habitus*, un principio de percepción y de apreciación del mundo que aún no invade su vida cotidiana. Piensa que, *si nadie ve, no hay problema*.

No sucede lo mismo con “una señora campesina” –también representada como ideal típico (Weber, 2004)– que viene por primera vez a la ciudad y bota la basura en la calle o hace sus necesidades corporales sin inmutarse en público, precisamente porque para ella no existe, ni el concepto oficial de lo público, ni la disposición subjetiva. Por tanto, no tiene qué ocultar. Es palmariamente honesta porque no se halla atravesada por aquella contradicción. La corrupción, como hecho, pero también significativamente, sólo surge allí donde se ha creado la frontera social y simbólica entre lo público y lo privado. Como indica Huntington, no existe donde esta diferenciación social y simbólica es inexistente.

Ahora bien, el problema se complejiza aún más cuando lo que se halla en juego es la administración del gobierno. Como afirma Norberto Bobbio (1989, p. 36), entre otras cosas, la democracia representativa nació: “[D]e la convicción de que los representantes elegidos son capaces de juzgar cuales son los intereses generales mejor que los ciudadanos, demasiado cerrados en la contemplación de sus intereses privados”.

Pero ¿qué sucede cuando una persona sube al manejo de la administración del gobierno ignorando esa diferenciación? En el gobierno del MAS hubo autoridades que actuaron de modo clientelar, patrimonialista y corrompido como sucedió durante las anteriores administraciones gubernamentales, pero sin guardar las formalidades que corresponden a la preservación de “lo público” como símbolo, probablemente porque muchos de ellos no veían ningún problema en hacerlo, a sus ojos eso no estaba “mal”. ¿Qué problema podría suponer, por ejemplo, para una autoridad campesina del Fondo Indígena Originario Campesino, que no ve distinción alguna entre lo público y lo privado, que los dineros públicos

destinados para la realización de proyectos en comunidades campesinas fueran depositados en sus cuentas personales? Este fenómeno está estrechamente relacionado con las formaciones sociales pre-burguesas:

Según los códigos de las sociedades tradicionales, un oficial tenía la responsabilidad y la obligación de proveer recompensa y empleo a los miembros de su familia. No existía distinción alguna entre las obligaciones con el Estado y las obligaciones con la familia (Huntington, 1968, p. 60)¹⁷.

Si ampliamos esta referencia hacia las relaciones de parentesco en un sentido más amplio, hacia las etnias, se entenderá de mejor modo que la corrupción tiene un fundamento cultural en la propia formación social boliviana: hay autoridades gubernamentales que –como “el rey”– no sólo se apropian de los fondos públicos, también introducen en las oficinas públicas a sus parientes, a sus amigos, a sus colegas, a sus conocidos; es decir, a quienes perciben como parte de su círculo personal de confianza. Se trata de una pervivencia de las formaciones políticas feudales, dinásticas y clánicas. Un derecho consuetudinario, socialmente aceptado, que persiste bajo la legalidad oficial.

En tanto funcionarios mestizos corruptos de cuello blanco en el pasado habían comprendido el concepto oficial de lo público; y, en vista de ello, procedían a beneficiarse de las arcas del Estado con cierta discreción, hasta que algún opositor o periodista los ponía en evidencia; por el contrario, hubo funcionarios del MAS (de origen campesino, indígena e indo-mestizo) que incurrieron en actos de corrupción, sin discreción, sin guardar formalidad alguna, transgrediendo las fronteras simbólicas del secreto que se supone se debería guardar cuando existen arreglos entre autoridades públicas y agentes privados.

A ello se suma el hecho de que el tamaño de la administración gubernamental y las arcas del Estado crecieron significativamente. Así mismo,

17 Traducción nuestra.

la expansión de las redes sociales permite hoy ventilar con mucha rapidez y amplitud diversas prácticas de las autoridades que antes permanecían más tiempo en secreto; y, también, magnificarlas y caricaturizarlas. Comprenderemos por qué en el imaginario social la corrupción durante el gobierno de Evo Morales adquirió las dimensiones de un espectáculo pantagruélico.

A pesar del efecto simbólico amplificador que ejercen las redes sociales, existe un proceso social objetivo. La corrupción no sólo ha sido una forma de autoridad tradicional (étnica) y una estrategia particular de apropiación de riqueza, de aburguesamiento. También una modalidad de privilegio. Hasta el ascenso del MAS al gobierno en 2006, las injusticias en Bolivia históricamente fueron privilegios de pequeñas burguesías mestizas y de burguesías blanco-mestizas. A partir de entonces también “indios” y “cholos” se hacían esperar en las oficinas públicas, no tenían que hacer colas como los demás para realizar sus trámites, introducían a sus familiares en los cargos públicos, también entraron a formar parte de las “roscas” y de las relaciones “clientelares”. La corrupción se “democratizó”, atravesó las fronteras étnicas, en una sociedad donde, contradictoriamente, la burguesía blanco-mestiza (la *gente decente* y la *gente bien*) y la pequeña burguesía mestiza siguen teniendo la primacía social.

A los ojos de los integrantes de las etnias dominantes no es lo mismo un jerarca “blancón”, vestido con terno y corbata, que una “chola” de pollera, “ignorante” y “sin profesión”, investida de dignataria que se hace de millones, a la vista de todos, con los fondos públicos. Esto rompe con la representación relativa a la “decencia” y el “decoro” y subvierte los esquemas culturales pre-establecidos de una sociedad que en sus fundamentos no ha dejado de ser *oligárquica*, donde se asume que quien tiene la mayor cantidad de atributos étnicos, culturales y sociales reconocidos como intrínsecamente legítimos –alguien de familia *bien*, por ejemplo– es quien tiene más derecho que los demás a privilegios (II.2). En vista de

ello, la ventilación de los actos de corrupción se volvía intolerable para los sectores privilegiados de la sociedad boliviana, que apelaban a un favoritismo característico del imaginario de castas.

La exigencia de reinstaurar un “reino de la decencia” (Salinas, 2001) frente a “las autoridades corruptas” del MAS constituye el meollo de esta crítica moralizadora. En 2008 el Vicepresidente Álvaro García afirmó que se vivían momentos de dignidad indígena. En el discurso gubernamental los indígenas fueron representados como la reserva moral de la llamada “revolución cultural y democrática”. Entre ese entonces y fines de la segunda década del milenio, además de los escándalos de corrupción referidos, la prensa difundió profusamente varios hechos que fueron percibidos por la opinión pública burguesa como inmorales. Ya en los primeros años del primer gobierno de Morales, en 2007, la prensa difundía profusamente las fotos del Ministro de Agua Abel Mamani con una trabajadora sexual en un prostíbulo (20 minutos, 29 de noviembre de 2007) –razón que provocó su destitución–, noticias sobre el encarcelamiento de autoridades ediles acusadas de haber incurrido en actos de violación (El Día, 22 de mayo de 2014), las imágenes de un diputado del MAS ebrio que se desnudó públicamente en el aeropuerto (El Deber, s.f.), sólo para referir los casos más difundidos por la prensa, fueron interpretados desde los códigos de la sociedad *decente*.

Además de los hechos, lo importante aquí es discernir el relato y el imaginario social que en torno a ellos se fue configurando. La *indecencia* de los políticos del MAS devino en una extensa *urdimbre simbólica* que se fue tejiendo durante varios años de gobierno, alimentada por hechos gubernamentales, amplificadas y generalizadas a través de la prensa, de los grandes medios de comunicación y de las redes sociales, que terminaría imponiéndose en la opinión pública burguesa y deviniendo en un nuevo sentido común.

Una de las tentativas del movimiento conservador que irrumpió en las calles el 20 de octubre de 2019, consiste en que las injusticias vuelvan a

ser privilegios étnicos. Pero, por otro lado, que las injusticias, como los actos de corrupción, vuelvan a discurrir dentro de los límites de la *decencia*. Desde esta retrospectiva, es comprensible la indignación moralizadora de las pequeñas burguesías urbanas del movimiento de “las pititas” que, entre los meses de diciembre de 2019 y enero de 2020, pulularon por las casas de las ex autoridades gubernamentales del MAS, derrocadas durante los días de la asonada; asumiendo el rol de inquisidores frente a “los masistas corruptos”, “ladrones”, “narcotraficantes”, “fraudulentos”, “violadores”. Demandando que se los persiga y que se los meta en la cárcel. Es como si a sus ojos los gobernantes masistas hubieran hecho escarnio público, y de un modo pecaminoso, obsceno, cualidades de las menos apreciables. En vista de ello el espíritu conservador que persigue el linchamiento se expande por doquier.

Viejos temas que parecían sepultados como el de la decadencia moral de las razas indígenas y cholos (Arguedas, 1969) resurgen en el sentido común de internautas que proponen soluciones equivalentes a las que recomendaban los darwinistas sociales de inicios del siglo XX para resolver el “problema indio”. Las redes sociales se inflaman con publicaciones delirantes que imaginariamente ya han encarcelado, deportado, inclusive asesinado a miles de “masistas corruptos”, “narcotraficantes”, “violadores”, “rateros”[...] *¡sus excesos deben de castigarse!*; transfigurando la imagen del gobierno del MAS en un absoluto de corrupción y decadencia. En el seno de las pequeñas burguesías urbanas el “masista” se ha vuelto en el símbolo de la “podredumbre”, de una descomposición que ilusoriamente se cree que habitaría en el otro, en el “indio”, en el “cholo”, en el “colla”.

El espíritu de aquellas expresiones indica que en torno a la lucha sobre el asunto de la corrupción, la cualidad étnica se reviste de atributos sociales y morales: la *gente bien* y la *gente decente* serían las llamadas a remediar la inmoralidad *intrínseca* de *indios rateros* y *cholos corruptos* que durante más de una década asolaron el gobierno boliviano; es el trasfondo de un reclamo que hace eco de un viejo reproche que hace más de un siglo

hiciera Alcides Arguedas a los cholos devenidos en Ministros y Senadores de la República: “la suerte siempre sonrió a los cholos, como lo prueba el cuadro lamentable y vergonzoso de la historia del país, que sólo es una mancha de lodo y de sangre” (Arguedas, 1978, p. 181).

Presenciamos el colapso político-cultural y moral del último ciclo de democratización burguesa, iniciado a través de las luchas democráticas de las clases y nacionalidades oprimidas a inicios del milenio, que, después del ascenso del MAS al gobierno, a través del discurso de los intelectuales de las ONGs que acompañaron dicho proceso, entronizaron la figura del indígena como la reserva moral de la sociedad de Bolivia. Evo Morales fue ese símbolo, cuidadosamente protegido por los intelectuales del régimen populista; imagen otrora sacra que hoy es innumerables veces profanada en las redes sociales y por los manifestantes de la movilización, las “pititas” de octubre-noviembre de 2019, que la presentan como símbolo de la inmoralidad, del latrocinio, de la corrupción, de la indecencia.

Son los códigos culturales oligárquicos de la *gente bien* que configuran la ideología dirigente de esta contra-reforma intelectual y moral; de este movimiento que apunta a restringir, nuevamente, lo *público*, mediante una modalidad oligárquica de gobierno (VI.6).

En vista del análisis precedente, la desigualdad no sólo es el fundamento de la *decencia oligárquica*; sino también, dialécticamente, el fundamento socio-cultural de la corrupción; que, entre otras cosas, se traduce en la conversión de cargos estatales en uno de los principales escenarios de la reproducción de privilegios.

Dicha realidad establece una de las condiciones de existencia de la lucha política. Como en las antiguas sociedades feudales y dinásticas, *una* de las características de la lucha política en Bolivia es la de una pugna entre etnias por los privilegios, modalidad a la que denominaremos *juego de tronos* (Martin, 2011), haciendo alusión a las luchas feudales y dinásticas por la corona; una lucha que en Bolivia tiene como uno de sus

rasgos específicos la constitución de “roscas”. En octubre-noviembre de 2019, en torno al pedido de renuncia de Evo Morales, se prefiguraba la refriega por el acceso a los cargos estatales de burguesías y de pequeñas burguesías mestizas, blanco-mestizas (la *gente decente* y la *gente bien*), frente a burguesías y pequeñas burguesías de indo-mestizos y de aimaras y quechuas que controlaban los cargos estatales; configurándose como movimientos sociales y como actores políticos en torno a la dirección del gobierno.

A las pocas semanas del ascenso del gobierno de facto, por las redes sociales aparecen nuevas denuncias de autoridades que han colocado a sus parientes, socios, amigos, en los cargos públicos. Participantes de la asonada se han cuoteado espacios del gobierno. En pocos meses ya se han ventilado nuevos casos de corrupción, como el caso de Elio Montes de ENTEL que huyó con sus maletas llenas de dinero proveniente de las arcas públicas a los Estados Unidos, o el de la aéreo-línea estatal BOA, administrada por la empresa privada Amaszonas, que va quebrando a la empresa estatal, apropiándose de sus rutas. Los nuevos funcionarios de YPFB importan combustibles con sobreprecio para beneficiarse con la diferencia, y lo mismo acontece en el Ministerio de Salud, que adquiere respiradores con sobreprecio para terapia intensiva durante los días de la cuarentena impuesta por la proliferación del covid 19. A los ojos de los nuevos gobernantes, la corrupción y las injusticias de las clases propietarias blanco-mestizas de Oriente, parecen menos repudiables que las injusticias y la corrupción de “cholos”, “indios” y “collas”.

2. El problema de la igualdad en una sociedad de privilegiados y desfavorecidos

Si consideramos la democracia como materialidad, es decir, el grado de igualdad que tienen los hombres, pero no en el cielo de la ley ni en su auto-representación, sino en su carnalidad, su consumo social y su ser cotidiano, es una petición de principio que ni ahora mismo, tantos años después de la revolución democrática, ni nunca en el pasado, Bolivia ha sido un país democrático. Por el contrario, aquí sí que unos hombres mueren como perros para que otros hombres coman como cerdos. Ésta es la patria de la injusticia social, y, si no fuera por sus masas, sería mejor que no existiera Bolivia. Sociedades como Bolivia, Perú y algunas más están condenadas entre otras cosas por la depravación de la desigualdad entre sus propios hombres.

René Zavaleta. *Las masas en noviembre.*

Ciertamente, el escenario del conflicto político de fines de 2019 no solamente fue una lucha pre-moderna por el poder (como acabamos de indicar), sino también una lucha moderna por el contenido social de la democracia. En vista de ello, fue mucho más complejo que el bosquejo “elitista” e inter-étnico del apartado anterior donde la confrontación política adquiere la forma de un *juego de tronos*. Como sostuvimos precedentemente (II.1), históricamente las clases, etnias y nacionalidades subalternas fueron las fuerzas que configuraron los movimientos *democráticos* en Bolivia. Pero en la perspectiva subalterna su preocupación principal no se orientó tanto hacia los cargos estatales. Lo suyo han sido más bien, reivindicaciones democráticas por la tierra, el acceso a la educación, la justicia, el acceso a la vivienda, al trabajo,

el salario, la salud, al voto, la dignidad personal; es decir, luchas por la *igualdad*.

Esta diferenciación puede verse en el movimiento dirigido por el gobierno del MAS y en las fuerzas opositoras. Tanto en el MAS como en la oposición de derechas existen grupos de poder, con distintos ascendentes étnicos y sociales, que aspiran a viabilizar sus intereses particulares mediante la consecución de privilegios a través de las instituciones del Estado. Pero no únicamente. También es innegable la presencia de sectores democráticos en el seno de las pequeñas burguesías mestizas y blanco-mestizas que salieron a manifestarse entre el 20 de octubre y el 10 de noviembre de 2019 contra el prorroguismo de Morales; como es innegable la orientación democrática de las luchas de trabajadores y campesinos aimaras y quechuas, contra las masacres perpetradas por el gobierno de facto de Jeanine Áñez desde el 15 de noviembre.

En tanto algunos sectores de trabajadores sindicalizados, como los obreros de FANCESA de Sucre, los fabriles de Cochabamba, los mineros de San Cristóbal y de Porco salieron a manifestarse contra el gobierno del MAS durante los primeros días de noviembre;¹⁸ después de la caída de Evo Morales y el ascenso de Jeanine Áñez al gobierno, el principal foco de resistencia provino de los trabajadores aimaras de la ciudad de El Alto “contra el golpe de Estado”. Durante el mes de octubre y los primeros días de noviembre, la lucha de clases-etnias se da de un modo “cruzado”: hay dominantes en un “bando” que oprimen a dominados de otro “bando” y viceversa.

18 Si durante la segunda mitad del siglo XX el proletariado indo-mestizo sindicalizado se configuró como el principal adversario de la pequeña burguesía mestiza y de la *gente decente*, durante el gobierno del MAS, los supervivientes del antiguo mundo sindical fueron clientelariamente subordinados por la nueva pequeña burguesía y burguesía indígenas. En tanto en el terreno de la producción social seguían siendo explotados por los patrones blanco-mestizos y mestizos, los líderes sindicales obreros devinieron clientela del nuevo régimen populista del MAS. Más adelante (VI.4) veremos los desgajamientos que se produjeron durante los días de crisis que, si bien no modificaron drásticamente el escenario político, permiten poner en evidencia la dominación que el MAS, así como los patrones blanco-mestizos, ejercieron sobre la clase obrera sindicalizada.

Después de la caída de Evo Morales el 10 de noviembre, los nuevos realineamientos políticos, debido a la convergencia entre las clases medias mestizas y la burguesía blanco-mestiza en el gobierno de Jeanine Áñez, tenderían a simplificarse cada vez más deviniendo en una polarización entre opresores y oprimidos en líneas de etnia, de clase y de nacionalidad; y, por tanto, entre fuerzas pro-oligárquicas enfrentadas con fuerzas democráticas subalternas *tout-court*. Pero antes de escudriñar los modos en que esta intrincada madeja se fue desenredando durante los días del conflicto, veamos sus fundamentos socioculturales.

Las aspiraciones por la igualdad –y, entonces, contra la corrupción y las oligarquías–, sobre todo en las clases, etnias y nacionalidades oprimidas que despliegan sus manifestaciones como actos *públicos*, persisten como una reivindicación democrática persistentemente desatendida. Esta contradicción, entre las pulsiones democráticas existentes en las masas y las recurrentes tendencias hacia la oligarquización del poder político, nos lleva a buscar sus condiciones materiales de existencia; replanteando, en el contexto boliviano, un problema que en la década de los 60 formuló T. S. Marshall sobre la relación entre igualdad y capitalismo. En una intervención célebre, el economista escribió:

La pregunta no es si todos los hombres llegarán finalmente a ser iguales, que ciertamente no lo serán, sino si el progreso avanza constante, aunque lentamente, hasta que, al menos por su trabajo, todo hombre sea un caballero. Yo sostengo que, si avanza, y que esto último ocurrirá (Marshall y Botomore, 1991, p.18).

Para Marshall la categoría de caballero significaba tener “un puesto como miembro de pleno derecho de la sociedad, es decir, como ciudadano” (Marshall y Botomore, 1991, p. 20). El veía plausible esperar que los recursos y la productividad mundiales propiciadas por el capitalismo, a pesar de las profundas asimetrías de clase en que éste se funda, otorgarían las bases materiales para convertir a todo hombre en un *caballero*. Según el autor, ello implicaba acceder a la educación universal y liberarse

del trabajo pesado y excesivo. Lo que le interesaba era la construcción de una igualdad de ciudadanía, que no se limitaba a la forma jurídica, ni solamente a las libertades políticas, sino que implicaba una *condición social*; un modo de vida que permitiera a las personas vivir con dignidad y respeto.

La referencia de Marshall nos sirve para subrayar el hecho de que en las democracias burguesas modernas la noción de igualdad implica un paradigma universal de ciudadanía, socialmente aceptado, que supone ciertas condiciones materiales de existencia, más o menos al alcance de *todos*.

Ahora bien, si aquella aspiración podía parecer razonable en la Inglaterra del estado de bienestar en los años 60, las economías neoliberales en crisis a comienzos de la segunda década del nuevo milenio la desdibujan sensiblemente. El problema se complejiza aún más en una sociedad con una dinámica capitalista muy lenta y de base *estrecha* como la boliviana, donde además de no existir la riqueza social indispensable como para plantearse aquel propósito, la sociedad abigarrada¹⁹ y el colonialismo interno (González, 2006) obstaculizan la construcción de una igualdad de ciudadanía entre bolivianos.

19 “Si se dice que Bolivia es una formación abigarrada es porque en ella se han superpuesto las épocas económicas (las del uso taxonómico común) sin combinarse demasiado, como si el feudalismo perteneciera a una cultura y el capitalismo a otra, y ocurrieran sin embargo en el mismo escenario; o como si hubiera un país en el feudalismo y otro en el capitalismo, superpuestos y no combinados. Tenemos, por ejemplo, un estrato, el neurálgico, que proviene de la construcción de la agricultura andina, o sea de la formación del espacio; tenemos por otra parte (aun si dejamos de lado la forma *mitimae*) el que resulta del epicentro potosino, que es el mayor caso de descampesinización colonial; verdaderas densidades temporales mezcladas, no obstante, no sólo entre sí del modo más variado, sino también con el particularismo de cada región, porque aquí cada valle es una patria, en un compuesto en el que cada pueblo viste, canta, come y produce de un modo particular y todos hablan lenguas y acentos diferentes sin que unos ni otros puedan llamarse por un instante la lengua universal de todos. En medio de tal cosa, ¿quién podría atreverse a sostener que esa agregación tan heterogénea pudiera concluir en el ejercicio de una cuantificación uniforme del poder? De tal manera que no hay duda de que no es sólo la escasez de estadísticas confiables lo que dificulta el análisis empírico en Bolivia, sino la propia falta de unidad convencional del objeto que se quiere estudiar” (Zavaleta, 1983, p. 214).

Como muestra el film de Jorge Sanjinés *La Nación Clandestina*, después de la revolución de 1952, los hijos de los comunarios campesinos que aspiraban a ser considerados *caballeros* en la sociedad boliviana, se esmeraban en la escuela, en el servicio militar obligatorio, y veían a la policía o el ejército como algunas de las vías que podrían permitirles surcar la condición étnica y de clase (“ya no ser como mis padres”), convirtiéndose en mestizos. Si bien en esos nuevos puestos, a los ojos de la sociedad dominante algunos dejaban de ser *indios*, seguían siendo *cholos*, el nuevo rostro de su condición subalterna (Sanjinés, 2005; Rivera, 1993). La cualidad mestiza implicaba haber tenido éxito en una carrera profesional, como maestro, por ejemplo. Muy lejos aún, como un espejismo, se encontraba la categoría *decente*, que además de estudios universitarios, roces familiares y políticos, suponía holgura económica y un proceso de blanqueamiento simbólico.

Ciertamente, las trayectorias de la movilidad social ascendente de las clases subalternas no tienen hoy los mismos obstáculos que tenían en los años 60. El analfabetismo no tiene la magnitud que tenía en esa década, Bolivia es una sociedad predominantemente urbana, existen nuevos ricos y nuevas clases medias de origen indígena. Pero los cambios posteriores a la revolución de 1952 no han modificado la naturaleza del problema. Los abismos que persisten entre las clases y las etnias imposibilitan el que existan criterios compartidos en base a los cuales los individuos, sin importar quienes son, sean tratados como ciudadanos iguales, con dignidad y respeto. En Bolivia no hay un paradigma universal de ciudadanía, socialmente aceptado, legítimo, porque las condiciones sociales que podrían hacerlo posible son inexistentes.

En el modelo occidental europeo, los fundamentos de las sociedades burguesas y su concepto de ciudadanía emergieron de la disolución de las antiguas relaciones jerárquicas y estamentales, impulsada por el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción y de cambio; una sociedad de hombres libres, y abstractamente iguales, en tanto propietarios de mercancías: la sociedad civil (Corrigan y Sayer, 2017).

Sobre la base de esas transformaciones materiales, sociales y culturales, las revoluciones burguesas, a la vez que destruyeron el antiguo régimen oligárquico, construyeron los fundamentos de las repúblicas modernas y su concepto de lo público como la esfera del “interés general”. A la vez que sancionaron la intransigente defensa de la propiedad privada, proclamaron la igualdad de los hombres ante la ley. Sin el surgimiento de una igualdad abstracta de las personas en tanto propietarios de medios de producción, de fuerza de trabajo y de mercancías (o sea individuos modernos), no habría habido igualdad formal de las personas ante la ley. Desde esta perspectiva, las repúblicas modernas, relativamente autónomas *vis-à-vis* los intereses privados, tuvieron como condición de posibilidad la universalización de las relaciones capitalistas de producción y de cambio (Corrigan y Sayer, 2017).

En Bolivia, por el contrario, el fuerte peso de la producción campesina, artesanal, comunitaria, a lado de la propiedad latifundista, limitaron los procesos de individualización y condicionaron en una buena medida el predominio de las comunidades étnicas como modo de socialización. El modo capitalista de producción y de cambio emergió enhebrándose con estas diversas formas sociales y culturales, sin cancelarlas, asimilándolas y metamorfoseándolas. El desarrollo desigual y combinado condicionó el restablecimiento de abruptas jerarquías entre etnias, entre clases, entre nacionalidades, entre regiones; y, por tanto, la emergencia de ciudadanías multi-escalonadas donde se fundamenta la existencia de distintas “Bolivias” en las que “unos son más iguales que otros” (Orwell, 2015, p. 121). Es esta condición la que en buena medida explica la precaria construcción de “lo público” y la ausencia de un paradigma universal de ciudadanía.

Entonces, los viejos problemas, procedentes del antiguo ordenamiento estamental, se replantean de un distinto modo. Debido a las *bases estrechas* del capitalismo y del Estado, el éxito personal que se adquiere en el modo capitalista de producción sigue asociado con la adquisición de un

status de privilegio; o sea, que otorga a su beneficiario más derechos que el resto, sea por una carrera profesional, un cargo público, un puesto en una oficina, por su posición socio-económica en los peldaños más altos de la división social del trabajo; acceso favorecido por los rasgos fenotípicos, el apellido y las relaciones del beneficiario.

Esta modalidad de capitalismo, como sostuvo Florestán Fernández (1985), emergió actualizando prácticas y valores de tipo estamental, procedentes de las sociedades coloniales; actualización que atraviesa toda la estructura social. Los posicionamientos más altos de la división social del trabajo, como acontece con la alta burguesía y la alta gerencia (Molina, 2019), constituyen privilegios étnicos, de aquella *gente bien*.

De modo análogo, en la alta jerarquía del estado, las autoridades judiciales, los jueces, “guardianes de la ley”, asumen su condición como privilegios, presuponiendo que estos puestos les otorgan el derecho de actuar por encima de la ley cuando no están expuestos a la vista de los demás. Quien tiene un amigo o un familiar en un cargo público de importancia, es decir “muñeca”, asume que tiene más derecho que otros para ocupar un puesto en la administración pública, aunque no tenga los méritos para hacerlo.

A pesar de que la rosca minero-feudal fue destronada después de la revolución de 1952, la experiencia de las dictaduras militares de derecha durante los años 60 y 70; el régimen de dominación de *gente decente* durante los años 80 y 90; así como las actuales tentativas de la *gente bien* del Oriente de ascender al poder (VI.6); muestran que la sociedad oligárquica y el paradigma oligárquico jamás fueron abatidos.

En el mundo de las creencias, no en vano Zavaleta Mercado definió a la ideología oligárquica como uno de los fenómenos más perdurables en la historia de Bolivia (Zavaleta, 1986). Se trata de una urdimbre simbólica donde prima el dogma pre-capitalista de la desigualdad y no el prejuicio burgués de la igualdad (Zavaleta, 1983). Esta telaraña de sentido se expande de arriba abajo de la jerarquía social donde toda distinción es

percibida como un privilegio o una desventaja, según la condición de clase y el lugar que las personas tienen en la jerarquía étno-racial.

Este fenómeno ideológico se percibe con claridad en el caso de la visión de mundo de las élites del Oriente boliviano, particularmente en la burguesía cruceña:

La auto percepción de ser distintos o superiores del resto de la población boliviana por su origen hispano y por provenir de Asunción-Paraguay, que forma parte de la región del Río de la Plata distinta de la zona andina (altiplano y valles), cuya población es referida despectivamente como altoperuanos. El ser distinto implica el rechazo a los pueblos indígenas de la región andina y en particular a los aymaras a quienes consideran que influyeron de manera decisiva en la marcha del Estado republicano con epicentro en la ciudad de La Paz. En suma, en la mentalidad subjetiva de las élites cruceñas subyace la idea de que merecen un lugar especial en un país de indios y eso en la hora presente se ha de conseguir con la autonomía departamental (Plata, 2008, pp.103-104).

Dicho sistema de creencias se inscribe en un particular régimen de dominación de clases-etnias. Su basamento social reside en el hecho de que en los peldaños más bajos de la división social del trabajo y la jerarquía étno-racial, a pesar de los 14 años de “proceso de cambio”, los “indios” y los “cholos” siguen siendo los “lustrabotas”, las “empleadas domésticas”, los proletarios de los “blancos” y los “mestizos”; realidad que se expresa cotidianamente en el desprecio más o menos velado contra los oprimidos, que aflora con inusitada violencia en conflictos como el vivido.

Durante los días de octubre-noviembre de 2019, estas contradicciones inmanentes al sistema oligárquico de dominación estallaron de un modo altamente contradictorio. Las pequeñas burguesías urbanas han defendido en las calles una idea representativa de la democracia contra el prorroguismo de Morales; la defensa de la alternancia de los

representantes políticos, un principio democrático-formal elemental; y en esta búsqueda, como veremos más adelante, han desbrozado el camino para el ascenso de un gobierno aún más injusto que el anterior (VI.6).

La idea de la democracia que existe en este complejo movimiento –alimentado durante décadas por el régimen representativo– se remite básicamente al derecho de elegir a sus representantes (“muera el fraude”), en tanto otras cuestiones elementales, como el de la igualdad, están totalmente ausentes de su idea de la democracia. En vista de ello, en esta coyuntura, para muchos jóvenes estudiantes no existe contradicción alguna entre pegar a mujeres de pollera e “indios” a la vez de indicar que están luchando por la democracia.

Después del 10 de noviembre, día de la caída de Evo Morales, el debate que se desarrolla en el seno de las masas es si “acabamos de liberarnos del dictador Morales”; o, por el contrario “acabamos de encumbrar a la dictadora Áñez”. De modo predominante, en las clases medias urbanas mestizas y blanco mestizas, entre los empresarios blanco-mestizos y las diversas tiendas políticas de la derecha, se sostiene lo primero. En innumerables actos en los que festejan la renuncia de Morales indican que en Bolivia se habría recuperado la democracia y que hoy viviríamos “tiempos de libertad”. Por el contrario, los campesinos marchistas de Huayllani, los trabajadores indo-mestizos en Senkata de El Alto, los trabajadores quechuas del botadero de basura de K’ara K’ara de Cochabamba, baleados por los militares durante los primeros días de la nueva administración, tienen una percepción radicalmente distinta de los hechos: “¡No hay justicia!”, dicen mientras lloran a sus muertos. Ésta es una lucha por la enunciación legítima de la democracia, donde se confrontan ciudadanías estratificadas según la clase y según la etnia; una confrontación entre clases-etnias estamentalmente jerarquizadas.

Las preocupaciones de los integrantes de las clases-etnias con relación a la democracia son disímiles. En tanto los grupos dominantes, o

que aspiran a serlo, se orientan a la ocupación de los altos puestos de la jerarquía del Estado, la lucha de la pequeña burguesía, sus preocupaciones y sus sentires se orientan fundamentalmente hacia el régimen representativo, la alternancia de los gobernantes, o sea, hacia la forma del régimen político. Por el contrario, las nacionalidades oprimidas de aimaras y quechuas, los trabajadores aimaras de El Alto y los campesinos enarbolan reivindicaciones democráticas que tienen como sustrato básico el grado de igualdad que existe entre los individuos, entienden la democracia de un modo menos formal, más ligada a “su carnalidad, su consumo social y su ser cotidiano” como dice Zavaleta (Sanjinés, 2005, pp. 153-166).

Con sus marchas, durante más de una década, los campesinos, los indios y las cholos inundaron las plazas principales de las ciudades de Occidente del país concibiendo que éste era un espacio de todos. En la ciudad de Cochabamba este ejercicio de libertad, percibido como acto festivo por unos, era vivido como un agravio por otros, “dejan la plaza como un verdadero muladar”, comentaba un docente universitario, “son cochinos”, comentaban sus colegas.

Por el contrario, en la plaza principal de Santa Cruz de la Sierra las marchas campesinas e indias jamás acontecieron. Evo Morales jamás ocupó simbólicamente aquel escenario, que siguió siendo preservado como escena oligárquica. Desde esas “posiciones” conservadas, la reacción oligárquica iría irradiándose hacia los valles y el Occidente del país. Así, en Cochabamba, una de las primeras medidas adoptadas por el novel Alcalde de derechas José María Leyes, elegido en 2015, consistiría precisamente en cercar los jardines de la plaza principal de Cochabamba para evitar los asentamientos durante las grandes concentraciones campesinas e indias. Su política de urbanismo formaba parte de un proceso paulatino de reacción político-cultural que tiene su epicentro en el Oriente, pero que se extiende a lo largo y ancho de las principales urbes del país; reacción que estallaría con inusitada violencia en octubre de 2019 (VI.4).

En el conflicto de octubre-noviembre de 2019, del seno de las clases medias movilizadas contra el presunto fraude han aparecido facciones de ultra-derecha montados en motocicletas, empeñados en impedir que los campesinos ingresen marchando a la ciudad de Cochabamba, como si ésta no fuese también suya. “Ya no podrán hacer lo que les dé la gana” (VI.4) les dicen; una muestra más de que en Bolivia, ni hoy ni antes pudo construirse un “espacio público” que sea pensado como “de todos”. No dejan de aparecer quienes se perciben a sí mismos por encima de otros; y, en esta medida, asumen que tienen más derechos, son “más ciudadanos”, como puede colegirse con claridad de los comentarios de los presentadores de las noticias de las grandes cadenas empresariales de televisión, que se refieren a las marchas de la clase media como “protestas ciudadanas” protagonizadas entre el 20 de octubre y el 10 de noviembre, en tanto describen las manifestaciones de los campesinos de Sacaba y de los aimaras de El Alto de noviembre como “actos vandálicos”.

La pequeña burguesía mestiza, las pervivencias de la antigua *gente decente* y la *gente bien* discurren ahora en pos de desplazar a los “indios”, los “cholos”, los campesinos, a los trabajadores indo-mestizos de los espacios políticos y sociales “públicos” de donde por siglos ya habían sido excluidos en el pasado, y esto lo hacen en nombre de la democracia. Salieron a luchar reivindicando consignas democráticas contra los privilegios que Evo Morales pretendía adjudicarse; y después de la caída del “tirano”, los dirigentes del movimiento pequeño burgués de las “pititas” pasan a la palestra para adjudicarse otros nuevos (VI.6), conculcando derechos democráticos elementales de los subalternos.

Esta reacción política-cultural tiene consistentes bases sociales. Como veremos a continuación, la “revolución democrática y cultural” del MAS fue una ilusión, en la medida que no se propuso transformar los fundamentos de una sociedad oligárquica, donde las principales palancas de la economía la siguen controlando las empresas transnacionales, la burguesía terrateniente, la oligarquía comercial-financiera (Orellana,

2016; Molina, 2019) y donde las iglesias (católicas y cristianas), los colegios privados, los medios de comunicación privados, tienen un peso substancial en la formación cultural de las clases propietarias y las clases medias emergentes. La tan propagandizada “descolonización” no transformó los fundamentos materiales y culturales de la opresión etno-racial y nacional. Sobre estas bases sociales y estos fundamentos culturales es que hoy se desarrolla el presente movimiento restaurador. La arraigada creencia en las clases dominantes blanco-mestizas de que “merecen un lugar especial en un país de indios”, hoy es una fuerza social y política que está abriéndose paso en el seno de la escena gubernamental.

III. Las contradicciones socioculturales dentro del régimen populista del MAS

1. El fracaso de la tentativa de conciliar a los irreconciliables

“No soy enemigo de los ricos, pero soy más amigo de los pobres”

Gualberto Villarroel.

Durante los últimos 14 años, en la cúspide del proceso político las pugnas han rondado en torno a la disputa entre el MAS y los partidarios de la derecha oligárquica. Si durante los primeros años del régimen populista, amplias capas de las clases medias se adhirieron al MAS, las rupturas y las defecciones –cuyas causas analizaremos más adelante (IV.1)– abrirían un período de disponibilidad aprovechada por la derecha. Pero ni la pequeña burguesía mestiza, ni ninguna otra fuerza social y política ternaria hasta ahora ha modificado el carácter predominante de la disputa política MAS-derecha oligárquica, sino que ha concluido alineándose tras uno u otro proyecto. En este escenario, una de las formas que adquirió la lucha de clases-etnias en el terreno político fue la de un conflicto mediatizado, de mayor o menor intensidad, “a través del MAS”. Los ataques de las clases medias mestizas, de los grandes propietarios y de la derecha blanco-mestiza a los campesinos, a los trabajadores, a los “collas”, en la forma fueron ataques contra el MAS, en el contenido fueron ataques contra los subalternos, en la medida que los dirigentes de las clases dominantes y medias vieron al MAS como la expresión de aquéllos. A su vez, las mismas oscilantes clases medias durante los primeros años de gobierno de Morales, pero fundamentalmente los oprimidos, se expresaron contra las clases dominantes “a través del MAS”, ya sea mediante el voto, el respaldo expresado a través de las múltiples demostraciones de fuerza que organizó el gobierno para hacer frente a la oposición; esto, claro, de un modo diferido, contenido dentro del régimen de conciliación que instauró Evo Morales. De uno y otro

lado del campo de fuerzas apoyaron o repelieron al MAS en tanto vieron que éste les permitía obtener ventajas o contrarrestar de algún modo a sus adversarios étnicos y de clase.²⁰

Gracias al MAS, como veremos luego, los terratenientes, los agroindustriales de Oriente, las transnacionales, obtuvieron sendos beneficios, y a través de la burocracia sindical el gobierno populista desmovilizó la oposición obrera, campesina y vecinal. Si bien en el transcurso del tiempo tendencialmente el MAS se fue orientando a favor del polo oligárquico, preservó un amplio respaldo de clases y nacionalidades oprimidas como su base social. Esta existencia “mixta” lo convirtió en un “estabilizador” de las tensiones interétnicas y de clase.

Como los populismos que los precedieron, desde su ascenso en 2006 los dirigentes del MAS procuraron regular estos antagonismos socio-culturales, sin resolverlos de modo fundamental. En el mediano y en el largo plazo, este esfuerzo contribuyó en buena medida al agrietamiento del régimen. Veamos.

En principio, buscaron reconciliar el nacionalismo y el anti-imperialismo de las clases-etnias oprimidas, y la creciente presencia de las empresas transnacionales en Bolivia. Como es ampliamente conocido, el movimiento de octubre de 2003 y el de mayo y junio de 2005 fueron movilizaciones nacionalistas de los oprimidos por la “defensa del gas boliviano”, la “nacionalización de los hidrocarburos” y por “la recuperación de los recursos naturales”; es decir, luchas nacionalistas por la propiedad sobre los medios fundamentales de la producción, controlados por las compañías transnacionales (Orellana, 2006).

20 Si partimos del criterio de que la lucha de clases es un proceso social práctico y objetivo, movimientos históricos que suceden frente a nuestros ojos, como dicen Marx y Engels, dicha lucha se da en sus propios términos, no en los términos que uno desearía. “Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformador del mundo. No son sino la expresión de conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos.” (Marx y Engels, 2019, p. 27).

Después de las firmas de nuevos contratos entre las transnacionales petroleras y el gobierno de Evo Morales en 2007, la sociedad entre el nuevo régimen populista y las compañías extranjeras incubaron una nueva contradicción, sobre todo en las juntas vecinales de la ciudad de El Alto, que habían sido las principales protagonistas de las luchas de 2003 y 2005. Los dirigentes más radicales de las juntas vecinales, como Florián Calcina y Carlos Rojas, se convirtieron en acérrimos opositores del gobierno de Evo Morales. Los dirigentes revolucionarios del Distrito 4 de El Alto, vanguardia del levantamiento de octubre de 2003, irían aislándose de la FEJUVE oficialista. El descontento provocado por las concesiones de Evo Morales a las empresas transnacionales, en principio, generó desmoralización y fragmentación. Sobre esta base la derecha fue ganando terreno.

En 2016 se formó una FEJUVE paralela, como alternativa a la oficial dirigida por el MAS, impulsada principalmente por la alcaldesa Soledad Chapetón del partido UN dirigido por el empresario Samuel Doria Medina. No pocos dirigentes revolucionarios de octubre de 2003 terminaron inscribiéndose en el gobierno municipal de Soledad Chapetón. Las aristas de este conflicto se abrieron en otras regiones. En 2018 en Potosí un vigoroso movimiento cívico cuestionó el contrato de explotación de litio, contraído con la empresa alemana *ACI system*, enarbolando una misma narrativa según la cual se buscaba precautelar los intereses regionales de la “angurria” de las transnacionales.

Progresivamente, la sociedad entre el gobierno del MAS y las empresas extractivas transnacionales había ido desdibujando su rostro nacionalista frente a los movimientos anti-imperialistas y de orientación nacional-popular, abriéndole al gobierno un nuevo frente durante los días de octubre-noviembre de 2019, particularmente en Potosí (VI.4).

Los populistas también buscaron reconciliar a campesinos y terratenientes, en segundo lugar. La “guerra del gas”, los levantamientos indígenas de abril y septiembre de 2000 y de septiembre-octubre de 2003 fueron

anti-oligárquicos en sus orientaciones. No sólo derrocaron al gobierno de Sánchez de Lozada, sino a la autodenominada *gente decente* en su conjunto de la alta jerarquía del poder político. La CSUTCB, los campesinos sin tierra, los indígenas de tierras bajas que se integraron al MAS, enarbolaron el derecho a la tierra y el territorio. Sin embargo, el MAS en la nueva constitución de 2009 no eliminó la gran propiedad latifundista de la tierra y promovió como ningún gobierno la expansión de la frontera agrícola a favor de los terratenientes del Oriente. Ciertamente, en algunos casos las políticas del MAS contribuyeron a un desarrollo capitalista “farmer”, como los campesinos interculturales que acumularon capital en el Oriente boliviano.²¹ Existen campesinos como los de la quinua en Oruro, que siguen este mismo modelo, de transformación del pequeño propietario campesino en gran propietario capitalista (Aillón, 2014, pp. 90-105), dinámica promovida por las políticas del gobierno de Morales. Pero debido a la excesiva concentración de la tierra en manos de los grandes propietarios del Oriente, y la extendida pervivencia del minifundio en el Occidente y los valles, este proceso no transformó la estructura económica agraria del país.

Si bien la vanguardia del MAS estaba compuesta predominantemente por campesinos pequeños propietarios, el gobierno también procuró articular dentro de su “bloque histórico” a los terratenientes y a los ganaderos del Oriente boliviano a través de negocios como el de la exportación de soya y carne a la China –una de las causas del desastre ambiental en la Chiquitanía de septiembre de 2019. Sin embargo, los esfuerzos de Morales por articular estos intereses avivaron las tensiones inter-étnicas

21 “La Fundación Tierra señaló que sólo el 4 por ciento de los beneficiarios de la dotación de tierras en el país, entre el 2006 y 2016, fueron indígenas del oriente, el resto fueron entregadas a la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (Csutcb) y a la Confederación de Interculturales de Bolivia. Estos datos también son reflejados en los informes del Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), en los cuales se detalla que la Csutcb se favoreció con el 75 por ciento del total de tierras distribuidas, los interculturales con un 12 por ciento, la Confederación de Pueblos Indígenas de Bolivia (Cidob) con el 4 por ciento y las comunidades Patujú con el 1 por ciento. El 8 por ciento no se especifica.” (Los Tiempos, 23 de septiembre de 2019).

y entre nacionalidades. Ni el odio al indio, al “colla”, ni el resentimiento contra los “k’aras” desaparecieron. Por el contrario, sobre todo en el Oriente la política de dotación de tierras a favor de los campesinos interculturales y de la CSUTCB contribuyó a la diseminación de la idea de que los “masistas collas” eran ladrones de tierras e invasores.

Por su parte, las políticas extractivistas favorables a las transnacionales y a los terratenientes blanco-mestizos provocaron que organizaciones indígenas, como el CONAMAQ, la CIDOB, la Subcentral del TIPNIS se volvieran ácidamente críticas contra el gobierno. Una CSUTCB paralela, en sus inicios dirigida por Rufo Calle, fue la primera en desmarcarse.

Estas rupturas de los campesinos indígenas y del movimiento cívico de Potosí con el MAS se dieron por la izquierda. Pero como veremos en el apartado final de este ensayo (VI), el predominio socio-cultural de la clase media mestiza y blanco mestiza y de la oposición de derecha, en las movilizaciones contra el prorroguismo de Morales, jalonearía a que aquellos sectores inconformes, expresaran su descontento a través de los canales abiertos por la derecha. En noviembre de 2019 el Presidente del Comité Cívico Potosinista Marco Pumari, ADEPCOCA de los coccaleros de los Yungas y una fracción de la dirigencia de la CSUTCB se convertirían en colaboradores del líder ultraderechista cruceño Fernando Camacho en La Paz en la exigencia de renuncia de Evo Morales. En el proceso de radicalización, los frentes de clases subalternas que se abrieron por izquierda irían progresivamente desplazándose hacia la derecha y la extrema derecha, impulsados por las pequeñas burguesías urbanas (VI.4).

Una tercera contradicción. El proyecto de industrialización y de desarrollo del mercado interior del MAS encontró un fuerte obstáculo en la persistencia del predominio del capital transnacional sobre el espacio económico local, cuya expresión fue la vocación predominantemente primario-exportadora de las políticas del gobierno de Evo Morales. Si bien el excedente gasífero se canalizó a través de una política de bonos hacia los grupos más vulnerables, como los estudiantes de los colegios fiscales,

las personas de la tercera edad, las mujeres embarazadas, un hecho que dinamizó el mercado interior, sobre todo la producción industrial de alimentos (Aillón, 2012); gran parte del aumento de la demanda interna se orientó hacia la importación de productos extranjeros, principalmente chinos.²² En vista de ello, la dinámica expansiva del período 2007-2016 no cambió cualitativamente el predominio numérico del pre-capitalismo de la producción manufacturera de las ciudades, ni el peso abrumador del sector terciario,²³ ni la economía esencialmente primario exportadora.

Las políticas de redistribución del excedente ampliaron numéricamente la clase media (Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Centro de Investigaciones Sociales, 2019), pero las vías económicas del aburguesamiento continuaron siendo poco expeditas. Por el contrario, el agrandamiento del Estado durante los últimos 13 años, hace suponer que éste se constituyó en un gran polo de atracción de las expectativas de movilidad social ascendente y de aburguesamiento social; y, por tanto, un espacio altamente ambicionado por aquellas capas de la pequeña burguesía que se hallaban fuera de la configuración “azul”, es decir, que no pertenecían al MAS.

Las presiones por acceder a los cargos estatales constituyen una de las causas de la reedición del “embrollo boliviano” (Lavaud, 1998) durante la crisis de octubre-noviembre de 2019. Las expectativas de aburguesa-

22 La participación del sector manufacturero en el contexto de las empresas que se matricularon cada uno de esos años, ha disminuido del 14% en 2007 al 11% en 2016; por el contrario el abrumador peso del sector dedicado a la actividad de ventas al por mayor y menor ha aumentado del 35 al 39%; en tanto el sector servicios, representado por la barra “otras actividades” –donde cuenta la agricultura y la minería en porcentajes no mayores al 2%– ha disminuido del 34% al 32% entre 2007 y 2016 (Ministerio de Desarrollo Productivo y Economía Plural, 2016).

23 Como muestra la Encuesta de Hogares, en 2015 las empresas medianas y grandes solo representaban el 12% de las unidades productivas encuestadas en el sector manufacturero. Predominaba una economía familiar, de pequeña escala. Si en 2011 los obreros representaban el 10,5% de la población ocupada, en 2015 representan el 8,2%. Por el contrario, los trabajadores por cuenta propia pasaron de representar el 33,9% de la población ocupada en 2011, a representar el 40,7% (Ministerio de Desarrollo Productivo y Economía Plural, 2016).

miento de las clases medias mestizas y blanco-mestizas entraron en contradicción con la pequeña burguesía y la burguesía indígena e indo-mestiza en el gobierno, así como con la burocracia del MAS, fenómeno que analizamos a continuación.

2. La burocratización de las organizaciones sociales y la desmovilización de las clases subalternas

Ya no sufra, compadrituy, porque esta noche bailaremos hasta que las velas no ardan, celebrando el año de los llunkus, quienes se aprestan a ocupar altos cargos muy cerca del Tata Evo.

Paulovich. Los Tiempos, 20 de enero de 2013

El ascenso del MAS al gobierno en 2005 cerró el período revolucionario que se había abierto con la guerra del agua de 2000 en Cochabamba. Este proceso de reflujo de las movilizaciones, contradictorio, desigual, pero continuo, vino de la mano de la formación de una nueva capa social en el seno de las organizaciones sociales, abriendo un período que tuvo como rasgo específico “la victoria de la burocracia sobre las masas” (Trotski, 1972, p.93).

Acontecía un nuevo período de normalización de la política, de la mano de un proceso de burocratización de la dirigencia de las organizaciones sociales. Los movimientos sociales, que impulsaron el ascenso revolucionario del periodo 2000-2005, terminaron por integrarse corporativamente al interior del MAS. El fenómeno de la burocratización consiste en la formación de una capa privilegiada en el seno de las organizaciones que protagonizaron los procesos revolucionarios de inicios de siglo, en un nuevo contexto de reflujo de las movilizaciones sociales. Cuando las aguas de la movilización social refluyeron, tomaron la palestra los dirigentes de las organizaciones populares, convirtiéndose en funcionarios o autoridades del gobierno: los nuevos especialistas de la política.

Durante casi una década y media se esmeraron en construir nuevas formas de patronazgo a nivel sindical, municipal, en las gobernaciones

y entorno al gobierno central. Este poder burocrático encuentra algunas similitudes con el fenómeno del estalinismo, de raigambre también campesina. Las redes de poder que se extendieron en torno a las cúpulas dirigenciales del MAS se constituyeron como un sector privilegiado vinculado al aparato del Estado, que emergía de los sindicatos y las organizaciones de campesinos, de las cooperativas mineras, de las organizaciones de juntas vecinales, de los sindicatos obreros; una burocracia de origen popular, pero a la vez socialmente diferenciada debido a los privilegios vinculados al poder político.

Además del poder burocrático, otra similitud con el estalinismo fue el culto a la personalidad, a la infalibilidad del líder, del caudillo. El caudillismo, un rasgo característico de la cultura política boliviana, también permeaba a las organizaciones populares y se recreó en los espacios gubernamentales.

En junio de 2006 Martín Sivak (2008, p.39) hacía la siguiente observación sobre la oficina de la Coordinadora de las Seis Federaciones del Trópico de Cochabamba donde Evo Morales –por entonces ya Presidente de la República– ejercía el cargo de máxima autoridad: “recortes de diarios y fotos de Morales dirigente y Morales presidente pueblan las paredes”. El entrevistador preguntaba al Presidente:

- Tu nombre y tu foto aparecen por todos lados. ¿No tenés miedo de que se personalice demasiado el poder en vos?
- En Latinoamérica, lamentablemente, veo que los movimientos políticos se centran en las personas. A mí me corresponde una posición de garantía. Jamás existiría la borrachera por el poder y el verticalismo. Por eso le pido a mis compañeros que me corrijan si me he equivocado.

Los dirigentes de las organizaciones populares inscritas en el MAS, ellos mismos inmersos dentro de esta atmósfera caudillista, devendrían los principales artífices de la personalización de la simbología política de

este movimiento; una urdimbre simbólica amplificada a través de los recursos y los medios de propaganda que procuró el Estado. Durante casi 14 años, en toda obra realizada en el seno de la administración pública, en todo spot publicitario aparecía el rostro de Evo Morales; su figura, representada por las gigantografías, inundaron las ciudades del país.

En las altas esferas gubernamentales, Álvaro García, Juan Ramón Quintana justificaron teóricamente la indispensabilidad de la presencia del caudillo indicando que él era la única garantía de unidad en el país.²⁴ Como sucedió con el estalinismo, el MAS también realizó sus purgas, menos cruentas que en Rusia, pero que de igual modo se tradujeron en la expulsión y la defenestración de los posibles concurrentes, como Félix Patzi y David Choquehuanca, que pudieran opacar el carisma personalista de Evo Morales.

Finalmente, en su devenir, como aconteció con el estalinismo, este poder adquirió rasgos autoritarios y antidemocráticos. Persiguió y expulsó a organizaciones civiles críticas como las ONG's, encarceló a dirigentes de organizaciones populares, como sucedió en los Yungas de La Paz, fragmentó y dividió a las organizaciones populares. Y se fueron acentuando sus rasgos represivos a nivel de las organizaciones populares. Una expresión se ve durante los días de crisis, en que las cúpulas dirigenciales del MAS, impotentes en lograr una movilización de alcance nacional, pero desesperadas por hacerlo, han recurrido a métodos de terror, de extorsión y de represión para movilizar a sus bases.

En la alta jerarquía del poder político el personalismo caudillista y el proceso de burocratización se expresaron con claridad en los afanes prorroguistas de Evo Morales, específicamente cuando el gobierno desconoció los resultados del Referéndum del 21 de febrero de 2016, que

24 “La unidad pasa por liderazgos. El presidente Evo Morales es una garantía de la unidad del bloque histórico actual de los movimientos sociales y revolucionarios en Bolivia. Sin el presidente Evo, corremos el riesgo de que la unidad se fragmente, se debilite y seamos prácticamente avasallados por la derecha.” “Evo es la garantía de la unidad en Bolivia” (Gómez, 22 de octubre de 2018).

rechazaron por mayoría la reelección por cuarta vez consecutiva del binomio Evo-Álvaro.

Los modos en que las expectativas de aburguesamiento social de la clase media (III.1) se confrontaron con el caudillismo y el poder burocrático que acabamos de describir adquirieron una significación étnica particular. Las pequeñas burguesías mestizas que tienen pretensiones de aburguesamiento, pero que no encuentran los canales ni las vías expeditas para hacerlo, no están dispuestas a tolerar que los “indios” cometan estos abusos. “¡Qué se han creído!”, “los indios quieren eternizarse en el poder!”. Desde esta perspectiva, la presente arremetida político-cultural en pos de la recuperación del control de los cargos estatales se orienta a “colocarlos en su sitio”, y no son pocos los que incluso quisieran volver a verlos “pisoteados”.

Simultáneamente, el caudillismo centrado en la persona de Evo Morales, expresado mediante la obstinación de los dirigentes del MAS en ratificarlo como candidato a la presidencia por cuarta vez consecutiva, contribuiría a crear un rechazo a su figura política no menos apasionado que el que en su momento le prodigaron sus más fervientes seguidores.

El efecto de estos procesos en la coyuntura de octubre-noviembre de 2019 fué doble. Por un lado, proporcionaron una buena dosis del “combustible” que movilizó a las clases medias urbanas. Por otro lado, la burocratización de las direcciones de las organizaciones sociales profundizó el reflujo, la desmovilización de las clases y etnias subalternas; saldo que terminaría siendo catastrófico para la estabilidad del gobierno de Evo Morales.

Las contradicciones sociales previamente descritas, y que procuraron ser contenidas por el gobierno populista, terminarían estallando y expresándose fuera del régimen, fracturándolo, traducándose en un nuevo balance de las fuerzas en octubre-noviembre de 2019.

IV. El estallido de la cuestión nacional

1. La invisibilización de los mestizos

Hay una forma específica de violación del principio nacionalista contra el cual el sentimiento nacionalista es particularmente sensible: si aquéllos que gobiernan una unidad política pertenecen a una nación distinta a la que pertenece la mayoría de los gobernados. Esto constituye, para los nacionalistas, un atentado a las convenciones políticas que es absolutamente intolerable.

Ernest Gellner. *Naciones y nacionalismo*.

Otra de las condiciones de posibilidad de la rebelión de los mestizos de clase media, durante el conflicto de octubre-noviembre de 2019, debe buscarse en los esfuerzos del gobierno del MAS por invisibilizar simbólicamente a esta clase-etnia, por subalternizar a los profesionales dentro de las oficinas públicas o simplemente sacarlos de su esquema de poder; en una sociedad donde, paradójicamente, la pequeña burguesía profesional mestiza ocupa un lugar preponderante y de privilegio con relación a otras clases-etnias; contradicción potencialmente explosiva.

En mi condición de docente universitario he podido escuchar innumerables quejas de profesionales con relación al trato autoritario recibido por dirigentes campesinos e indígenas que fungían como autoridades gubernamentales, de profesionales que veían menospreciados sus años de carrera con relación a dirigentes campesinos y de organizaciones populares, cuyo acceso a los cargos estatales resultaba más expedito debido a las relaciones que habían construido previamente en aquellos sectores sociales; en resumen, son innumerables las anécdotas y las quejas de profesionales que referían el no haber sido tratados según la dignidad que ellos se atribuían por haber hecho una carrera universitaria.

Este hecho entró en contradicción con las relaciones jerárquicas persistentes fuera de aquellas oficinas gubernamentales. Históricamente, los “doctores” ocuparon un lugar preminente en la sociedad boliviana.

La paradoja señorial (Zavaleta, 1983), expresada mediante el predominio de los doctores y de los profesionales, persistió aún después de la Revolución de 1952.

[L]os retratos presidenciales de Paz y de Siles, escribe James Malloy, indican la identificación espiritual, sicológica y de orientación del corazón del MNR con el pasado. Vestidos en frac y con faja, con la tradicional medalla de la República en el cuello, entraban perfectamente dentro de una línea ininterrumpida de retratos presidenciales bolivianos (Malloy, 1989, p.225).

Además de la *exis corporal*, los “doctores de la revolución” heredaron importantes aspectos de la antigua ideología oligárquica. Desde la perspectiva de los intelectuales y políticos nacionalistas del MNR, el saber letrado ocupaba un lugar esencial en la conducción de la Revolución Nacional: “[S]egún la posición doctrinal esencial del MNR, dado el carácter entreguista de la feudal burguesía, y la incultura de las masas obreras, es la clase media la que debe luchar, a la cabeza de las otras clases sociales, por la liberación del país” (Lora, 1979, p.127).

A los ojos de los dirigentes del MNR era evidente que “la cultura” –un equivalente de lo que hoy se conoce como *alta cultura*– era uno de los atributos de la “clase media”, y esta condición le otorgaría un lugar de primera fila en la conducción del proceso revolucionario. Durante el discurso inaugural de la VI Convención del MNR de febrero de 1953, Víctor Paz Estenssoro proclamada de este modo el rol de la pequeña burguesía y de la clase media: “procurar los teóricos y conductores en la lucha por la liberación del país” (Hernández y Salcito, 2007, p.98). Paz Estenssoro evocaba a los dirigentes de su partido, principalmente abogados, escritores y periodistas como Carlos Montenegro, Augusto Céspedes, Hernán Siles, José Cuadros Quiroga, José Fellmann Velarde.

El discurso revolucionario, cuya finalidad era paradójicamente la búsqueda de la igualdad, devenía así en un relato que hilaba simbólicamente nuevas relaciones jerárquicas, donde los dirigentes e intelectuales de la revolución ocupaban los puestos de mando político *vis-à-vis* obreros y campesinos, que al estar “desprovistos de cultura”, se supone, debían asumir el rol de dirigidos. En este sentido, la significación étnica y de clase del rol del saber letrado y su papel político fue una de las herencias de la ideología oligárquica, que pervivirá en el MNR (Orellana, 2016, pp. 85-94).²⁵

Estas relaciones y representaciones jerárquicas persisten con mucha vitalidad en la sociedad boliviana. De modo generalizado –como pudimos constatar reiteradas veces en conversaciones con nuestros colegas universitarios y a través de sondeos de opinión con los estudiantes– los integrantes de la pequeña burguesía profesional asumen que quienes gobiernan el país deben ser personas con una educación universitaria. Pero además de ello, por lo general quienes han pasado por una carrera universitaria se atribuyen una dignidad superior que la que atribuyen a quienes no lo han hecho. A sus ojos, se supone que quienes gobiernan deberían tener una dignidad equivalente. O sea, tienen más derecho que los demás a ser escogidos como autoridades.

Desde este punto de vista, Evo Morales, los gobernantes y los funcionarios de un origen social y étnico análogo, jamás dejaron de ser “indios ignorantes”, “burros sin educación”, “laris”, “masi-llamas”. Este sentido común se expresó recurrentemente en los estribillos de los maestros

25 Ya Franz Tamayo, uno de los precursores de la ideología del MNR, pensaba que la inteligencia no era una facultad dominante en los indios: “[p]roablemente el indio es una inteligencia secularmente dormida[...] La verdad es que el indio ha querido siempre, y ha pensado poco [...]” (Tamayo, citado por Lorini, 2006, p.132). Al contrario, la inteligencia “[e]s lo que los mestizos han heredado de sus ancestros blancos” (Tamayo, citado por Sanjinés, 2005, p. 62). En este sentido, la representación de Tamayo preservaba la imagen de un indio “sin cabeza”, metaforizada por Arguedas y Medinacelli. Según Tamayo, el mestizo ideal “[t]enía la complexión física del indio, pero la mente educada del mestizo, sobre quien recaía la función de dirigir” (Sanjinés, 2005, p. 63). Paz Estenssoro, y los principales dirigentes e ideólogos del MNR pensaban de modo similar.

durante sus marchas contra el gobierno del MAS; como durante las movilizaciones de los estudiantes y los médicos de 2017. Sus prejuicios de clase-etnia se expresarían con más fuerza y nitidez durante la “revolución de las pititas” transcurrida entre el 20 de octubre y el 10 de noviembre 2019; fueron uno de los componentes ideológicos principales de la derechización, como veremos más adelante (VI.4).

Estos datos indican que el MAS no transformó las relaciones jerárquicas donde estas representaciones colectivas se asentaban, aunque sí las atacó recurrentemente desde el gobierno, atizando un creciente malestar entre las clases medias mestizas.

En junio de 2006, a seis meses del comienzo del primer gobierno del MAS, Sivak (2008, p. 40) registra una conversación con Evo Morales que expresa el modo en que el gobernante se posicionaba frente a los doctores de terno y corbata:

- Qué es lo que más tenés que aprender.
- Me falta dominar temas financieros y económicos. Para mí la educación es cada día. Antes era el sindicato, los ampliados, las marchas las concentraciones. Ahora, el Palacio. Una cosa es tener un título y otra cosa es conocer.
- ¿Qué te gustaría que estudien tus hijos?
- No puedo decir hermano. Quiero que tengan conciencia social y capacidad intelectual.
- Hay padres, por ejemplo, que quieren que sean abogados.
- Yo no. Más bien quisiera erradicar todas las Facultades de Derecho por una cuestión de salud pública. Veo que la justicia que tenemos en Sucre es una fiel representación del colonialismo interno y externo.

En la entrevista Evo Morales expresaba la profunda desconfianza y recelo que abrigan los campesinos frente a los “doctores con terno

y corbata”, los abogados. En no pocas ocasiones Evo Morales fustigó discursivamente a las universidades públicas, donde presumiblemente percibía un velado desprecio hacia su propia persona. Uno de los principales frentes ideológicos que se abriría el régimen sería precisamente el de los profesionales con “título”.

Los gobernantes del MAS no sólo atacaron la condición de clase de la pequeña burguesía, también su identidad étnica. Como es ampliamente conocido, el régimen post revolucionario del MNR entronizó el mestizaje como crisol de la identidad nacional (Sanjinés, 2005). Desde la Revolución de 1952, cada vez con mayor recurrencia, la formación escolar y universitaria, la normal, la policía, el ejército, fueron vistos por las clases subalternas de aimaras y quechuas como vías de reconversión mestiza, de *dépassement* de los orígenes campesinos indígenas, y de aproximación a la nueva sociedad mestiza dominante, añorando el que un día sus hijos podrían trabajar en una oficina pública, vistiendo terno y corbata, como los *caballeros* (II.2). La ideología oligárquica, expresada a través de la paradójica señorial, tuvo un eco muy fuerte, también entre las clases subalternas. Aquellos que tuvieron un éxito relativo en esta reconversión mestiza la vivieron con orgullo y reivindicaron su nueva adscripción.

El mestizaje es un fenómeno vasto en la sociedad boliviana. En una encuesta llevada a cabo por Benavides y Serrano el año 2010 a universitarios paceños sobre su “raza”, encontraron que 56,99% se declaraba de raza mestiza (Benavides y Serrano, 2011, p.101, citado por Spedding, 2013, p.131). Por su parte, Loayza (2010, pp.182-183, citado por Spedding, 2013, p.131) encontró en el período 2008-2009 (con grupos focales en todos los departamentos del país, no exclusivamente en capitales departamentales) que el 34% se declaraba indígena frente al 54,4% mestizo y el 8,4% blanco. En otra encuesta, realizada por la fundación UNIR (12 de julio de 2012), también se encontró que el 47% de los encuestados en las nueve capitales de departamento, El Alto y 12 ciudades intermedias se reconocía como mestizo.

La discusión sobre la mayor o menor representatividad de estas encuestas, de si los indígenas son más o menos, o si prevalecen los mestizos, es un asunto que no nos corresponde dirimir a nosotros; pues se inscribe en las luchas clasificatorias por la definición legítima de uno en el mundo (Apéndice III), pero lo que es indiscutible es que la categoría de “mestizo” es un importante principio de identificación y un criterio de clasificación del mundo diseminado en la sociedad boliviana.

Hasta el ascenso del MAS al gobierno, hubo mestizos que vistieron orgullosos sus ternos y sus corbatas en las oficinas públicas; hasta que “el indio, ex pastor de llamas, subió al gobierno vestido con su chompa de Alpaca”, según lo recuerda un colega docente. No se trata de un simple problema cosmético, sino de la propia *exis* corporal de los integrantes de la clase-etnia, que a sus ojos define un aspecto de su dignidad personal. Simbólicamente, y en una buena medida, socialmente, los mestizos de terno y corbata fueron desplazados de varias oficinas gubernamentales; o empezaron a vestirse de modo casual. Más allá de la discusión bizantina de si el MAS era o no era un “gobierno indígena”, lo evidente es que el imaginario de los doctores de terno y corbata dejó de estar necesariamente asociado con las oficinas públicas.

En el discurso oficial los propugnadores de la “hegemonía indígena-campesino-originaria” del MAS se esmeraron por invisibilizar la identidad mestiza. A la manera de los indianistas kataristas de los años 70, percibían a la identidad mestiza como una rémora del viejo pensamiento colonial. Uno de los ejemplos más cabales de esta actitud puede constatarse durante la preparación del CENSO del año 2012, cuando los gobernantes discutían si en la pregunta sobre la auto-identificación cultural debía de incluirse o no la categoría de “mestizo”; opción rechazada, por ejemplo, por el Vicepresidente Álvaro García, quien argumentaba que se trataba de una de las pervivencias de la ideología colonial, superada por la revolución democrática e intercultural dirigida por el MAS. Refiriéndose a los resultados del CENSO, en agosto

de 2013 sentenció: “el mestizaje no es una identidad” (ERBOL, agosto de 2013). O sea, el Vicepresidente negó la identidad mestiza.

El profundo odio que Evo Morales y Álvaro García se ganaron entre las clases medias profesionales mestizas no puede comprenderse, sino es a la luz de aquel negacionismo indigenista. Las luchas de la pequeña burguesía profesional de octubre-noviembre de 2019, pero también de los policías, de los militares, de los maestros, de los estudiantes, constituyen, entre otras cosas, esfuerzos por volver a visibilizar esta *Bolivia mestiza*, puesta bajo la penumbra del discurso indigenista durante casi 14 años del gobierno del MAS; una rebelión, como veremos, que surge con violencia y racismo contra las etnias y nacionalidades indias collas, buscando reafirmar la identidad propia negando la del *otro*.

Éste es uno de los modos, como veremos a continuación, en que los mestizos encararían la lucha clasificatoria por la definición legítima de sí mismos en el mundo (Apéndice III) –disputa suscitada, entre otros momentos, durante la interpretación de los datos del Censo de 2012 cuando se discutía si los indígenas o los mestizos tenían mayor preponderancia– imponiéndose y visibilizándose mediante la fuerza durante la coyuntura de fines de 2019.

2. Las luchas entre “collas”, “cambas” y “mestizos”

El despertar del nacionalismo en las naciones oprimidas, que se ha mostrado con tanta fuerza después de 1905 (recordemos aunque sólo sea el grupo de ‘autonomistas-federalistas’ de la I Duma, el ascenso del movimiento ucranio, del movimiento musulmán, etc.), provocará inevitablemente un recrudecimiento del nacionalismo de la pequeña burguesía rusa en la ciudad y en el campo. Cuanto más lenta sea la transformación democrática en Rusia, tanto más empeñados, rudos y encarnizados serán el hostigamiento nacional y las discordias entre la burguesía de las diversas naciones. El singular espíritu reaccionario de los Purishkévich rusos engendrará (e intensificará) a la vez tendencias ‘separatistas’ en unas u otras naciones oprimidas, que a veces gozan de una libertad mucho mayor en los Estados vecinos.

V. I. Lenin. *El derecho de las naciones a la autodeterminación.*

Durante el conflicto de octubre-noviembre de 2019, a través de los medios de comunicación, dirigentes cívicos, policías rebeldes y políticos de la antigua derecha en el exilio, declararon que debía de abolirse el “Estado Plurinacional de Bolivia” y reinstaurarse la “República”. Simultáneamente, en Beni y en Santa Cruz de la Sierra, los medios de comunicación registraron a manifestantes que, al exigir la renuncia de Evo Morales, pisaban la wiphala, símbolo de las nacionalidades y etnias andinas, indicando que no los representaba. También hubo policías que mostraron a través de las cámaras de televisión a escala nacional cómo cortaban la insignia de la wiphala de las mangas de sus uniformes. Simultáneamente este símbolo fue removido de las instituciones públicas en el Oriente y en el Sur del país, y sacado de la plaza de las banderas de

Cala Cala de Cochabamba. El día de la renuncia de Evo Morales, el 10 de noviembre, la wiphala fue sacada de palacio y consumida en fuego. A comienzos de febrero se denunció que la wiphala fue borrada de los certificados de nacimiento. Esta reacción simbólica vendría acompañada de la destrucción de las estatuas de Evo Morales en varias plazuelas del país.

Estas expresiones indican que, a los ojos de las corrientes más conservadoras del movimiento de las clases medias urbanas, la lucha contra Evo Morales equivalía a una querrela con los símbolos de las nacionalidades y etnias “collas”. Existen varios testimonios de mujeres de pollera que durante esos días decidieron cambiar sus ropas por vestidos para no ser agredidas por los mestizos movilizados o finalmente detenidas por las fuerzas represivas después de la renuncia de Evo Morales del 10 de noviembre,²⁶ expresiones que manifiestan que, si bien en la forma la lucha de los mestizos fue anti-masista, en el contenido fue anti-india, anti-campesina, anti-chola, anti-colla.

La afrenta contra la wiphala y contra las mujeres de pollera sería rápidamente respondida por una inmensa multitud de trabajadores vecinos de la ciudad aimara de El Alto, que al día siguiente del derrocamiento de Evo Morales bajaron corriendo, wiphalas en mano, hacia la ciudad de La Paz, gritando “¡Ahora sí, guerra civil!”. Aterrorizados frente a la arremetida aimara, los policías que resguardaban el Palacio Quemado volvieron a izarla en el palco oficial, se pusieron sus trajes de servicio que portaban la insignia andina e imploraron llorosos en quechua y en aimara, pidiendo por televisión a los manifestantes comprensión. Decían que ellos simplemente estaban haciendo su trabajo y que también eran hijos de mujeres de pollera. La inmensa multitud al final no llegó hasta Palacio Quemado, que fue acordonado por los militares.

26 Como relata por ejemplo una de las dirigentes de una de las Federaciones del Trópico de Cochabamba en su testimonio presentado a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en el video de Anonymous Bolivia (15 de enero de 2020).

El límite a la arremetida oriental anti-colla y a la reacción anti-india de las clases medias, lo pusieron los trabajadores y la nacionalidad aimaras de El Alto. Pero las tensiones entre clases-etnias y entre nacionalidades persisten. Durante el conflicto, personas procedentes del Oriente fueron agredidas en el Alto por manifestantes que les reclamaban “ustedes odian nuestra raza”. Y por las redes sociales recurrentemente se filtraron videos donde mujeres de pollera eran agredidas en el Oriente. Las golpizas perpetradas por miembros de la Unión Juvenil Cruceñista en el Plan 3.000 de Santa Cruz habitado por inmigrantes “collas” fueron recurrentes.

Si en octubre de 2003, frente al gobierno del “gringo Goni” –definido por los manifestantes como pro-chileno y pro-norteamericano– los alteños enarbolaron la bandera boliviana; en noviembre de 2019 frente al gobierno de Jeanine Áñez, percibido como *k’ara*, enarbolaron la wiphala. Si en octubre de 2003 los ataúdes de los caídos durante la masacre perpetrada por el gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada en El Alto eran envueltos con banderas bolivianas, el 20 de noviembre, un día después de la masacre de Senkata, los ataúdes fueron envueltos con wiphalas (Noticias Bolivia, 20 de noviembre de 2019); un dato que expresa el sentido etno-nacional que para estos trabajadores aimaras tuvo la muerte de los manifestantes durante la represión del día anterior.

Desde una perspectiva más general, este conflicto inter-étnico se encabalga con el resurgimiento de la histórica *cuestión nacional*, o sea, una pugna donde los actores confrontados no únicamente ponen en cuestión la raza, el fenotipo y la estirpe de su adversario (la etnia), sino corrientes subterráneas en estas etnias que también aspiran a dotarse de un techo político propio (Gellner, 1989); auto-determinarse (Lenin, 1962).

En Bolivia existen múltiples etnias, pero solamente dos nacionalidades, que históricamente se han manifestado por la construcción de un Estado propio, alterno al boliviano: *la nacionalidad camba* –así se autode-

nombraron durante su tentativa separatista en 2008– y *la nacionalidad aimara* (colla). Ambos movimientos nacionalistas-étnicos han vuelto a emerger con mucho ímpetu durante la reciente crisis política. La lucha entre “collas” y “cambas”, inicialmente un conflicto inter-étnico y regional, adquiere los ribetes de un conflicto entre nacionalidades que pugnan por el control de poder político; y, si bien esto supone en un principio competir por el gobierno boliviano, en su seno también se agitan importantes tendencias separatistas, que piensan en un estado alterno a lo que hoy es Bolivia.²⁷

Durante los años 2007-2008, la confrontación entre las corrientes más radicales, como la “nación camba” en Santa Cruz de la Sierra y el movimiento indianista aymara dirigido por Felipe Quispe Huanca, líder de la CSUTCB, se planteó en los siguientes términos:

“Las élites radicales de Santa Cruz de la agrupación Nación Camba han señalado que el Oriente de las tierras bajas es para los cruceños (blanco-mestizos) y el Occidente andino para los indios. Es decir, es una respuesta política al proyecto de la re-constitución del Qollasuyo, dando razón a la existencia de dos Bolivias” (Plata, 2008, pp.102-103).

Este problema nacional es un conflicto latente, más o menos velado, pero presente. Los movimientos nacionalistas étnicos transcurren como aguas subterráneas que afloran con violencia en coyunturas políticas donde sus integrantes se perciben desplazados de las estructuras del poder político. Eso aconteció después de la caída de Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003, mediante el surgimiento del movimiento

27 Un símbolo significativo fue el regalo que los dirigentes del Comité Cívico Pro Santa Cruz le brindaron a Fernando Camacho el día de su renuncia a la presidencia del Comité: una gran pintura donde se representaba al dirigente cívico dejando la biblia en Palacio Quemado el día de la renuncia de Evo Morales, y tras suyo se representaba el mapa de Bolivia donde resaltaba predominantemente una franja verde que cubría la mayor parte del mapa en toda la región amazónica del país, verde oscuro que representa la bandera de Santa Cruz. El lenguaje subliminal evoca la franja territorial que en 2008 ciertas corrientes faccionalistas buscaron escindir de la integridad territorial boliviana.

autonomista cruceño que luego derivaría en la intentona separatista de la “media luna” de 2008. Y hoy resurge en el nacionalismo aimara frente al ascenso de la oligarquía al gobierno en noviembre de 2019.

El “Estado Plurinacional de Bolivia”, en este sentido, fue una reforma jurídica y administrativa a un problema que tiene que ver fundamentalmente con el modo en que las etnias y las nacionalidades ejercen de modo efectivo el poder del Estado en Bolivia; la Constituyente de 2007-2008, desde esta perspectiva, dejó irresuelta la cuestión nacional.

Este problema se agudiza en relación con el mayor dinamismo del capitalismo en Santa Cruz de la Sierra. Sectores de la burguesía cruceña exigen que el Estado se adecue a las corrientes más pujantes del desarrollo cruceño. En este sentido, una novedad fue que el Comité Cívico Cruceño, otrora exclusivamente regionalista en sus reivindicaciones, aparece por primera vez dirigiendo un movimiento de alcance nacional bajo el estandarte de la “unidad nacional” frente al “tirano”. Por primera vez una fracción de la burguesía cruceña logra cohesionar a un complejo y extenso movimiento de la oposición de derecha, que arrastra tras suyo o los movimientos regionales de Potosí, Cochabamba, Tarija y Oruro.

Tras la vanguardia del movimiento cívico cruceño, resurge un nacionalismo mestizo de extrema derecha, xenófobo, uniformizador de las diferencias con el rasero monocromático de “un solo Dios, una sola patria, una sola bandera”. Se trata de lo nacional-estatal resignificado por las pequeñas burguesías urbanas, que lo traducen en un movimiento social conservador que recuerda al nacionalismo xenófobo inculcado por la doctrina de seguridad nacional del período de la guerra fría –“Dios es nacionalista, me consta” solía decir el ex dictador Hugo Banzer Suárez (Zivak, 2002, p. 143).

El “epicentro” se halla en Santa Cruz de la Sierra, aunque la “falla geológica” se extiende a todas las ciudades del país. Los actos de opresión racial contra mujeres indígenas acontecidos durante los 21 días de movilización de las clases medias contra Evo Morales, las “masacres de indios”

en Huayllani y Senkata (VI.5) indican que la unificación de esta “nación boliviana” mestiza, que invoca el retorno de la República, replantea una irresuelta cuestión nacional, que históricamente se expresó a través de la opresión de los bolivianos blancos y mestizos sobre las nacionalidades y etnias nativas de aimaras, de quechuas y de indígenas de tierras bajas. Estamos viviendo el retorno de la Bolivia mestiza y blanco-mestiza, que aspira a copar el poder político.

Si hasta la caída de Gonzalo Sánchez de Lozada eran las pervivencias de la antigua oligarquía occidental (la *gente decente*) la que rigió aquella política de dominación etno-nacional y de clase, hoy es un sector de la burguesía de Oriente, de la *gente bien*, la que “toma la posta” de la nueva dirección intelectual y moral conservadora a escala nacional.²⁸

En diciembre de 2019, cuando Jeanine Áñez posesionó al nuevo Alto Mando militar, se dispuso que, en Palacio Quemado, a lado de la tricolor y de la wiphala, se pusiera la bandera blanca donde figura la flor del patujú, símbolo de las marchas de las etnias indígenas de la Amazonía y del Oriente boliviano; utilizada especialmente durante la marcha de los indígenas amazónicos contra la carretera que el gobierno de Evo Morales construía entre Villa Tunari y Trinidad a través del TIPNIS (Suárez, s.f.). Como sucedió con la categoría de *camba*, que originariamente identificaba a las etnias provenientes de la selva amazónica de los llanos, la burguesía también se apropia de la bandera blanca con la flor del patujú para representar simbólicamente a toda la Amazonía y el Oriente bolivianos. Los símbolos y los personajes de esta reinventada nacionalidad *camba* se abren paso en la escena de Palacio Quemado, hasta ese momento predominantemente andino-céntrica.

La bandera blanca con la flor del patujú, la tricolor boliviana y la wiphala que figuran juntas en Palacio Quemado parecieran representar a las tres

28 Los agroindustriales exportadores, beneficiados por las políticas de Evo Morales, permanecieron ausentes de la lucha emprendida por la derecha contra las tentativas prorroguistas del MAS. (Ortiz, s.f.). Una hipótesis, sugerida por Fernando Prado (s.f.) al final de su artículo “Primavera cruceña ¿Hacia dónde va la Santa Cruz política?”, es que la rebelión de octubre fue timoneada por los empresarios vinculados al mercado interno.

Bolivias que coexisten en permanente tensión: la de los cambas, de los mestizos y de los indígenas collas.

Pero tras los discursos y la simbología de unidad que el nuevo gobierno procura resaltar, existen corrientes disgregadoras de la entidad boliviana que se expresan a través de la consigna de ¡Bolivia Federal!, bandera política del movimiento cívico cruceño. Es decir, de modo simultáneo a la dirección intelectual y moral que la burguesía cruceña procura extender a una escala nacional, a la vez gana terreno la histórica reivindicación de *más poder para Santa Cruz* (Lavaud, 1998).

El antagonismo socio-cultural y político descrito precedentemente es atizado desde el Norte imperial. El gobierno norteamericano cuenta con muy buenos aliados en el país, donde hace apenas una década la oposición de derecha y la oligarquía terrateniente del Oriente procuraron escindir por la mitad Bolivia. Dentro de un contexto de injerencia norteamericana en los asuntos internos de Bolivia, la profundización de las brechas inter-étnicas y nacionales, promovida por la ultraderecha de Oriente, en un país donde el Occidente andino cuenta con un poderoso movimiento nacionalista aimara de orientación anti-imperial, podría conducir a un escenario de mayor confrontación inter-étnica y entre nacionalidades.

En el apartado siguiente procuraremos dilucidar la naturaleza clasista del conflicto socio-político y cultural en curso. Como veremos, de la mano de los nacionalismos y los etnicismos en conflicto, discurre una lucha de clases.

**V. La lucha de clases-etnias. Los contenidos de clase del
indigenismo del MAS y de la lucha *india***

1. El contenido social del nacionalismo indígena del MAS

Ahora, en la Zona Sur [de La Paz], los gringos hacen paro, hacen huelga, nos maltratan, ¿saben para qué? Porque ahora le dicen al indio jefe, jefe le dicen al indio. Antes ¿cómo era?, el indio le decía [hace la mímica de agacharse] ‘jefe, te lustraré el zapato’ ¡Pero ahora no!

Canal Palenque Televisión. 9 de noviembre de 2019.

El 11 de noviembre, la noche siguiente a la caída de Evo Morales, un manifestante aimara en la ciudad de El Alto, a la vez que agitaba a los concurrentes en una concentración, expresaba su interpretación sobre el conflicto vivido en los términos citados en el epígrafe que abre este apartado. La lucha “india”, a la cual este protagonista se refiere, aspiraría a que los aimaras devengan “jefes”, superando su condición de clase subalterna, de “lustrabotas”. Desde el punto de vista de este manifestante, el MAS representaría un gobierno donde hay indios, como otrora los burgueses de la Zona Sur, que *mandan*.

Además de una connotación étnica, existe un contenido de clase tras esta reivindicación de un rol de mando y dirección, que estos manifestantes proyectan en el gobierno de Evo Morales; aquel manifestante reivindica el aburguesamiento indígena. Veamos.

El MAS representó una tentativa de transformación de los pequeños propietarios indígenas e indo-mestizos (cocaleros, interculturales, cooperativistas mineros, micro-empresarios) en medianos y grandes propietarios. Si bien en la retórica el gobierno del MAS sostuvo la necesidad de potenciar a las comunidades indígenas, en la práctica potenció a los pequeños y medianos propietarios. En perspectiva, se trataba de una

vía democrática y “farmer” de reforma capitalista, que apuntaba hacia una mayor democratización de la propiedad privada y a la conquista de derechos políticos y culturales colectivos de las nacionalidades y etnias excluidas.

Durante casi una década y media de predominio del MAS (2006-2019), el Gobierno central, el Congreso, las alcaldías y las gobernaciones se llenaron de rostros, hábitos, vestimentas indígenas (Soruco, Francos, Durán, 2014). Estos procesos fueron de la mano de la constitución de una “burguesía aimara” en La Paz, de nuevos campesinos ricos “interculturales” en el Oriente del país, y de una nueva clase media de origen indígena (Vicepresidencia del Estado, CIS, PNUD, 2018); un proceso que, según la perspectiva de los gobernantes del MAS, se encaminaba hacia el “ensanchamiento de la élite”, otrora de fisonomía predominantemente blanca y mestiza.

Junto a esta tentativa de aburguesamiento de aimaras y quechuas, el MAS también propugnó un proyecto parcial de recuperación de la soberanía nacional frente a las transnacionales, aumentando la recaudación impositiva proveniente de la renta petrolera –la llamada “nacionalización de los hidrocarburos”–, cuyo excedente debería de potenciar el desarrollo de las pequeñas unidades de producción campesinas, artesanales y comunitarias. A partir de esta estrategia de transferencia del excedente desde el sector primario hacia los pequeños propietarios, de incremento de la inversión pública, de apreciación del boliviano frente al dólar, de fomento a la vivienda y de bonos a los sectores menos favorecidos, se buscó expandir el mercado interior, y se realizaron algunas tentativas de industrialización, como las plantas de úrea, la producción de GLP y las plantas hidroeléctricas.

Finalmente, el MAS promovió una Asamblea Constituyente con la cual intentó resolver el problema de la opresión étnica y nacional, mediante el reconocimiento constitucional de la plurinacionalidad en Bolivia, y la incorporación de la figura de las autonomías indígenas.

O sea, el MAS intentó dar respuesta a un conjunto de *tareas democrático-burguesas pendientes* (Lenin, 1962) en Bolivia, como el problema de la soberanía nacional frente al imperialismo; la cuestión nacional, que se expresó en el histórico sometimiento de las nacionalidades y etnias indígenas por parte de blanco-mestizos y mestizos; el profundo rezago capitalista, expresado en la condición primario-exportadora de la economía.

Pese a su fraseología postmoderna y multicultural, esencialmente el MAS persistió dentro de una episteme neo-desarrollista que aspiraba a “ensanchar” el capitalismo en Bolivia, invocando recurrentemente el fantasma de la “industrialización de los hidrocarburos”. Su claro posicionamiento a favor de la carretera a través del Territorio Indígena Parque Nacional Isiboro Sécore (TIPNIS), iniciada sin consultar a las etnias indígenas amazónicas, la eliminación de la figura de las áreas protegidas para ampliar la explotación petrolera y la emergencia de conflictos como el de la Reserva de Tariquía que confrontó a las comunidades campesinas con el MAS, muestra el lugar cosmético del discurso multicultural de defensa de la Madre Tierra, y el énfasis de un proyecto de desarrollo del capitalismo con bases “más anchas”, en base a la transferencia del excedente generado en el sector primario, hacia las pequeñas unidades de producción campesinas, artesanales y de micro-empresarios.

La discusión sobre el fracaso del MAS en esta tentativa, cuya expresión más palmaria fue la caída de Evo Morales, es algo que discutiremos más adelante. En principio estos elementos nos permiten identificar un rasgo esencial que usualmente se olvida al momento de caracterizar a esta compleja formación: el MAS fue un movimiento social y político reformista de carácter democrático burgués (Orellana, 2006, 2011), en el sentido de que pretendía una igualación abstracta, de la propiedad, como jurídica y política; es decir, avanzar en el sentido de transformar a Bolivia en una sociedad *plenamente burguesa*.

Ahora bien, a pesar del encumbramiento social de las élites de estas etnias, su nueva condición, como muestra el conflicto reciente, no resolvió su problema etno-racial y nacional con la sociedad dominante blanco-mestiza y mestiza burguesa, hispanoparlante y profesionalizada, donde aquéllos siguen siendo “cholos con plata”, “indios ignorantes”, o “collas” a los ojos de los “cambas” y de la *gente bien*. Ni el proyecto de “ensanchamiento de la clase media”, a través de la promoción de una nueva pequeña burguesía de extracción indígena, ni el proyecto de aburguesamiento de los pequeños propietarios aimaras y quechuas, han resuelto el problema de esta sociedad de bolivianos desiguales.

El mismo problema se replantea de otros modos y con mayor virulencia durante la crisis política de octubre-noviembre de 2019. Las clases propietarias de mestizos y blanco mestizos se movilizan en pos de desplazar de las entidades gubernamentales a los indo-mestizos (cholos) y a los indígenas. Y no se descarta la presencia de nuevas clases medias de origen indígena, indo-mestizos (“cholos”) promocionadas por las políticas del propio MAS, proclives a una reconversión mestiza, involucradas en la tentativa de derrocar a Evo Morales.

2. La escisión de las etnias y nacionalidades collas en líneas de clase y el contenido social de la categoría de *indio*

Soy un hombre aymara y no indígena que trabaja en la UMSA como docente, de formación economista, hice mi doctorado en Francia, también estudié filosofía, escribo algunos libros también, doy conferencias en lugares donde me piden, esas son mis actividades, es mi mundo.

Fernando Untoja. Página Siete, 30 de noviembre de 2018

Desde la perspectiva desarrollada en el sub título anterior, es plausible caracterizar al MAS como un nacionalismo indígena de contenido burgués. Los elementos previamente señalados nos llevan a afirmar que el MAS constituye la culminación de una inflexión histórica en el seno de las etnias y nacionalidades collas. Como fenómeno social, este proceso se visibilizó con la emergencia de una “burguesía chola” en la década de los 90 del siglo XX, de la mano de partidos políticos como Conciencia de Patria (CONDEPA) y Unidad Cívica Solidaridad (UCS) (Toranzos, 1989). Durante los siguientes 30 años este proceso modificó el paisaje exclusivamente campesino, artesanal, obrero y de pequeño comerciante que caracterizó laboralmente al mundo indígena, mediante la emergencia de nuevos ricos y una nueva clase media de aimaras y quechuas. El surgimiento de un indigenismo burgués constituye, ciertamente, una inflexión histórica con relación al indianismo clásico.

Históricamente, la categoría de indio había tenido una connotación distinta. Durante las primeras décadas del Siglo XX, la categoría de indio se refería fundamentalmente a los explotados del campo. Como escribió Carlos Salazar Mostajo (1992, p.83), sobre los años 1930, “el

problema indígena es el de una clase en estado de servidumbre”. Si bien la revolución de 1952 rompió el sistema de servidumbre en el campo, durante gran parte de la segunda mitad del siglo XX la cuestión indígena siguió siendo un asunto de explotados. Un aspecto que usualmente se olvida dentro de la corriente indianista, por ejemplo, es que para su fundador Fausto Reinaga, el indio era fundamentalmente un explotado. Para el fundador del Partido Indio de Bolivia la República era: “[u]n manojito de cholaje mestizo montado sobre cuatro millones de indios esclavos” (Reinaga, 2010, p.23). Según Reinaga el indio era proletario: “Gracias a las masacres de indios mineros de siglo XX, y de los indios fabriles de La Paz (1949-1950), llega la llamarada de 1952; gracias a la gran gesta india del 9 de abril los nacionalistas hacen a su turno “su” República de la ‘revolución nacional’” (Reinaga, 2010, p. 55). De manera análoga definió a los proletarios mineros Silvia Rivera (1993, p. 83):

La autonomía sindical obrera fue el modo más perdurable que logró colectividad cholo-india alguna en la historia reciente de Bolivia, para afirmar su derecho a hacer política, muto propio, disputando este derecho a las élites que, esta vez desde el MNR, no vacilaron en negárselo en nombre de la imaginaria comunidad nacional (mestiza) proyectada por el Estado.

Estas referencias son importantes pues nos permiten destacar la íntima relación entre la categoría de indio –o cholo-indio– y la condición de clase del explotado, presente en los autores más reconocidos que se han ocupado de dicha problemática. Desde su punto de vista el *indio* –ya sea obrero o campesino– era, además de un oprimido, un *explotado*.

Como movimiento social, un “indianismo cholo”²⁹ de explotados pervive en el movimiento de los trabajadores vecinos aimaras de la ciudad de El Alto (Orellana, 2019); artesanos, obreros albañiles, tejedores, maestros normalistas, mecánicos, cuya identidad social se configuró durante

29 Utilizamos esta definición de modo provisorio a falta de otro que nos permita comprender su identidad étnica.

las reformas neoliberales de los 80 y de los 90, en torno a las experiencias del trabajo duro, de la explotación y de la indignación provocada por los despidos de los años 80. Su conciencia de clase como trabajadores explotados se hilvanó significativamente en el contexto del ascenso de la *gente decente* al poder durante ese período.

En nuestra investigación (Orellana, 2019), recabamos decenas de testimonios en los que estos vecinos describían el haber sido tratados como “desecho” por empresarios que los habían expulsado de sus empresas. Los gobernantes blanco-mestizos, muchos de ellos empresarios, banqueros e industriales, eran vistos como los hijos de los antiguos patrones terratenientes; abusivos e indolentes con el sentir de aquellos trabajadores urbanos.

Las políticas de flexibilización laboral que se tradujeron en la itinerancia, la fluctuación (Castro, 2016) constante de estos trabajadores, fueron percibidas como una recurrente afrenta a su dignidad personal; indignación que se orientó contra los empresarios gobernantes a inicios del nuevo milenio.

Los acontecimientos de febrero y octubre de 2003 y, con mucha probabilidad, de mayo-junio de 2005, mostraron los perfiles simbólicos de esta clase trabajadora urbana aimara en la ciudad de El Alto. Sus movilizaciones se orientaron básicamente contra las empresas transnacionales y contra la burguesía blanco-mestiza gobernante, traducándose en la expulsión de Gonzalo Sánchez de Lozada en octubre de 2003 y en la renuncia de Carlos Mesa en junio de 2005.

Si bien como fuerza social es plausible señalar esta imbricación entre indianidad y explotación, como ideología política el indianismo siempre estuvo circunscrito a sectores de vanguardia, como el indianismo katarista en la década de los 70, el MITKA, el MIP de Felipe Quispe Huanka en 2000. Jamás llegó a ser políticamente hegemónico.

Si para Reinaga primero, y para los indianistas kataristas después, lo indio era un motivo de orgullo, para las clases dominantes blanco-

mestizas y para la pequeña burguesía mestiza, lo indio siempre tuvo una connotación peyorativa. Por su parte, el colonialismo interno también hizo mella en la propia identidad de los subalternos. Los mismos trabajadores entrevistados por nosotros no se identificaban como indios, sino como aimaras.

El resurgimiento colla seguiría por otras afluentes clasistas, distintas de la vertiente campesina indianista katarista revolucionaria de los años 60, 70 y de la vertiente de trabajadores urbanos aimaras de 2003. La afluente katarista de fines de los 70 experimentó innumerables metamorfosis deviniendo indigenismo multiculturalista en algunas de sus variantes; por ejemplo, a través de Victor Hugo Cárdenas, quien, acompañando a la candidatura de uno de los personajes más representativos de la antigua oligarquía, Gonzalo Sánchez de Lozada, ocupó el cargo de Vicepresidente de Bolivia (1993-1997). El ingreso de este katarismo en el gobierno del MNR, junto a las luchas de los originarios de tierras bajas en los años 90 en el siglo XX, lograron legitimar la categoría de indígena en el espacio público, contribuyendo así a su reposicionamiento en la sociedad boliviana. En la Constitución Política del Estado de 1994, el Estado introdujo la educación multicultural y plurilingüe y la Participación Popular que permitió el ingreso de amplias capas de sectores populares al manejo de los municipios a escala nacional. Contradictoriamente, en tanto el *gonismo* restringía ámbitos importantes de lo *público* mediante las privatizaciones, dentro del MNR este katarismo reinventado abría otros mediante la Participación Popular y la educación plurilingüe.

Por su parte, el ingreso de las mujeres de pollera en el parlamento y de nuevos empresarios de origen indo-mestizo (cholo), a través de la organización populista CONDEPA y de UCS dirigida por el empresario cervecero Max Fernández, fue abriendo progresivamente el imaginario social a favor del empoderamiento de nuevas capas de pequeñas burguesías y burguesías de origen indo-mestizo, modificando el escenario político que hasta entonces había sido ocupado predominantemente por mestizos y blanco-mestizos.

El cambio más importante se dio durante las elecciones de 2002 cuando la organización MAS-IPSP dirigida por el líder cocalero Evo Morales obtuvo el tercer lugar. Entonces, los indo-mestizos y los indígenas alcanzaron la más importante representación parlamentaria de la historia. “Montándose” sobre las luchas campesinas y de trabajadores aymaras y quechuas del periodo 2000-2005, aquellos sectores emergentes irrumpieron en la escena de la política oficial como gobierno.

En el lenguaje oficial, el líder cocalero campesino Evo Morales fue entronizado en 2006 como el primer presidente *indígena* de la historia de Bolivia. Por el contrario, a pesar de su protagonismo durante la guerra del gas de 2003, el indianismo katarista de Felipe Quispe Huanca terminaría siendo opacado por el indigenismo populista del MAS.

El MAS constituye la primera experiencia histórica en que burguesías y pequeñas burguesías aimaras y quechuas adquieren una importante presencia política en las instituciones del Estado, mediante el aburguesamiento indígena, y, por tanto, mediante la *des-indianización*.

Los “indios” que se convierten en burgueses o pequeño-burgueses (clase media), se *des-indianizan*, se *indigenizan*. La nueva patrona comerciante de pollera trata a su empleada doméstica como “imilla”, de un modo equivalente a como el gran propietario comerciante y transportista quechua trata a los cargadores como “laris”, fenómeno análogo a la actitud de Evo Morales que se hacía amarrar los cordeles de sus zapatos con sus subalternos; esto porque, como bien observaba Fausto Reinaga, el significado de indio en Bolivia está fuertemente asociado con la condición del explotado. Los nuevos indígenas burgueses y pequeño-burgueses se hacen servir con “indios” y rechazan la categoría de indio, cholo y a veces hasta de indígena, como insultos.³⁰

30 Tomemos como ejemplo las construcciones diseñadas por el arquitecto empresario Freddy Mamani en la ciudad de El Alto, calificadas como *cholets* (de cholo y de *chalet*), debido a que estas edificaciones modernas se combinan con varios motivos de la cultura andina. Sin embargo, a Mamani: “[n]o le gusta que llamen despectivamente a su obra “*cholet*”, “coetillo”, menos “choletito”, prefiere que lo denominen arquitectura andina”. Mamani ve en aquellas

El racismo se “filtra” dentro de este proceso de diferenciación. Inclusive se experimentan procesos de blanqueamiento simbólico con miras a una asimilación dentro de la etnia dominante blanca; es el indio que sueña con volverse en señor (Zavaleta, 1983); procesos de reconversión de clase-etnia que complejizan el paisaje sociocultural boliviano.

Pero esas metamorfosis étnicas no siempre forman parte de las estrategias de reconversión de las burguesías y de las pequeñas burguesías de origen indígena. También existen nuevas clases propietarias collas para las cuales su identidad originaria no les plantea problema alguno, la viven con orgullo.

Pese a ello, su diferenciación social viene de la mano de la introducción de la experiencia de la lucha de clases en sus vidas cotidianas. Dentro de estos colectivos, una de las explicaciones del surgimiento de una pugna entre indianismo e indigenismo reside en la división de las nacionalidades y etnias collas en líneas de clase, como lo veremos a continuación.³¹

definiciones una “falta de respeto” a su trabajo. La definición de “arquitectura andina”, representaría mejor la dignidad de su obra (Orellana, 2016, p. 311).

31 En su escrito de los años 90 “Liberación de las naciones oprimidas” Guillermo Lora (1992) sostenía que el campesinado era una “clase-nación” debido a que no habría sufrido diferenciaciones de clase en su seno. El proceso de diferenciación de aimaras y quechuas se ha diseminado sobrepasando las fronteras del campesinado y de las áreas rurales.

3. La eclosión de la lucha de clases-etnias y la rebelión de los *indios explotados*

El régimen liberal abre para Bolivia la Caja de Pandora. De donde salen todos los males que desde entonces devoran este país. Se desata, en primer lugar, la violenta lucha de los trabajadores indios-mineros, que bajo la bandera de este o aquel partido político cholo, llevan a cabo una lucha a muerte contra los gringos y el cipayaje nacional.

Pando, Montes, Saavedra, Siles, Salamanca, Hertzog, Urriolagoitia, Paz Estenssoro, Barrientos, han tenido que gobernar masacrando indios mineros, indios fabriles año tras año, y muchas veces mes tras mes. Y lejos de terminar esta lucha, día que pasa se agrava, y cada vez peor.

Fausto Reinaga. *La revolución india.*

Los elementos aportados precedentemente sugieren que en Bolivia el conflicto inter-étnico y la cuestión nacional no pueden resolverse sin una transformación radical de las relaciones de clase; debido, principalmente, a la profunda imbricación que existe entre clase, etnia y nacionalidad. Como sostuvimos en un estudio anterior, en Bolivia la clave del cambio histórico no es la lucha de clases ni el conflicto entre etnias, si no la *lucha de clases-etnias* (Orellana, 2016, p. 328).

En 1928 José Carlos Mariátegui nos legó las bases teóricas para comprender este complejo proceso. El planteó la tesis de que “el problema del indio” se remitía al régimen de propiedad sobre la tierra, es decir, era un problema de clase.³² La difusión de sus ideas, primero gracias al trabajo

32 “Tiene sus raíces en el régimen de propiedad de la tierra. Cualquier intento de resolverla con

de propaganda de Tristan Marof y luego de los trotskistas (Rubio, 2017, p. 16), permitió ver en las categorías étnicas de indio, mestizo y blanco categorías sociales.³³ El planteamiento de la solución al problema de las etnias en Bolivia concluía así indisolublemente relacionado con la necesidad de dar una respuesta a la cuestión social.

Y, sin embargo, la estratificación de clases no ha disuelto a las etnias. La cuestión nacional y las tensiones inter-étnicas –fuertemente imbricadas con la lucha de clases– persisten con mucha vitalidad en la sociedad boliviana como lucha de clases-etnias (Apéndice III).

Se trata de un proceso altamente contradictorio. Durante la hegemonía del MAS, burguesía y pequeñas burguesías de origen indígena tuvieron una importante gravitación en la vida política boliviana, en el parlamento, las alcaldías y las gobernaciones. A través de los decretos de Evo Morales que permitían las quemas en los bosques tropicales, por ejemplo, los campesinos interculturales y los terratenientes agroindustriales apoyaron los acuerdos para exportar soya y carne a la China. Sus intereses coincidían en ese proyecto. Pero las luchas de la clase media mestiza de octubre-noviembre contra el prorroguismo del MAS, y luego el golpe

medidas de administración o policía, con métodos de enseñanza o con obras de vialidad, constituye un trabajo superficial o adjetivo, mientras subsista la feudalidad de los ‘gamonales’” (Mariátegui, 1928, p. 19).

33 En esta línea de razonamiento en febrero de 1940 el joven periodista Carlos Salazar Mostajo, uno de los promotores de la experiencia de la escuela ayllu de Warisata, respondía a los detractores “anti-racistas” que acusaban a la escuela de Warisata de “racista”, preguntando: “Pero ¿cómo puede haber prédica antirracista, si los términos de indio, mestizo y blanco no representan grupos étnicos, si no categorías sociales? Ya que la economía del indio es inferior, distinta, a la del blanco y el mestizo, sin considerar para nada el color de la piel o la sangre que circula en sus arterias. La negación simple y obstinada de estos términos, proviene de una interesada actitud de clase, pues decir que no existe diferencia alguna entre blancos, mestizos e indios, es justificar la situación de esclavitud de estos últimos. El ‘antirracismo’ prueba precisamente el racismo de quienes lo predicán, ya que, sin cambiar prácticamente en forma alguna la situación de las ‘razas’ que pretende mestizar, en el fondo es un intento de estacionar nuestros actuales e injustos sistemas económicos, que devienen en un verdadero sistema de privilegios clasistas. ¡En los pedagogos anti-racistas hay una manifiesta complicidad con terratenientes y gamonales!” (Salazar, 1984, p. 23).

de Estado, concluyeron por desplazar a las clases propietarias indígenas e indo-mestizas de la palestra política. De hecho, el gobierno de Jeanine Áñez ya ha realizado expropiaciones de tierras que se adjudicaron a comunidades campesino-indígenas durante la era de Morales (Página Siete, 20 de febrero de 2020).

Las tentativas populistas de unir en un solo “bloque” a estas nacionalidades fracasaron, desbrozando el camino para que otros actores emergentes del seno de esas nacionalidades collas salgan a la luz. Las tensiones manifiestas durante el conflicto de octubre-noviembre de 2019, entre collas de El Alto y cambas de Santa Cruz de la Sierra, derivaría en una lucha entre clases-etnias; esta vez, los aimaras vanguardizados por los trabajadores urbanos de El Alto, y los mestizos por la burguesía cruceña blanco-mestiza.³⁴

A contrapelo de las corrientes conservadoras, en noviembre de 2019 la tricolor boliviana, el principal símbolo del movimiento pequeño burgués de las “pititas”, desapareció de la ciudad de El Alto, cuando en octubre de 2003 la tricolor boliviana había sido el principal símbolo de los alteños; y después de la renuncia de Evo Morales, sus barrios populares comenzaron a llenarse de barricadas donde flameaba la wiphala, prestos los manifestantes a enfrentar un combate de largo aliento contra el nuevo gobierno de Jeanine Áñez (ANRed, 11 de noviembre de 2019).

La consigna de “¡Ahora sí guerra civil!” –ya enarbolada en octubre de 2003 contra Gonzalo Sánchez de Lozada– expresa aquellas corrientes que aspiran a la autodeterminación política en El Alto. No era la pequeña burguesía ni la burguesía de origen indígena, sino los trabajadores aimaras. Y esta vez su lucha se orientaba contra la emergente oligarquía blanco-mestiza que en noviembre de 2019 estaba volviendo a Palacio Quemado.

34 No es un dato menor el que los dirigentes del movimiento conservador hayan buscado poner en la dirección del gobierno de facto a políticos del Oriente boliviano. La idea de que “ahora nos toca gobernar a nosotros” se halla presente en el espíritu de los políticos “cambas”, esto claro, enarbolando ahora los símbolos patrios de Bolivia.

Como aconteció durante las jornadas de octubre de 2003 en El Alto, volvía a escucharse entre los manifestantes el relato de que los hijos de los antiguos patrones de hacienda estaban volviendo al poder,³⁵ “abajo el gobierno de Áñez”, “mueran los k’aras” decían; categoría que no únicamente se refiere al origen étnico de sus adversarios, sino que evoca fundamentalmente la figura del colonizador que vive a costa del trabajo ajeno, del explotador blanco. En Villa Primero de Mayo y en el botadero de K’ara K’ara de Cochabamba, en Villa Ingenio de la ciudad de El Alto, la fisonomía del “k’ara” es la del patrón extranjero.

Una noticia falsa, que circula en la web donde Jeanine Áñez aparentemente afirmaría que los indios no deben venir a las ciudades, es asimilada como verdad a gran escala en El Alto. En los testimonios vertidos ante la Comisión Interamericana de Derechos Humanos los presentes indican que los matan por indios y por campesinos.

En los testimonios aparecen obreros albañiles que indican que durante el 19 de noviembre fueron a trabajar en Senkata y que fueron alcanzados por las balas mientras asistían a su fuente de trabajo. Entre los baleados aparecen albañiles, artesanos, costureros; trabajadores aimaras que en sus testimonios se posicionan frente a los “hijos de los patrones”, frente a los “k’aras”.

En esta confrontación, la lucha entre “indios”, “cholos”, “mistis” y “k’aras” es una batalla entre clases-etnias, que al poner en cuestión el poder del Estado, se expresa como cuestión nacional. Así, por ejemplo, lo pone de relieve las declaraciones de este profesor rural aimara, presente en las marchas del 14 de noviembre que se descolgaban de El Alto:

Ella [Jeanine Áñez] no tiene el apoyo de Bolivia. Es un títere que han colocado los empresarios ricos de Santa Cruz. Es más, ha sido cómplice del racismo contra nosotros. Está en contra del Estado Plurinacional. Quiere volver a la República. Eso sería un gran

35 Históricamente, entre los años 80 del siglo XX y 2003, la nueva clase trabajadora aimara de El Alto se había configurado en lucha contra la gente decente que durante ese periodo dirigió las instituciones del Estado (Orellana, 2019).

error, porque tenemos más de 36 etnias en este país, que estaban reconocidas por el gobierno. Ella representa sólo al Oriente cruceño. (Estepa, 14 de noviembre de 2019).

La homología entre las connotaciones de clase, de etnia y de nacionalidad aparece claramente representada en las palabras de este trabajador de la educación. Ser “títere de los ricos de Santa Cruz” aparece como homólogo de “representa sólo al oriente cruceño”. Frente a “ellos”, el entrevistado se representa del lado de las “36 etnias” indígenas de Bolivia.

En su figuración de la cuestión nacional, la representación del “Estado Plurinacional” aparece confrontada con “la República”. El manifestante se inscribe dentro de un imaginario boliviano, “no tiene el apoyo de Bolivia” dice, frente a lo que él percibe como el “Oriente cruceño”. Como expresa de modo singular este manifestante, en estas luchas se halla en disputa una definición legítima de lo que es “Bolivia”.

Los más radicales de Occidente, que ya no se figuran dentro de un imaginario boliviano, vuelven a hablar de la restitución del Collasuyo y de la instauración de una nación aimara. El nacionalismo aimara de los explotados de El Alto surgió como una respuesta al nacionalismo mestizo xenófobo de las pequeñas burguesías urbanas. No sólo se expresó contra las masacres perpetradas en Senkata por el gobierno de Áñez, sino también en respuesta a la quema de la wiphala y contra los actos de opresión racial contra las mujeres de pollera que el “movimiento de las pititas” había protagonizado durante los primeros 21 días de conflicto. “¡La wiphala se respeta carajo!”, “¡Jallalla la mujer de pollera!”, decían en sus marchas, respondiendo a las agresiones recibidas por parte de los mestizos de la clase media y por los cruceñistas en Oriente.

Por el contrario, la actitud de las burguesías y pequeñas burguesías de aimaras y quechuas es diferente. Esto puede verse con total claridad en las oficinas públicas, donde la remoción provocada por el gobierno de facto de Jeanine Áñez de gran parte de los antiguos funcionarios y empleados públicos contratados durante el período del MAS, según los testimonios

que anónimamente refieren, se ha realizado en base a criterios étnicos, como el apellido, el color de la piel, el acento; poniendo en su lugar a empleados mestizos y blanco mestizos. Los empleados de origen indígena dejan los espacios estatales sin ofrecer mayor resistencia.

En los conflictos que acontecen en las calles, los fallecidos no provienen en su gran mayoría de los nuevos ricos de tez morena, tampoco de la clase media de extracción indígena, ni de las autoridades del ejecutivo del MAS que huyen del país o pasan al anonimato; caen muertos y heridos trabajadores aimaras de El Alto, campesinos quechuas del Chapare, trabajadores quechuas del botadero de K'ara K'ara de la Zona Sur de Cochabamba. La masacre, las detenciones arbitrarias, las torturas denunciadas por las víctimas a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, son métodos de represión que ponen de relieve, no únicamente la opresión nacional y étnica que viven aimaras y quechuas durante el mes de noviembre, sino también la opresión clasista: los muertos, los torturados y los detenidos son los *indios* explotados.

Pero también fueron ellos quienes después del 19 de noviembre cercaron La Paz empujando a que el gobierno de Ñez busque una “tabla de salvación” a través de un acuerdo con el MAS, negociando sobre la “sangre derramada” una nueva ley de convocatoria a elecciones.

A su vez, la nueva presidente ordenó que la wiphala fuera restituida en todos los espacios públicos de donde había sido removida; y, tuvo el cuidado de aparecer a partir de entonces en sus declaraciones a través de la prensa, siempre acompañada por una bandera boliviana a su diestra y una wiphala a su siniestra (a pesar suyo).³⁶ Un efecto de las movilizaciones de los trabajadores aimaras de El Alto fue hacer prevalecer simbólicamente su presencia en la comunidad imaginada boliviana –como diciendo “aquí seguimos nosotros”– a través de la restitución de la wiphala en los espacios oficiales donde están los emblemas patrios.

36 Cuando era Constituyente (2006-2008) en el marco de la Asamblea Constituyente que discutía sobre la introducción de la wiphala como símbolo patrio, Jeanine Ñez la rechazaba reivindicando la tricolor e indicando que su región no quería pertenecer al Collasuyo.

VI. Hacia la coyuntura política de octubre-noviembre de 2019. El trabajo colectivo de urdiembre simbólica del *fraude* y el ascenso de la *gente bien* al poder

1. El MAS entre la “izquierda” y la “derecha” del proceso político. La dinámica de las tomas de posición políticas y la caracterización del adversario político

Los animales que estaban fuera miraban a un cerdo y después a un hombre, a un hombre y después a un cerdo y de nuevo a un cerdo y después a un hombre, y ya no podían saber cuál era cuál.

George Orwell. *Rebelión en la granja*.

El problema de la caracterización de los adversarios políticos ocupa un lugar importante en las tomas de posición política de los actores en el campo de fuerzas societal (Apéndice I) cuya configuración hemos venido analizando hasta aquí. Desde esta perspectiva, la caracterización del devenir de la posición del gobierno en la trama de las relaciones de fuerza entre etnias, clases-etnias y nacionalidades es, ciertamente, un paso ineludible antes de realizar una caracterización de la coyuntura política; principalmente porque ésta se configuró en sus inicios a partir de un conjunto de movilizaciones sociales que exigían la renuncia de Evo Morales.

La lucha de clases-etnias, además de una polémica social y una interacción simbólica, es un proceso práctico y objetivo (Apéndice III). Los procesos de polarización política están jaloneados por fuerzas sociales capaces de modificar el tablero político. En ese proceso, quien está “más a la izquierda” o “más a la derecha” no lo define quien escribe estas líneas, lo definen los protagonistas del proceso político a través de sus interacciones y de sus polémicas.

Desde las batallas en torno al proceso constituyente de los años 2006-2008, el MAS definió a los políticos neoliberales, a los opositores cívicos

y a los sectores empresariales de Oriente con quienes pugnaba, como “la oligarquía” y la “derecha”. Desde aquellos años, en las intervenciones públicas donde los portavoces del gobierno buscaban fustigar a los opositores de distinto tipo –inclusive si se trataba de ONGs ecologistas de izquierda y de maestros trotskistas– regularmente invocaban el fantasma de “la oligarquía”, de la “derecha”; contribuyendo de este modo a la unificación simbólica de una heterogénea y multiforme variedad de corrientes opositoras como “la derecha”, algunas efectivamente de derecha y oligárquicas, otras no.

Simultáneamente, desde el año 2006 el sentido dominante de lo que fue definido como “izquierda”, “socialismo”, “nacionalización”, “anti-imperialismo”, “revolución”, lo definió el nuevo gobierno reformista, y puso a su disposición todo un inmenso aparato de propaganda para legitimarse en torno a esas ideas.

A pesar del rechazo que las definiciones reformistas de “revolución”, “nacionalización”, “anti-imperialismo” realizadas por el MAS provocaba entre ecologistas, feministas, anarquistas, kataristas y trotskistas; las definiciones que estos últimos propusieron, más veraces que las del gobierno, no devinieron socialmente aceptadas, legítimas. En esta disputa no prevaleció quien dijo la verdad, sino quien impuso su interpretación como verdadera en el espacio público, reconociéndose y siendo reconocido del modo en que aspira a serlo (Apéndice III). Y en ese escenario, en la disputa por la enunciación legítima del significado de la “izquierda”, el MAS resultó victorioso frente a otras fuerzas concurrentes más radicales. Así devino la *identidad social* del partido MAS como “la izquierda”, reconocida por las clases subalternas; pero también por sus principales adversarios políticos neoliberales, de Occidente y de Oriente; aunque sí, refutado por minorías disidentes desde posiciones de izquierda más radicales.

En el léxico político habitual marxista el significado de la “izquierda” se halla asociado con los intereses de los “oprimidos” y los “explotados”.

Pero el combate por la interpretación legítima de lo que significaba “la izquierda” no se regía a una definición estática, sino que se trataba de una polémica, donde la palabra “izquierda” era polisémica; cambiaba según el contexto de la enunciación, la polémica social y las fluctuaciones en la correlación de fuerzas.

Fue en esa dialéctica y en esa polémica entre actores que se ubicaban en polos opuestos del campo de fuerzas donde discurrieron y adquirieron sentido categorías políticas émicas como “izquierda”, “centro-izquierda”, “centro” o “derecha”, junto a otras étnicas y de clase como “cholo”, “indio”, “llama”, “lari”, “colla”, “k’ara”, “blanco”, “rico”, “pobre”; fenómeno relacionado con la dinámica correlación; es decir, con los diversos posicionamientos sociales, políticos y su respectiva inscripción simbólica. Un hecho que, de ningún modo fue absoluto, sino fluctuante.

En vista de ello, el propio posicionamiento social y simbólico del MAS experimentó importantes modificaciones, desde sus primeros años de gobierno. La política de conciliación del MAS con los capitalistas locales y con las transnacionales, lo fueron alejando de su reformismo –de centro izquierda dice Petras (19 de marzo de 2008)– de los años 2006-2009. Fue experimentando múltiples desgajamientos por izquierda, distanciándose cada vez más de sus orígenes de clase subalterna, aproximándose vertiginosamente hacia los capitalistas, los terratenientes, las empresas transnacionales, abriéndose así nuevos frentes. La caída de su apoyo electoral del 64% en 2009 al 48% en 2019 es muestra de ello.

Durante los días del conflicto, sectores de obreros sindicalizados que salieron a expresarse contra Evo Morales en octubre de 2019, trabajadores vecinos de El Alto que en noviembre de 2019 bajaban hacia La Paz gritando “no somos masistas, tampoco terroristas”, lo indicaron claramente. Estos desgajamientos y desafilaciones, anteriores a 2019, contribuyeron a horadar las bases populares del régimen; dejándolo huérfano en octubre de 2019 frente a las movilizaciones de las clases medias.

Las rupturas y des-alineamientos vinieron de la mano de un proceso de desmoralización de los sectores de explotados que percibieron la política de conciliación de clases del MAS como una “traición”. Pero en vez de que la independencia ideológica conquistada contribuyera a jalinear el proceso político más a la izquierda de lo que proponía el gobierno de Evo Morales, la desmoralización profundizó la desmovilización que la burocratización de las organizaciones sociales ya había impulsado (III.3); dejando el escenario expedito para que otras clases-etnias tomaran la iniciativa.

Si bien estos procesos aproximaron a la cúpula dirigenal del MAS a las posiciones de los sectores capitalistas del Oriente del país, el MAS seguía siendo un complejo movimiento donde intervenían nacionalidades oprimidas de aimaras y quechuas, campesinos y trabajadores urbanos aimaras y quechuas por multitudes que se reclamaban “socialistas”.

Por su parte, los dirigentes de la ultra izquierda caracterizaron al MAS como la “nueva derecha”, contribuyendo a invisibilizar la composición social subalterna de dicho movimiento y negando la identidad política izquierdista de sus seguidores; contribuyendo así, a transfigurar a millones de oprimidos que aún se veían dentro de ese proyecto en los “enemigos de la izquierda”, y de esa manera a la división de las fuerzas de los subalternos.

El que ciertas agrupaciones de izquierda comprendieran que las políticas del MAS habían devenido en pro-oligárquicas y pro-imperialistas no significó que eso hubiera quedado claro a los ojos de importantes sectores de subalternos que aún seguían votando por ese proyecto, porque lo veían más cerca de lo que ellos “son”, es decir, de cómo se ven a sí mismos. O sea, las definiciones y los posicionamientos de pequeñas agrupaciones radicalizadas no necesariamente precipitaron un viraje “más hacia la izquierda”, en el seno de “las masas”, de lo que ofrecía el MAS.

Paradójicamente, no solamente las interacciones simbólicas y las pugnas entre los gobernantes del MAS y los integrantes de la burguesía,

sino también entre los miembros del gobierno y de la ultra-izquierda, contribuyeron al fortalecimiento del polo de derechas. Los dirigentes del MAS trataron a las pequeñas corrientes de izquierda opuestas a su gobierno –como las ONGs ecologistas, los feminismos anarquistas, los maestros trotskistas– en los mismos términos en que se refería a la “derecha” –pues para los dirigentes del MAS toda oposición siempre fue interpretada como una conspiración de la “derecha oligárquica” y del “imperialismo”–; a la manera de la profecía que se auto-realiza (Merton, 1970), contribuyó a que la ultraizquierda y la ultraderecha terminaran estableciendo un frente común contra su gobierno.

El eje de la lucha política, con todos sus actores incluidos, se fue desplazando progresivamente hacia “la derecha”; donde la radicalización de derechas sería menos improbable, un viraje hacia la extrema derecha inaugurado durante los días del conflicto.

En una reunión del 1 de febrero –un mes y medio después de la caída de Morales– organizada por el Comité Cívico Pro Santa Cruz para buscar la “unidad” de los partidos políticos frente al MAS en las elecciones que entonces se pensaba serían el 3 de mayo, el Presidente del Comité indicaba que en esa oportunidad habían podido “allanar el camino para contrarrestar al enemigo común que tenemos los bolivianos” (Los Tiempos, s.f.). Eran los dirigentes de la ultraderecha del Comité Cívico quienes colocaban al MAS en la situación de “enemigo”, posicionándose simbólicamente en el polo opuesto del campo de fuerzas y ubicando al MAS al frente.

Esta configuración simbólica del campo de fuerzas fue el que se instaló después de la caída de Evo Morales del gobierno, y tuvo un fundamento socio-cultural que atravesaba el Oriente del país, donde la categoría de “masista” adquirió el significado de “colla”, “indio”, “cholo”; un criterio de clasificación que puede verificarse mediante el análisis de miles de publicaciones que aparecen en las redes sociales, de internautas que la mayor parte las veces figuran en sus cuentas de Facebook como cruceños

o benianos. En el Oriente boliviano el adjetivo de “masista” adquirió una connotación peyorativa claramente étnica y racial.

Desde una perspectiva más amplia, el MAS no devino el “enemigo común” de esos sectores conservadores por su cúpula dirigenal, predominantemente mestiza y, muy próxima a las posiciones capitalistas de los terratenientes y los agroindustriales en las vísperas del conflicto de octubre-noviembre de 2019, sino principalmente porque en dicho movimiento se congregaron amplias capas de campesinos y de nacionalidades de aimaras y quechuas, y que a los ojos de los extremistas de la derecha cruceña representan la “raza maldita”, como lo expresaron incontables veces durante los enfrentamientos de 2008 y de octubre-noviembre de 2019 mediante actos de represión racista contra mujeres de pollera. En esta disputa, las bases sociales del MAS, al menos en lo que respecta a su interacción con la burguesía y pequeña burguesía blanco-mestiza de Oriente, está configurada por etnias, nacionalidades y clases-etnias *oprimidas* “collas”.

Es decir, lo decisivo, en términos de la configuración del campo de fuerzas societal durante los días de octubre-noviembre de 2019, era el antagonismo de las *bases sociales* de ambos proyectos políticos. Si bien en la cúspide, el gobierno de Evo Morales procuraba “darle la mano” a la oligarquía terrateniente de Oriente, no acontecía lo mismo con las clases y nacionalidades oprimidas que lo respaldaban. Jamás dejaron de ver a los “k’aras” con desconfianza.

Por su parte, desde la óptica de un importante sector de los oligarcas de Oriente sucedía lo propio. Si bien los ganaderos de Oriente llegaron a regalar un caballo que valía miles de dólares a Evo Morales en reconocimiento a los negocios que éste les había facilitado, jamás éste dejó de representar, a sus ojos, a “los indios”, a los “cholos” y a los “collas”. Y desde el punto de vista de los más recalcitrantes dirigentes de la extrema derecha del Oriente el MAS representaba la amenaza de lo que ellos definían como el “socialismo castro-chavista”.

En síntesis, si durante sus primeros años de gobierno el MAS podía, con relativo éxito, reclamar su legitimidad como “la izquierda”, la adscripción masista en “la izquierda” del campo de fuerzas, en la víspera del conflicto de fines de 2019, debe de comprenderse, no como un efecto de la cúpula dirigencial cada vez más próxima a las posiciones capitalistas de la agroindustria de Oriente y de las transnacionales, sino como un *epifenómeno* de las fuerzas de masas de nacionalidades y clases oprimidas de aymaras y quechuas que aún respaldaban dicho partido político. Este es el fundamento sociológico que explica en último término por qué los miembros de la ultra-derecha buscaron (y vieron probable) derrocar al partido de Evo Morales; porque abrigaba en su seno a estos movimientos de oprimidos y explotados a los que nunca dejaron de ver como una amenaza.

Estos procesos en buena medida permiten visibilizar el consistente y atrayente tejido simbólico que se urdió en torno a la oposición MAS-derecha oligárquica, del que ni siquiera sus más ardientes opositores de izquierda radical pudieron sustraerse, a pesar de todos los denodados esfuerzos que hicieron, fueron arrastrados como los peces en las mareas; “atrapados” por fuerzas sociales más grandes y urdimbres simbólicas más eficientes que las que ellos podrían dirigir y siquiera figurarse (Apéndice I).

2. Los antecedentes de la derechización

Es importante, dada la naturaleza ideológica de esta guerra, no perder de vista la fuerza de las ideas. El hombre es en última instancia, más sensible a los argumentos sentimentales que al razonamiento y aún al interés. Por ello, para contrarrestar la acción comunista no basta demostrar su falsedad, sino se debe proponer el ideal Nacionalista (desarrollando ideas, fuerza, slogans, etc.).

Hugo Banzer Suárez. *Consejo de Seguridad Nacional, Directiva N°72 para los comités de seguridad departamental y provincial* (La Paz, marzo de 1972). En Sivak (2002, p. 353).

En un trabajo clásico, *¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos?*, el sociólogo Werner Sombart (1995) se preguntaba por qué en el país del Norte no existía un movimiento obrero socialista como el de Europa Occidental, a pesar de que en ambos contextos existían sociedades capitalistas industriales que se basaban en la explotación de fuerza de trabajo asalariada.

El autor argumentaba que en los Estados Unidos los canales de la movilidad social ascendente eran muchísimo más expeditos que los existentes en países como Francia y Alemania. Con mucha probabilidad, los hijos de los obreros alemanes y franceses seguirían siendo obreros, en tanto que en los Estados Unidos el “sueño americano” se sustentaba en un capitalismo altamente dinámico, donde los trabajadores no necesitaban pensar en “tomar el cielo por asalto” para cambiar su situación, si no confiar en su iniciativa individual.

Según el argumento de Sombart, existe una relación inversa entre sociedades capitalistas dinámicas que promueven la movilidad social

ascendente y la emergencia de movimientos socialistas y de izquierda. Sostenemos que esta hipótesis da luces sobre el viraje conservador de los movimientos sociales de los últimos años en Bolivia.

Los primeros 10 años de gobierno del MAS se caracterizaron por un mayor dinamismo capitalista en comparación con la década de los 90. En la economía local boliviana, esta dinámica expansiva puede verse reflejada a través del aumento de la base empresarial: el número de empresas medianas y grandes inscritas en FUNDEMPRESA aumentó de 81.191 empresas en 2007 a 284.271 en 2016. En 10 años la base empresarial legalmente constituida aumentó su tamaño 3,5 veces (Ministerio de Desarrollo Productivo y Economía Plural, 2016, p. 23). Por su parte, entre 2007 y 2017 el gasto del consumo final de los hogares y las IPSFL creció a una tasa de 4,3%. Según Aillón (2012, p. 14), este aumento del gasto del consumo de los hogares, promovido por la política de redistribución del excedente del MAS, tuvo un impacto en el crecimiento del sector manufacturero de alimentos y bebidas y en el aumento del tamaño del mercado interior. Dentro de los propios parámetros de medición del Banco Mundial, Bolivia pasó de ser una sociedad de ingresos bajos a convertirse en una sociedad de ingresos medios; se “ensanchó” en terminos relativos la clase media (CIS, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, 2018).

Si bien estos procesos no eliminaron la lucha de clases-etnias, crearon otras condiciones para su desenvolvimiento. El símbolo del socialismo perdió la popularidad que tuvo durante la primera década del milenio, y en su lugar se afianzó con más fuerza la lógica burguesa de la iniciativa individual ligada al éxito personal. Esta nueva condición social es un antecedente importante del proceso de derechización observado a fines de 2019 (VI.4), y favoreció en gran medida la propaganda anti-socialista desplegada por la ultra-derecha, como veremos a continuación.

Los dirigentes de la ultra-derecha boliviana se tomaron en serio el *discurso izquierdista* y las políticas estatistas emprendidas por el MAS y los

combatió en sus propios términos. Asumieron como cierta la auto-representación que las autoridades del MAS tenían de su propio gobierno y la dieron por hecho: encarnaba un *proyecto socialista*. En este sentido, desde un inicio fueron ácidamente críticos con las aproximaciones de Evo Morales hacia los gobiernos cubano y venezolano.

Las diatribas de Jorge “Tuto” Quiroga, ex vice-presidente y sucesor presidencial de la última gestión gubernamental del otrora dictador Hugo Banzer Suárez (1997-2001), contra el proyecto del MAS en el sentido de que buscaba instaurar una dictadura castro-chavista en Bolivia, tiene varios años de existencia. En junio de 2006, apenas medio año de iniciado el primer gobierno de Evo Morales, Jorge Quiroga realizaba un spot publicitario donde: “[d]enunciaba la chavinización de Bolivia y anunciaba que el país cambiaría hasta su bandera” (Sivak, 2008, p. 37).

Una lectura similar tuvo el ex Ministro de Defensa del último gobierno del MNR Carlos Sánchez Berzain, quien desde su exilio en los Estados Unidos siempre sostuvo que Gonzalo Sánchez de Lozada había sido defenestrado por Evo Morales en coordinación con el gobierno de Hugo Chávez. Los sectores más recalcitrantes de la ultraderecha del Comité Cívico pro Santa Cruz y de la Unión Juvenil Cruceñista, que en 2008 procuraron impulsar un golpe de Estado y una secesión del Oriente y el Sur del país tenían una lectura similar. Para ellos el gobierno de Evo Morales encarnaba el comunismo ateo.

En ese entonces la lectura de esta extrema derecha no era socialmente aceptada, legítima. Su proyecto golpista fue *coyunturalmente* derrotado en 2008 por el MAS; sus líderes políticos exiliados, encarcelados, acallados y divididos.

Pero el combate ideológico persistió y terminaría dirimiéndose en el corazón y el espíritu, principalmente de los mestizos que en algún momento se ilusionaron con el proyecto del MAS. La apoyatura de la propaganda de derecha fue precisamente el problema moral de la corrupción (II.1). La idea de que quien dice ser un socialista que lucha a favor de los

pobres, es un oportunista que se enriquece a sus espaldas, tuvo una amplia y profusa difusión durante la última década en las redes sociales, en los grandes medios de comunicación y en las casas editoriales. Noticias falsas, como la de la revista Forbes que “mostraba” la inmensa fortuna de Fidel Castro; las recurrentes denuncias sobre los supuestos millones amasados por la hija de Hugo Chávez; los muy difundidos procesos contra Lula en el Brasil y contra los Kirschner en la Argentina, acusados de corrupción, son muestras que indican la existencia de una agenda publicitaria de la derecha latinoamericana para desvirtuar la idea de que los autodenominados socialistas del siglo XXI luchaban a favor de los pobres. El mensaje era claro: *los socialistas bregan a favor de sus bolsillos*. Esta propaganda encontró un importante asidero en los casos de autodenominados socialistas de los llamados “gobiernos progresistas” que en efecto sí se enriquecieron con los fondos públicos. Los hechos de corrupción ampliamente difundidos a través de los medios de comunicación durante el régimen del MAS (II.1) constituyeron el caldo de cultivo de la propaganda conservadora anti-izquierdista.

El efecto buscado de la agenda publicitaria de derechas no era atacar a los “falsos socialistas” o los actos de corrupción en sí, sino principalmente desvirtuar el imaginario izquierdista y socialista mostrándolo como esencialmente *falso*. Al hacerlo, no únicamente atacaban a los “socialistas” en el gobierno, sino fundamentalmente al imaginario popular donde el significativo socialista gozaba de una amplia aceptación. El caso boliviano muestra que esta estrategia tuvo un importante efecto. Hoy el repudio hacia los significantes socialismo y comunismo se halla muy difundido, no sólo entre las clases medias urbanas, sino también en ciertos sectores subalternos que participaron de las recientes movilizaciones contra el gobierno de Evo Morales, pues asocian la palabra socialismo con la corrupción, el autoritarismo, la mentira, la inmoralidad.

El cambio de la situación política propiciado por el reflujo de las movilizaciones de clases subalternas favoreció el desarrollo de esta atmósfera ideológica conservadora. Los dirigentes de las llamadas “organizaciones

sociales” afines al MAS dejaron de ser activistas que dirigían movilizaciones, se volvieron en burócratas y funcionarios del gobierno (III.2). Por el contrario, los tres últimos años fueron un período donde la clase media experimentó un mayor dinamismo. Los colegios de profesionales tuvieron varios choques con el gobierno de Morales, la lucha de los médicos de 2017 (el movimiento “defiendo a mi médico”). Las ONGs independientes fueron otro frente de tensión. Y el movimiento del 21 F, contra el desconocimiento de Morales a los resultados del Referéndum de 2016, fue principalmente un movimiento de las clases medias urbanas, dirigido por partidarios de la oposición de derecha, que propagandizaban contra la “re-re elección” y contra la “dictadura castro-chavista”, es decir, se confrontaban con el *imaginario de izquierda* del gobierno de Evo Morales, invocando los valores jerárquicos, clasistas y racializados de la pequeña burguesía mestiza (IV.1).

Como argumentamos precedentemente (III.1), si bien las vías de la conversión mestiza y pequeño-burguesa se ampliaron durante el gobierno de Evo Morales, las vías del aburguesamiento continuaron siendo relativamente restringidas; un hecho que en parte explica las movilizaciones de octubre-noviembre de 2019. Parafraseando al *Manifiesto comunista*, con las políticas de redistribución del excedente, que promovieron la ampliación de las clases medias durante el mayor dinamismo relativo experimentado por el capitalismo boliviano entre 2006 y 2016, el gobierno de Evo Morales terminaría contribuyendo a la creación de sus propios “sepultureros”; quienes irrumpirían en la escena haciendo suyas las consignas anti-socialistas lanzadas por la ultra-derecha. Junto a los elementos señalados en los apartados precedentes, estos otros fueron llenando el caldo de cultivo donde tomaría forma la situación contra-revolucionaria de fines de 2019.

3. El trabajo colectivo de urdimbre simbólica del *fraude* y la emergencia de un nuevo régimen de verdad

- Jess: ¿Cómo supiste a cuál [número el chino] le apostaría?
- Nick: [...] Desde que salió del hotel se lo sugerimos subliminalmente. Programamos su subconsciente. Estuvo viendo el número 55 todo el día. En el ascensor, en el loby [del hotel], incluso en la solapa del botones. No sólo ahí. Lo hicimos en toda la ruta [vehicular] del hotel al estadio [de futbol]. Si veía por la ventana, el número estaba por doquier. No es que lo viera, pero ahí estaba. No había forma de evitarlo [...] La sugestión lo rodeaba. Estaba en las flores y en los vasos. Incluso [estaba tatuado] en la espalda de la prostituta que le enviamos anoche. Y no sólo lo veía. Lo escuchó. En idioma mandarín el cinco se dice wu. Hay 125 wu, wu's [cinco cinco en mandarín] en la canción *Sympathy for the devil* [de *Los Rolling Stones*, que se le hizo escuchar a través de los auriculares del hotel]. Él no lo notaba, pero ahí estaba. Así que cuando [llegó al estadio] tomó esos binoculares y miró al campo [de futbol], vio un rostro familiar con la sudadera número 55 y una vocecita en su interior le dijo: “ése es”. Él creyó que era su intuición. Y eligió.

De un diálogo de la película *Focus*. 2015, dirigida por Glenn Ficarra y John Requa.

El rumor de “fraude electoral”³⁷ fue abriéndose camino en el seno de las contradicciones sociales, la propaganda anti-socialista y la crítica

37 Según Romano, Lajtman, García, Tirado (2019, p. 1): “Por lo menos desde el 21F los medios de comunicación nacionales y extranjeros fabricaron matrices de opinión falsas para deslegitimar a Evo y al proceso de cambio ante la opinión pública”. Según estos investigadores, el gobierno de los Estados Unidos tuvo un papel de primer orden en la construcción social del golpe a través de la diseminación de la idea de fraude. Hay que precisar que el gobierno del MAS le dio muy buenos argumentos para hacerlo al desconocer los resultados del Referéndum del 21 F.

contra la corrupción del gobierno, analizadas previamente; atizadas y aprovechadas por figuras de la derecha boliviana en coordinación con los servicios de inteligencia y fundaciones, sostenidos por el gobierno norteamericano.

En principio, el “fraude” fue una estrategia comunicacional de la ultraderecha. Ya en las elecciones de 2014, Carlos Sánchez Berzain (19 de septiembre de 2014), desde su exilio en los Estados Unidos afirmaba que las elecciones de ese año no tendrían ningún valor porque serían fraudulentas:

Las elecciones están señaladas en Bolivia para el 12 de octubre próximo. Son “elecciones sin democracia”, se trata solamente de la “puesta en escena” de un proceso de simulación democrática que debe concluir con la reelección de Evo Morales, quien incluso ha señalado el porcentaje de votación con el que ganará. Los candidatos de oposición son “candidatos intimidados” y su acción está reducida a lo que el candidato oficialista y su aparato quieren o le permiten hacer.

En ese entonces la denuncia no tenía mayor eco. Pero persistieron en su estrategia comunicacional. La poca prolijidad de los responsables del Tribunal Electoral en la configuración del padrón ayudó a desarrollar ese argumento. Políticos de la oposición sostuvieron que incluso los muertos figuraban como votantes (EMOL, 29 de septiembre de 2014).

En el referéndum de 2016 nuevamente aparece la denuncia a través de las redes sociales:

Las redes sociales fueron una plataforma crucial para que los ciudadanos bolivianos denunciaran posibles injusticias electorales durante el referéndum en el que el Presidente boliviano Evo Morales buscaba respaldo para cambiar la constitución, permitiéndole postular para un cuarto periodo consecutivo y posiblemente servir como presidente hasta el 2025. Durante el domingo 21 de febrero, cientos de imágenes, videos y mensajes de voz fueron grabados

por votantes y circulados a través de Facebook, WhatsApp y otros medios digitales en donde se mostraban supuestos actos de fraude (Global voices, 25 de febrero de 2016).

Pero la derrota del MAS en dicho referéndum no condecía con esas denuncias. O sea que no hicieron sentido. De alcance aun limitado, el relato de fraude adquiriría mayor difusión cuando empezó a formar parte de la agenda de los servicios de inteligencia y de las fundaciones de cooperación sostenidas por el gobierno de los Estados Unidos.

El 3 de septiembre de 2018, *Stratfor* hacia la siguiente aseveración:

Las elecciones de 2019 serán el momento clave para la inestabilidad política en Bolivia [...] Una elección muy disputada, en donde proliferen las acusaciones de fraude electoral, podría prender la llama en una escena política interna ya tensa. Las manifestaciones se extenderían, particularmente en provincias orientales como Santa Cruz, centro de la oposición política boliviana. [...] Esa situación podría provocar un breve período de confrontación política posiblemente violenta en todo el país” (citado por Romano, Lajtman, García, Tirado, 2019, p. 3).

Un año y seis semanas antes de las elecciones del 20 de octubre *Stratfor* decía que la proliferación de la acusación de fraude podía ser un detonante de la inestabilidad política. Los consultores del servicio de inteligencia USA anticipaban un escenario de violencia política, promovida por las acusaciones de fraude, cuyo epicentro sería Santa Cruz de la Sierra. ¿Quiénes harían las acusaciones? Evidentemente *Stratfor* no tenía los modos de “adivinar” con tanto tiempo de anticipación que algo así pudiera pasar. La única explicación plausible es, más bien, que ellos recomendaban promover aquel escenario.

El gobierno norteamericano orientó sus recursos en esa dirección, a través de instituciones como la NED (Fundación Nacional para la Democracia), mediante un soporte financiero enfocado a “partidos”,

organizaciones de la sociedad civil y medios de comunicación en Bolivia, promoviendo desconfianza en el ambiente electoral previo a los comicios del 20 de octubre de 2019 (Romano, Lajtman, García, Tirado, 2019).

El relato se difundió con mayor profusión un año antes de las elecciones del 20 de octubre –que es cuando más se incrementó el sostén financiero de la NED (Romano, Lajtman, García, Tirado, 2019)– a través de las declaraciones de la oposición de derechas en los medios de comunicación, sobre todo después de la habilitación del binomio Evo-Álvaro para participar en las elecciones.

Los opositores argumentaron en esa oportunidad que se había dado un “terrible golpe” a la democracia (El Deber, 5 de diciembre de 2018). Carlos Mesa, que ya se perfilaba como posible candidato, indicaba que el hecho de que el Tribunal Supremo Electoral había habilitado al binomio Evo-Álvaro para terciar en las elecciones a pesar de que un referendo rechazó su postulación era ya de hecho “un fraude”. Los opositores de derecha denunciaron que la elección de los vocales donde participaban militantes del propio MAS mostraba mala fe y la intención de hacer un fraude.

El rumor se expandió y se impuso en la opinión pública insertándose en el inconsciente colectivo de los sectores más expuestos a los grandes medios de comunicación y las redes sociales, principalmente jóvenes de las clases medias urbanas y la burguesía; que serían los principales protagonistas de las movilizaciones de octubre-noviembre de 2019.

Según una encuesta realizada por la empresa Mercados y Muestra en agosto de 2019, el 70% de los encuestados tenía la percepción de que en las elecciones de octubre iba a haber fraude. 21 días antes de las elecciones, el 29 de septiembre la certidumbre en que habría fraude rondaba el 68%. Al respecto, el analista Carlos Cordero opinaba:

La gente, dice, piensa que, porque pueden encontrar papeletas botadas, algunos excesos e incidentes, existirá fraude. Evidentemente hay esa percepción, pero es muy difícil porque nuestro sistema es

todavía manual y, sobre todo, hay esta otra actitud colectiva de que hay que ir a defender el voto y buscar que se respete [...] (Chávez, 29 de septiembre de 2019).

La inmensa mayoría de estos encuestados creía en el fraude, a pocas semanas de las elecciones; un hecho sociológico que, de algún modo (como en la *Crónica de una muerte anunciada* de Gabriel García Márquez) perfilaba una voluntad colectiva con relación al fin del gobierno de Evo Morales. El analista Cordero incluso hace referencia a “papeletas botadas”, que el día de las elecciones efectivamente aparecerían esparcidas por las calles sin que jamás quedara aclarado su origen.

El día de las elecciones, todo “indicio” servía para alimentar la imaginación de la sospecha (la detención del conteo rápido, las papeletas botadas en las calles y mostradas por la prensa, el apagón de las luces en el Tribunal Electoral) hechos que podían tener diversas causas, eran simbólicamente vinculados por los intérpretes como datos indiscutibles de un “fraude”; nuevas *hebras significativas* que se integraban dentro de este imaginario colectivo, a la manera como Foucault indica que se hilvanan los discursos de los individuos dentro de una narrativa colectiva que los antecede.³⁸

Dicha asociación significativa no habría sido posible si la “telaraña de sentido” del fraude no se hubiera venido tejiendo con años de antelación, hilvanándose con los casos de corrupción, denunciados a través de la prensa (II.1), que otorgaron fundamento a la idea de que uno no podía fiarse de las autoridades gubernamentales y de que eran inmorales.

38 “En el discurso que hoy debo pronunciar, y en todos aquellos que, quizá durante años, habría de pronunciar aquí, habría preferido poder deslizarme subrepticamente. Más que tomar la palabra, habría preferido verme envuelto por ella y transportado más allá de todo posible inicio. Me habría gustado darme cuenta de que en el momento de ponerme a hablar ya me precedía una voz sin nombre desde hacía mucho tiempo: me habría bastado entonces encadenar, proseguir la frase, introducirme sin ser advertido en sus intersticios, como si ella me hubiera hecho señas quedándose, un momento, interrumpida. No habría habido por tanto inicio; y en lugar de ser aquel de quien procede el discurso, yo sería más bien una pequeña laguna en el azar de su desarrollo [...]” (Foucault, 2005, p. 11).

No sostenemos que “no hubo fraude”, no tenemos elementos como para afirmarlo o negarlo de modo taxativo. Las creencias movilizadoras pueden alimentar sus argumentos con hechos reales, o con rumores sin verificación. Pero un extendido movimiento urbano como el de las “pititas” no fue el resultado de la denuncia de una “verdad indiscutible”, aunque sus integrantes están absolutamente persuadidos de lo contrario.

Las denuncias de fraude se hicieron en repetidas oportunidades en contiendas electorales anteriores. Pero sólo tuvieron un impacto amplio en la movilización social que comienza el 20 de octubre de 2019. ¿Por qué? La propaganda había caído en el terreno fértil de los antagonismos sociales, de la propaganda anti-socialista realizada con años de anticipación y de la disposición social que repudiaba la “corrupción” y las “mentiras” de los gobernantes.

Como toda ideología reaccionaria, la consigna de “fraude” tenía un importante anclaje real (Zizek, 1998). Junto al hecho social de la corrupción, su fundamento real fue la habilitación del binomio Evo-Álvaro para terciar en las elecciones vulnerando los resultados del Referéndum del 21 F. A partir de entonces la hipótesis de la mala fe y del engaño, ampliamente difundida por los opositores y por los grandes medios, fue ganando terreno y se anidó en el espíritu de cientos de miles. Y el 20 de octubre, poco importaba el hecho de que el MAS hubiera o no planificado un fraude. Después de la detención del conteo rápido al 83%, ante la sola denuncia de los opositores, multitudes salieron a las calles convencidas de que fue así.

Como en la profecía que se auto-realiza, sobre la que teoriza Robert K. Merton (1970), *predijimos con años de anticipación el fraude y “hubo” fraude*. En realidad, configuraron simbólicamente el *fraude*.

El mito del fraude es hoy una poderosa creencia colectiva que no puede desmontarse con el simple ejercicio de mostrar las evidencias. El *fraude* ha devenido en un nuevo *régimen de verdad*, en el sentido de Foucault (1992), en torno al cual se despliega un conjunto de dispositivos donde se

integran los medios de comunicación, las redes sociales, investigadores de organismos internacionales vinculados a la OEA, las instituciones judiciales que promueven el juicio a los miembros del Tribunal Supremo Electoral y las autoridades políticas del nuevo gobierno que construyen una versión oficial, y que producen *verdad* sobre las elecciones del 20 de octubre.³⁹

En este nuevo discurso, las autoridades políticas de la gestión gubernamental del MAS son construidas como sujetos delictuosos y falsificadores. Esta vez desde el gobierno, la ultra-derecha, que tiene a su favor el control sobre importantes recursos de propaganda, procura otorgar un estatuto oficial y jurídico a los “actos dolosos” de la precedente gestión gubernamental; a la vez de ejercer poder mediante las instituciones de represión y los órganos judiciales que caen sobre las ex autoridades, la mayor parte de las veces sin siquiera presumir la inocencia de los imputados. Por el contrario, asumen que son culpables y proceden a detenerlos y castigarlos. El trabajo colectivo de urdimbre simbólica del fraude, que adquirió fuerza real a través de un movimiento social de la pequeña burguesía mestiza, después del derrocamiento de Evo Morales, aspira ahora a objetivarse como un nuevo dispositivo de poder.

39 Véanse por ejemplo las declaraciones del Secretario de la OEA: “La narrativa de la mentira nuevamente muere”, dice Almagro tras aclaración del MIT” (Opinión, 5 de marzo de 2019).

La caída de Evo Morales, la reacción mestiza y el ascenso de la *gente bien* al poder

4. El proceso contra-revolucionario de octubre-noviembre de 2019

Dios es nacionalista y me consta. Me ha ayudado en la conducción de esta política que beneficia al país con orden, paz y trabajo.

Hugo Banzer Suárez. Abril de 1978 (citado por Sivak, 2002, p. 143).

Soy un profesional joven y no tengo cola de paja. Seguiremos la línea del ex general Hugo Banzer Suárez y expulsaremos al socialismo del país. Gracias a Dios, la Acción Democrática Nacionalista, ADN, recuperó su sigla.

Fernando Gáinza. *Opinión*, 5 de marzo de 2020.

El proceso histórico y el trabajo de urdimbre simbólica analizados precedentemente incidieron de modo decisivo en la configuración de la coyuntura de octubre-noviembre de 2019, expresándose en la dinámica de la correlación de fuerzas. Lo que ahora corresponde es un balance de dicha coyuntura.

Para caracterizar adecuadamente la coyuntura de octubre-noviembre de 2019, no debemos centrarnos en uno o en otro aspecto aislado de la misma. Si, por ejemplo, sólo reparamos en las manifestaciones de las movilizaciones de la clase media entre el 20 de octubre y el 10 de noviembre; y, luego, en la renuncia de Evo Morales, reduciremos el proceso a una *rebelión democrática victoriosa que derrota a un tirano*. Si nos centramos únicamente en los detalles de la conspiración de la ultraderecha y los Estados Unidos, caeremos en las teorías de la conspiración que reducen la riqueza de los procesos a las maquinaciones de unos cuantos individuos encerrados entre cuatro paredes. Esa tentación implícita existe en

quienes quieren ver en lo acontecido únicamente un golpe de Estado. Hay quienes también, como Fernando Molina (noviembre de 2019), reparando en los resultados, han visto una “contra-revolución”. Esa caracterización tiene implícito el problema de asumir que el gobierno de Evo Morales era revolucionario. Para caracterizar adecuadamente la coyuntura de octubre-noviembre de 2019, se requiere analizar, no los hechos aislados, ni únicamente sus resultados, sino el *proceso* enfocado en su conjunto.

Nuestra hipótesis es que la coyuntura de octubre-noviembre fue un proceso contra-revolucionario, o situación reaccionaria; no porque haya derrocado a un gobierno “revolucionario”, sino principalmente porque dicho movimiento social se desplazó a la derecha y a la ultraderecha del proceso político, descolocando las posiciones avanzadas por los explotados y por los oprimidos en la sociedad durante las luchas revolucionarias de inicios del nuevo milenio.

Las movilizaciones que se desarrollaron entre el 20 de octubre y el 10 de noviembre de 2019 discurrieron en un sentido antagónico al ascenso revolucionario del período 2000-2005, tal que fue un proceso contra revolucionario. Veamos las diferencias específicas. Aquel período estuvo signado por la guerra del agua del año 2000 en Cochabamba; por las rebeliones campesinas aimaras de las provincias del altiplano Norte de La Paz de abril y septiembre de ese mismo año; por la guerra del gas de 2003, que derribó al gobierno de Sánchez de Lozada; por las jornadas de mayo-junio de 2005 por la nacionalización de los hidrocarburos, que derivó en la renuncia de Carlos Mesa. Fueron luchas contra las empresas transnacionales (Aguas del Tunari fue expulsada del país, el Proyecto Pacific LNG de exportación de gas a los Estados Unidos por puerto chileno quedó trunco) y anti-oligárquicas, que derribaron a la *gente decente*, los empresarios blanco-mestizos que gobernaron el país durante el período 1985-2003.

En ese contexto, es importante prestar particular atención a la actitud de los pequeño-burgueses. Los estudiantes universitarios formaron

parte de la vanguardia de la lucha por la expulsión de la transnacional Aguas del Tunari en 2000. En 2001, los estudiantes cobijaron en la Universidad Mayor de San Simón a los campesinos cocaleros reprimidos por el gobierno de Jorge Tuto Quiroga (durante la “Guerra de la coca” de Sacaba). A su vez, las capas de estudiantes, profesionales e intelectuales que hicieron huelgas de hambre en octubre de 2003, exigieron junto a los insurrectos campesinos y vecinos aimaras del altiplano Norte de La Paz, la renuncia de Gonzalo Sánchez de Lozada (durante la “Guerra del gas”). Un rasgo específico del ascenso revolucionario del período 2000-2005 fue un intenso flujo de la movilización de las clases subalternas y una oscilación de la pequeña burguesía hacia la izquierda del campo de fuerzas.

Como veremos a continuación, la movilización de las pequeñas burguesías urbanas de fines de 2019 no sólo discurrió en un sentido opuesto, sino también en pos de desbaratar las conquistas alcanzadas por los oprimidos durante aquellas luchas.

Una extendida y nutrida movilización social de las clases medias mestizas y blanco-mestizas de las ciudades, vanguardizada por capas de profesionales y estudiantes, acorralaron al gobierno de Evo Morales, haciendo suyas las denuncias de fraude que los partidos de la oposición de derecha realizaron desde la noche del 20 de octubre. Progresivamente, las calles del Centro y del Norte de la ciudad de Cochabamba; del Centro y el Sur de La Paz, fueron bloqueadas por escombros, por llantas, cintas amarillas que decían “prohibido el paso”, donde pendía una bandera boliviana.

Los puntos de bloqueo permiten visibilizar la geopolítica del conflicto. Es en los barrios donde habitan las pequeñas burguesías y la burguesía que los vecinos bloquean sus cuadras. Por el contrario, en los barrios populares, como la Zona Sur de Cochabamba, en los barrios populares de la ciudad de El Alto, en el Plan 3.000 en Santa Cruz, los vecinos no acatan el bloqueo. Pero tampoco salen a repelerlo, ni a manifestarse en defensa del gobierno de Morales.

Por su parte, los sectores empresariales, usualmente los primeros en exigir la intervención de las “fuerzas de seguridad” para repeler los bloqueos, consienten el paro. Y en Santa Cruz, si bien los empresarios en octubre se mantuvieron al margen del conflicto, en noviembre los ganaderos indicaron que proveerían de carne a Santa Cruz durante los días del paro.

Por el contrario, hasta el 10 de noviembre las movilizaciones de los campesinos y de las clases trabajadoras de la Zona Sur de Cochabamba y de la ciudad de El Alto, fueron esporádicas, inconsistentes, sin una causa clara por la cual luchar. En tanto importantes sectores de asalariados y de pequeños propietarios urbanos son indiferentes al conflicto, en los sectores afines al MAS la apabullante información que circulaba sobre el fraude los había desarmado moralmente. Y la burocratización de las organizaciones de clases subalternas, impulsada por el propio MAS durante 13 años de cooptación de las dirigencias de las juntas vecinales de los barrios populares, de creación del paralelismo en las organizaciones sindicales campesinas, de corrupción y prebendalización de dirigentes obreros, de encarcelamiento de líderes concurrentes, como es el caso de los campesinos cocaleros de los Yungas, ahora le “cobra factura”. Los dirigentes del MAS fracasan en el intento de movilizar a sus bases.

Parafraseando a Gramsci (1975), durante los primeros años de gobierno de Evo Morales existía una justa relación entre Estado y sociedad civil, de tal modo que, cuando éste temblaba (como durante la intentona golpista de 2008) tras suyo se evidenciaba una consistente estructura de la sociedad civil. El Estado sólo era una trinchera avanzada detrás de la cual existía una robusta cadena de fortalezas y casamatas. Por el contrario, durante el temblor del Estado en octubre-noviembre de 2019, se reveló que la sociedad civil había devenido *primitiva* y *gelatinosa*.

Algunos sectores de la clase obrera sindicalizada se expresan contra el MAS, pero sin asumir medidas de hecho contundentes. Los obreros de San Cristóbal y de Porco expresan su rechazo a Morales, los fabriles de

Cochabamba desconocen la COD masista del departamento, otro tanto hace la Federación de Juntas Vecinales de El Alto pro Soledad Chapetón, las federaciones departamentales del magisterio rompen con la dirección nacional pro-masista. Estas expresiones muy poco se traducían en acciones directas. El movimiento popular más importante se desarrolla en Potosí, contra el contrato de explotación del litio establecido entre el gobierno y la empresa alemana *ACI System*.

Tras la cancelación del contrato, con la que el gobierno busca desmovilizar a Potosí, las movilizaciones de los cívicos se orientarían por la renuncia de Morales, e irían radicalizándose, expresándose a través de ataques a las casas de las autoridades y, en algunos casos, su secuestro. El Presidente del Comité Cívico Potosinista, Marco Pumari, se alinea con el líder cívico ultra-derechista de Santa Cruz Fernando Camacho.

El movimiento cívico de Sucre, CODEINCA, de dirección trotskista, junto al cual actúan los obreros de FANCESA, dirige las movilizaciones callejeras y los cabildos de la capital contra el prorroguismo de Morales. Pero la presencia de los jóvenes universitarios en los cabildos es apabullante. En Sucre, como en otras partes del país, la pequeña burguesía predomina en estas manifestaciones, y expresa sus prejuicios raciales cuando enfrenta a los campesinos que respaldan al MAS. En las calles predomina la política pequeño-burguesa y mestiza anti-india, no la política obrera.

El día 8 de noviembre desde Sucre saldría la denominada “Caravana del Sur”, formada por cívicos, cooperativistas y asalariados de Potosí y estudiantes, que va rumbo a La Paz, con miras a exigir la renuncia del Presidente Morales. Dicha Caravana fue atacada por comunarios campesinos adictos al gobierno del MAS en la región de Vila Vila. Al final no llegó a La Paz y su poder de convocatoria no tiene tanta fuerza como el Comité Cívico de Santa Cruz.

Por su lado, el líder de ultraderecha Fernando Camacho que ya se encuentra en La Paz, cuenta con más recursos y arrastra tras suyo a la

mayoría de los comités cívicos, desarmando las tentativas de los trostkistas por articular un movimiento cívico unificado desde el Sur del país. Marco Pumari ya se ha pasado al lado de Camacho. Además, la consigna de “fraude” y la reivindicación del 21F a la cual ciertas corrientes de la ultra izquierda se suman acríticamente, son ajenas a la clase obrera, desde hace años (VI.3) enarboladas por los sectores de derecha. Los sectores subalternos movilizados contra Evo Morales y la ultraizquierda pasan “a remolque” de la dirigencia ultra-derechista, que tiene mayor potencia, mayor claridad, cuenta con mayores recursos para imponer “su verdad” y expresa mejor los valores jerárquicos y la concepción del mundo de los sectores de la clase media movilizada (III.1). Parafraseando a Mao (1974), en estas aguas no son los militantes revolucionarios, sino los motoqueros neofascistas los que nadan como peces en el agua, pues el ambiente ideológico les es más propicio.

Las movilizaciones de las pequeñas burguesías urbanas son multitudinarias. Sus cabildos, en la Plaza de las Banderas de Cochabamba, en el Cristo Redentor de Santa Cruz, en la Plaza San Francisco de La Paz, se cuentan por decenas de miles y hasta centenas de miles. Los bloqueos en el centro y en las zonas residenciales de las ciudades se asemejan a campos minados donde es muy difícil transitar. Y en lugares claves, como en la Plazuela de Cala Cala de Cochabamba, se instalan centros de comando, formados por decenas de motociclistas (la Resistencia K'ochala) armados con palos, protegidos con chalecos antibalas y cascos, que recorren la ciudad con el propósito de imponer el paro donde el transporte público procura transitar.

Los manifestantes en su mayoría son jóvenes estudiantes que llevan la bandera boliviana colgada del cuello como la capa de un superhéroe; los mismos “motoqueros”, los héroes del movimiento, aparecen representados en las redes sociales como *Los Vengadores* de *Marvel*. Son los “Defensores de Cochabamba”. Dentro de este imaginario heroico, las “hordas masistas” suelen ser representadas como la raza de los orcos y

de uruk'hais (las fuerzas del mal en la trilogía *El Señor de Los Anillos* de Tolkien).⁴⁰

La simbología de los comics y de la industria cultural hollywoodense resignifican el imaginario racializado de la sociedad boliviana, pues en no pocas ocasiones estos jóvenes, palos en mano y montados en motonetas, ya han protagonizado actos violentos contra mujeres indígenas y de pollera.

“¡Chola de mierda, hedionda!”, “hay que bajar [matar] a estos indios!” son insultos que evocan las agredidas, como las marchistas reprimidas en Huayllani, las vendedoras del Mercado Campesino ubicado en la zona de Río Ch'akimayu de Cochabamba, o en los mercados del Plan 3.000 de Santa Cruz, cuando recuerdan los ataques de los motoqueros y de los cruceñistas respectivamente.

Ciertamente, no todos los que salen a luchar contra el prorroguismo de Morales comparten las apreciaciones racistas de quienes agreden. Pero los motoqueros son la vanguardia de este movimiento, sus combatientes de avanzada. Y esto sucede porque en estas manifestaciones existen ciertos valores colectivos que ellos los expresan bastante bien.

En múltiples puntos de bloqueo y en los cabildos, como el cabildo del 2 de noviembre en el Cristo Redentor de Santa Cruz, se realizan oraciones donde los manifestantes se encomiendan al dios cristiano, mientras los dirigentes del Comité Cívico Pro Santa Cruz empuñan rosarios, biblias y una estatuilla de la virgen María. Los padrenuestros

40 En el muro de su página web, Resistencia Ciudadana (s.f.), se indica: “Hay muchas publicaciones agradeciendo a Camacho, Pumari, Albarracín, etc., pero creo que en Cochabamba se olvidan de los más importantes, aquellos jóvenes que nos enseñaron que los verdaderos guerreros y líderes no se quedan esperando en casa a que alguien los defienda, son ellos los que encabezaron la defensa de Cochabamba, la ciudad que más fue atacada por las hordas masistas. Sin comité cívico, alcalde o gobernador a éstos valientes jóvenes no les dio miedo tomar su caballería y arriesgar su vida para defender a su pueblo, si no fuera por ellos diferente sería la historia de nosotros ahora mismo, es por eso que merecen el mayor reconocimiento y gratitud de todos los cochalas a los que defendieron ¡Gracias Resistencia Juvenil Cochala!”

se irán regularizando como ritual ineludible en la inauguración oficial de estas concentraciones. Gritan contra el “gobierno ateo” y contra el “comunismo castro-chavista” que se habría incrustado en el país.

Si durante la primera década del Siglo XXI la simbología socialista gozó de mucha popularidad entre los estudiantes y entre las clases medias (un hecho que se expresó en el alto apoyo electoral que obtuvo el MAS), hoy dicha simbología es ampliamente repudiada en esta misma clase social, otro de los rasgos de la derechización.

En no pocos puntos de bloqueo de la Avenida América de la prestigiosa Zona Norte de Cochabamba aparece en varias cuadras la consigna de “Si Dios con nosotros, quien contra nosotros”. Y en varias concentraciones, esta pequeña burguesía ya ha invocado que los militares, los policías, los empresarios se unan a su movimiento.⁴¹

El movimiento espiritual conservador viene de la mano del imaginario burgués y patriarcal de la “familia boliviana”. No pocos oradores de los cabildos se imaginan que los integrantes de sus manifestaciones son “profesionales, estudiantes y amas de casa”. Esto tiene un importante correlato social. En varios puntos de bloqueo, pero también en centenares de publicaciones a través de las redes sociales, no pocos bloqueadores se han manifestado en el sentido de que, desde ahora, deben ser los profesionales quienes deben regir los destinos del país; que el Presidente es un “burro ignorante, sin estudios”, que “García Linera ni siquiera tiene título profesional y no sabe sumar”. Es significativo que colegios de profesionales, como el de los abogados, se sumen para brindar sus servicios gratuitamente a los jóvenes que han sido detenidos; hay médicos de clínicas privadas que dan servicios gratuitos a los miembros de la Unión Juvenil Cruceñista que tienen contusiones después de los enfrentamientos; hay grupos de WhatsApp de docentes en las universidades públicas

41 “Camacho también anunció el próximo envío de una carta al Alto Mando de las Fuerzas Armadas (FFAA). ‘Nos sentimos orgullosos de su decisión de no disparar al pueblo’, dice parte de la misiva, que leyó ante la multitud congregada. ‘En este momento deben estar al lado del pueblo’, agrega la carta.” (Correo del Sur y ANF, 3 de noviembre de 2019).

que colectan fondos para apoyar a los motoqueros. En el presente conflicto, la categoría profesional, y el imaginario que la circunda,⁴² es uno de los principios de división del mundo que en una buena medida permite describir y comprender los alineamientos de etnia y de clase. Así, en Cochabamba los estudiantes universitarios quemaron las sedes de los sindicatos campesinos, en las paredes de la UMSA de La Paz aparecen grafitis que dicen “indios, fuera de la U”.

Se trata de un movimiento anti-masista en la forma, anti-indio, anti-campesino, anti-socialista en el contenido, en un sentido diametralmente opuesto a las alianzas entre clases medias urbanas, campesinos y trabajadores urbanos collas de inicios de siglo, que fueron las que habían derrumbado a la *gente decente* del poder entre 2003 y 2005. Lo que ahora tenemos es una auténtica contra-reforma intelectual y moral que ha venido descolocando los avances igualitaristas conquistados por casi medio siglo de luchas democráticas impulsadas por las clases, etnias y nacionalidades oprimidas de aimaras, quechuas e indígenas de la Amazonía en Bolivia; configurando hoy un clima ideológico reaccionario donde se ve como legítimas las masacres de campesinos, se normaliza la violencia ejercida contra las mujeres de pollera en las ciudades, se califica como sedición y terrorismo toda tentativa de movilización social; y, donde, se perciben con sorna los llamados al exterminio masivo de campesinos que realizan los más delirantes internautas, sin que ello tenga ninguna consecuencia jurídica.

42 En Bolivia, el acto de graduación profesional es un rito de pasaje que indica un proceso de transfiguración étnica y de clase, una promesa de aburguesamiento para la pequeña burguesía, y un símbolo de ‘desindigenización’ para quienes aspiran a borrar, o al menos mimetizar, los marcadores étnicos (Orellana, 2016).

5. ¿Por qué fue un golpe de Estado?

–Cuando yo uso una Palabra, –dijo Humpty Dumpty en un tono más bien desdeñoso– esa palabra significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos.

–La cuestión está –dijo Alicia– en si usted puede hacer que las palabras signifiquen tantas cosas diferentes.

–La cuestión está –dijo Humpty Dunty– en quién es el que manda. Eso es todo.

Lewis Carroll. *Alicia en el país de las maravillas.*

A pesar de su importante alcance, después de 18 días de movilizaciones el movimiento de las “pittas” empezaba a desfallecer. En la ciudad de Cochabamba el día 8 de noviembre recorrimos toda la Circunvalación y la Avenida Villazón. Los principales puntos de bloqueo se encontraban a la altura de El Castillo, en el Servicio de Caminos, en el Kilómetro 1 a la altura de la Universidad Franz Tamayo, donde predominaban jóvenes mestizos y blanco-mestizos de clase media y de la burguesía en edad universitaria, presumiblemente de los barrios adyacentes.

Entre el kilómetro 5 y la Avenida Beijing, a lo largo de la Circunvalación, había bloqueos aproximadamente cada cinco cuadras, de escombros y de algunas personas que se sentaban en las puertas de sus domicilios para controlar que los mismos no fueran sobrepasados. La clase social imprime su propio sello en el conflicto. En muchos casos los manifestantes buscan su comodidad y esparcimiento al momento de aplicar la medida. Se reúnen con los suyos en las proximidades de los puntos de bloqueo bajo una sombrilla mientras comparten un refresco o una comida.

En la propia Circunvalación y en las calles adyacentes los bloqueos de las “pititas” devenían principalmente de escombros y de cintas donde pendía una bandera boliviana, y de donde las personas se encontraban cada vez más ausentes. Muy distinto de los bloqueos de vecinos de la ciudad de El Alto donde los manifestantes rotativamente se turnan para que cada barricada se encuentre nutrida de personas. Cuando en octubre de 2003 el convoy policíaco-militar que salía de la planta de Senkata hacia la ciudad de La Paz se encontraba con puntos de bloqueo se enfrentaba a cientos, miles de manifestantes que lo repelían con piedras. Las cisternas protegidas por policías y militares sólo pudieron pasar dejando en su recorrido centenares de heridos y decenas de muertos. Por el contrario, los bloqueos de las “pititas” no tenían la fuerza como para impedir el tráfico por las calles adyacentes a los puntos de bloqueo.

En Cochabamba, el principal epicentro del bloqueo fue en la Zona Norte y entre el 1 y el 8 de noviembre en cuatro oportunidades pudimos ir en movilidad hasta la Plazuela Corazonistas del centro de la ciudad y volver a la altura del kilómetro 5 de la Avenida Villazón sorteando los escombros que dejaban los manifestantes. En su ausencia, que era recurrente, uno podía burlarlos, cada día con mayor facilidad. La existencia de innumerables escombros, palos y alambres, cierto, retrasaba y dificultaba el transporte. Pero en muy pocos lugares había personas que logran impedirlo.

El ingreso del motín policial daría un giro importante al conflicto. Después de dos semanas de manifestaciones, el 8 de noviembre los policías salen a amotinarse y se alínean con las movilizaciones cada vez más escasas de las clases medias. Los ofrecimientos del movimiento cívico cruceño a los policías de una jubilación con el 100% de su sueldo, en caso de tener éxito la exigencia de renuncia de Morales,⁴³ parecen tener efecto.

43 Meses después del conflicto Luis Fernando Camacho, en una reunión con los cívicos, sostuvo que fue su padre quien ‘cerró’ con los policías y los militares un acuerdo antes del Cabildo, según el cual estos no saldrían a reprimir. “Camacho revela que su padre ‘cerró’ con los militares acuerdo; Evo dice que eso comprueba el golpe” (La Razón, s.f.).

Si en un principio los policías no sólo se negaron a contrarrestar las movilizaciones del movimiento cívico por la defensa del voto, después del amotinamiento han pasado a actuar junto a los “motoqueros”. En Cochabamba, juntos ya han repelido las tentativas de los campesinos de ingresar a la ciudad por el Este y el Oeste de la urbe, así como las marchas de las clases subalternas procedentes de la Zona Sur. Según testimonios de vecinos, esto provocará que durante la noche los subalternos quemem el comando policial de la EPI Sur.

Ante el retiro de la protección policial, grupos de choque queman las casas de las altas autoridades del poder legislativo y de los propios ministros en distintas ciudades del país, quienes van renunciando uno a uno. El gobierno de “los movimientos sociales” se cae casi “sin dar pelea”, se desmorona como un castillo de naipes.

El 10 de noviembre el acto final se cierra con el informe de la OEA sobre las elecciones del 20 de octubre, al cual Morales ingenuamente se aferra como un náufrago en pos de una tabla de salvación, en realidad es “el yunque” que pone Donald Trump mediante la OEA y que concluye la escena arrastrando a Morales hacia el abismo al ratificar la denuncia de fraude, dando paso a que los militares se sumen al pedido de renuncia.

Lo que comienza como una rebelión dirigida por las clases medias contra las tentativas de prorroguismo de Morales, sobre quien recae la acusación de fraude, concluye como un golpe de Estado; una maniobra oportunamente realizada, un *golpe de gracia* dado en una coyuntura de desmovilización de las clases-etnias subalternas, asestado por la ultraderecha, los policías, los militares y el gobierno norteamericano.⁴⁴

44 Al día siguiente Donald Trump festejaba de este modo: “La renuncia ayer del Presidente boliviano Evo Morales es un momento significativo para la democracia en el hemisferio occidental. Después de casi catorce años y de su reciente intento de desconocer la constitución boliviana y la voluntad del pueblo, la salida de Morales preserva la democracia y allana el camino para que se escuche la voz del pueblo boliviano. EE.UU. aplaude al pueblo boliviano por demandar la libertad, así como a las Fuerzas Armadas Bolivianas por cumplir con su juramento de defender no sólo a una persona, sino a la Constitución de Bolivia. Estos eventos envían una fuerte señal a los regímenes ilegítimos de Nicaragua y Venezuela, de que la

Parte de la estrategia de los dirigentes del MAS parece haber sido crear un vacío de poder para impedir una sucesión constitucional y reafirmar el carácter ilegítimo del nuevo gobierno, esperando que, a la manera del golpe de Estado contra Hugo Chávez de abril de 2002, al poco tiempo de haber sido depuesto Evo Morales fuera devuelto en andas al gobierno. De ahí la renuncia sucesiva del Presidente, el Vicepresidente y la Presidente del Senado.

Pero ningún movimiento social tuvo la fuerza suficiente como para devolverlos al gobierno. En ese escenario, negociaron los términos de la capitulación. Según declaró la ex Presidente del Senado Gabriela Salvatierra, su renuncia fue coordinada con el Presidente Evo Morales, dado que era inmoral aceptar la renuncia obligada del Presidente y sucederle en el mandato después del golpe. Por su parte, Víctor Borda, el cuarto en la sucesión constitucional, fue obligado a renunciar debido a que su hermano fue secuestrado por grupos paramilitares que amenazaron con quitarle la vida si no renunciaba.

A pocas horas de la renuncia de Evo Morales hubo una reunión en la Universidad Católica de La Paz propiciada por la Iglesia donde se reunieron Waldo Albarracín, del CONADE, representantes del líder cívico, Fernando Camacho, de Carlos Mesa, y representantes del gobierno del Brasil, de los Estados Unidos⁴⁵ y de la Unión Europea, donde se barajó la posibilidad de que el gobierno fuera asumido por Jeanine Áñez, sobre quien recaía la sucesión constitucional (Bolivia decide, 30 de enero de 2020). La modalidad de la sucesión fue definida por actores extra gubernamentales, incluidos representantes de Bolsonaro y de Trump, en un espacio ajeno al poder legislativo.

democracia y la voluntad del pueblo siempre prevalecen. Estamos ahora un paso más cerca para que todo el hemisferio occidental sea democrático, próspero y libre” (citado por Romano, Lajtman, García y Tirado, 2019, p. 6).

45 María Galindo sostiene que este papel fue cumplido por Jorge Tuto Quiroga, quien, según ella, es agente de la CIA.

El 11 de noviembre, la presencia de Adriana Salvatierra, Susana Rivero y Teresa Morales, como delegadas del MAS en una segunda reunión en la Universidad Católica, sugiere que la transición fue coordinada. El testimonio de Tuto Quiroga indica que la sucesión fue negociada con Evo Morales: Adriana Salvatierra habría ofrecido la presidencia a Jeanine Áñez a cambio de la salida de Evo Morales del país (Condori, 28 de diciembre de 2019). Pero el hecho de que Salvatierra se hallara negociando la salida de Morales para “salvar su vida” (Quiroga afirma que “el cobarde lloraba de miedo”) es un dato más que muestra el posicionamiento de las fuerzas represivas en su contra. En octubre de 2003 Gonzalo Sánchez de Lozada fue escoltado por policías y militares hasta que dejó el país. Evo Morales por el contrario tuvo que refugiarse en Shinahota y negociar su salida, pues según denunció “su cabeza” tenía un precio de 50.000 dólares. Tuto Quiroga indica que fue él quien, en coordinación con la Fuerza Aérea Boliviana, autorizó el despegue del avión de Chimoré que llevaría a Evo Morales rumbo a México donde residiría como asilado político.⁴⁶

Los acuerdos realizados posteriormente entre los congresistas del MAS y el gobierno de Áñez, como la ley de convocatoria a elecciones, o la aceptación de la renuncia de Morales y de García Linera, no modifican retroactivamente la naturaleza de los hechos acaecidos hasta el 10 de noviembre. Son dos de los últimos episodios de una política de conciliación de clases entre el MAS, la oligarquía y la derecha que tiene 14 años de historia. A diferencia de la lógica binaria que impide visibilizar la complejidad de los procesos (“fue fraude, no fue golpe”), la política conciliatoria del MAS con los golpistas no niega el golpe de Estado.

46 ¿Cómo se explica la intervención de Tuto Quiroga y su papel de coordinador, cuando no fungía como autoridad ni diputado? Ciertas conjeturas apuntan a que fue él, como colaborador de la CIA, el intermediario del gobierno de los Estados Unidos en la asonada golpista (Echazú, 1 de febrero de 2020). En su cuenta de twitter agradecería: “Gracias presidente @ Donald Trump. En Bolivia Detuvimos un golpe de cámara lenta con un final grotescamente fraudulento. Evo violó la constitución y el referéndum 21F para un tercer y luego cuarto mandato; en octubre trató descaradamente de robar las elecciones. Bolivia no será una nueva Cuba” (ABI, 17 de diciembre de 2020).

Junto a la rebelión policial, el dato básico del golpe reside en el franco posicionamiento del Alto Mando militar a favor de la renuncia de Morales, rompiendo la cadena de mando que constitucionalmente prohíbe la deliberación de las fuerzas armadas, y su toma de posición de lado del nuevo gobierno de Jeanine Áñez. Si durante los 21 días de la movilización de la clase media, las fuerzas represivas no salieron a repeler el movimiento, la noche siguiente a la renuncia de Morales, el ejército salía a enfrentar a los campesinos y a los manifestantes de las zonas periurbanas. Las masacres de Huayllani y de Senkata son expresiones claras del papel de las fuerzas represivas en la defensa del nuevo gobierno *de facto*, frente a las manifestaciones de campesinos cocaleros y de trabajadores aimaras de la ciudad de El Alto.

El nuevo gobierno fue posesionado en el escenario de la Asamblea sin el quorum reglamentario. La nueva presidente recibió la banda presidencial de manos del General Williams Kalimán y no de la Presidente de la Asamblea Legislativa Plurinacional. Aunque según la Carta Magna la sucesión constitucional se realiza de modo directo, sesione o no la Asamblea; desde el momento que los parlamentarios designaron a Eva Copa como la nueva Presidente de la Asamblea, automáticamente recaía en ella la sucesión constitucional; esto, aun cuando Jeanine Áñez ya hubiera sido posesionada, su mandato es transitorio, y se halla supeditado a quien la anteceda en el orden de prelación en la Asamblea. Pero para quienes se encuentran en el gobierno esto carece de relevancia.

Tanto desde el punto de vista de las formalidades legales, de la simbología del acto de posesión, como desde el punto de vista de los métodos a través de los cuales ascendió a Palacio Quemado, se trata de un gobierno *de facto* que sube desconociendo que existe una Asamblea Legislativa que ha sido elegida por el voto popular; y que, al tener la prerrogativa de elegir a quien la preside, tiene a su vez la preeminencia de definir sobre quien recae la sucesión. En vista de ello, por primera vez en 37 años de historia de regímenes constitucionales en Bolivia, la imposición del

gobierno de Jeanine Áñez pone en suspenso el poder representativo que emana de la voluntad popular expresada en el voto. Esto sucede con la aprobación de la Asamblea Legislativa Plurinacional, que es controlada por dos tercios de los asambleístas del MAS.

Paradójicamente, el movimiento de las “pititas” se manifestó por expulsar al “dictador” (cuyo gobierno fue elegido por mayoría absoluta en las elecciones nacionales de 2014) y sobre su movilización, ahora se ha encumbrado un gobierno formado principalmente por dirigentes de la agrupación *Bolivia dijo no*, que apenas alcanzó el 4% de los votos en las elecciones anuladas de 2019 y por allegados al dirigente cívico Fernando Camacho.

Pese a estas evidencias, a causa del modo en que los eventos han sucedido, en la lucha por su interpretación legítima, la versión de golpe de Estado tiene condiciones de recepción adversas; principalmente porque la renuncia de Morales ha sido leída predominantemente en la opinión pública burguesa como el triunfo de un movimiento democrático frente a un “descomunal fraude”. El gobierno sucesor tiene la ventaja de llegar a Palacio Quemado dentro de un imaginario de victoria de la “democracia frente al dictador”. A ese coro se suman los grandes medios de comunicación y ejércitos de *hakers* invisibles que son los que construyen la verdad sobre los hechos en Bolivia. Pero el proceso enfocado en su conjunto es menos simple y feliz de cómo se ve a los ojos de estas personas; de hecho, es muy siniestro, y muchísimo más intrincado.

6. Ascenso de la *gente bien* al poder

*Una de las posibles resoluciones de esa lucha puede definirse por la constitución de un nuevo pacto social entre la antigua oligarquía, el imperialismo y una nueva burocracia estatal que, a la vez que garantiza la ‘paz social’, no inviabilizaría la lógica de acumulación imperante hasta la fecha. Dicha alternativa no rompería con el régimen de acumulación imperante, sino que daría oxígeno al ya existente, al realizar ciertas reformas nacionalistas que redistribuyan el excedente económico proveniente de la explotación de los hidrocarburos y consoliden la adhesión de las masas al nuevo gobierno por un tiempo más largo a los lapsos políticos que hemos conocido durante los últimos años. Aunque en el mediano plazo posibilitaría una relativa estabilidad política, **en el largo plazo ésta podría ser una de las vías de la restauración oligárquica, como sucedió con los gobiernos del MNR post ’52.** (Orellana, 2006, p. 52)⁴⁷.*

[E]l retorno de patrones étnicamente privilegiados al gobierno seguirá siendo una posibilidad real, en tanto la histórica modalidad de acumulación de capital, la dominación y la explotación entre etnias persistan (Orellana, 2016, p. 302).

En dos trabajos anteriores, uno publicado en 2006 y el otro en 2016, planteamos un pronóstico, que aparece como epígrafe de este apartado, referido a las pugnas entre el MAS y la antigua oligarquía, que empieza a ser confirmado por los acontecimientos recientes. El “pacto” entre la oligarquía y el MAS en 2008, luego de que este último cambiara en el

⁴⁷ Negrillas nuestras.

Proyecto de Constitución el artículo referido a la expropiación de los latifundios y que derrotara la tentativa separatista, inauguró un período de relativa estabilidad política en el país.

El MAS no transformó la estructura básica del patrón de acumulación primario exportador, tampoco la economía terrateniente, ni la explotación de blanco-mestizos y mestizos sobre “indios” y “cholos”. En esos trabajos veíamos que la preeminencia socioeconómica y cultural de la oligarquía, en algún momento buscaría reproducirse nuevamente en la esfera del poder político. Y ese contradictorio proceso se está desarrollando hoy.

El gobierno de transición da varias señales en el sentido de un retorno de las clases de grandes propietarios blanco-mestizos, principalmente de Oriente, al manejo de la administración pública. Se “montan” sobre la rebelión de la pequeña burguesía. Son los representantes de la oligarquía financiera de Oriente (Orellana, 2016, pp. 252-285) quienes ascienden al gobierno. A la cabeza de la dirección cívica se halla Fernando Camacho, accionista del Grupo Nacional Vida, que congrega a empresas aseguradoras y productivas, como los pollos *Sofía*. Figuras centrales del gobierno, como el Ministro de Gobierno, Arturo Murillo, es empresario hotelero. El Ministro de Economía, José Luis Parada, es directivo del Banco Ganadero, ex asesor de la Cámara de Exportadores y de la CAINCO. El Ministro de Planificación del Desarrollo, Wilfredo Rojo, ex representante del Instituto Boliviano de Comercio Exterior, y junto a su sucesor, Wilfredo Días, fueron también directivos del Banco Ganadero, cuya principal accionista es la familia Monasterio, a su vez propietaria de la Red Unitel –la cobertura de noticias de este medio ha sido ampliamente favorable a la nueva administración. El nuevo Ministro de Desarrollo Rural es Oscar Ortiz, directivo de la Cámara de Industria y Comercio (CAINCO). La Ministra de Medio Ambiente, Elva Pinckert, también fue directiva de la CAINCO (Hastie, 15 de mayo de 2020). El cargo de Ministro de Salud recae en el dirigente del principal movimiento social de profesionales opuesto al régimen de Evo Morales, el Presidente del Colegio Médico Aníbal Cruz.

Empiezan a aplicar el programa histórico de la oligarquía: el liberalismo económico (Orellana, 2016). Una de las primeras medidas, favorable a la oligarquía terrateniente de Oriente, es la eliminación de las restricciones a las exportaciones de la carne y de la soya (El Deber, 22 de noviembre de 2019); que exigía que los exportadores debían cubrir la demanda interna antes de exportar sus productos.⁴⁸

En el Departamento del Beni la Gobernación, con la colaboración del propio MAS, ya dispuso la dotación de 9 mil millones de hectáreas para el agro-negocio (ANF, 28 de noviembre de 2019), que equivale a la mitad de la extensión de aquel departamento, sin realizar consulta alguna a los indígenas amazónicos que habitan esos territorios. Luego, la aerolínea estatal BOA, pasa a depender de la empresa privada Amazonas. A la vez, el Ministro de Economía y Finanzas ya ha anunciado un estudio para la realización de privatizaciones en algunas empresas estatales.

La nueva presidente anunció que los antiguos miembros de la oposición neoliberal de derechas (algunos acusados de dirigir la intentona separatista de 2008), empresarios políticos que en su mayoría vivieron autoexiliados frente al riesgo evidente de ser encarcelados durante la administración de Morales, podían volver al país. Ya han regresado Branko Marinkovic, Guido Nayar, Mario Cossío, Manfred Reyes Villa. Grandes propietarios de la oposición de derechas, como Leopoldo Fernández, latifundista acusado de ser el principal perpetrador de la masacre de campesinos en el Porvenir en Pando el año 2007, el Alcalde de Cochabamba José María Leyes, enjuiciado por haber adquirido mochilas para los escolares a sobreprecio, son liberados.

Estos son indicios de una transición en una dirección que anuncia el retorno de la *gente decente* y el ascenso de la *gente bien* de Oriente a las

48 “El Ministro de Economía y Finanzas, José Luis Parada, destacó la importancia de liberar la economía, dejando de lado la política de cupos impuesta por el anterior Gobierno desde 2008 y que hacían perder por año casi \$us 380 millones al país. ‘Por ejemplo en Santa Cruz el 20% de la producción de soya cubre el mercado interno y el 80% necesitaba cupo para exportarse; y por eso se perdieron, casi \$us 380 millones por año. Entre 2008 y 2018 se perdieron más de \$us 4.000 millones por trabas burocráticas’, dijo Parada” (Campos, s.f.).

altas esferas del gobierno. El que estas tendencias se consoliden a través de un gobierno dócil con el FMI y con las transnacionales norteamericanas interesadas en explotar el litio boliviano, pero a la vez duro con las movilizaciones populares, es aún un asunto pendiente. Pero el gobierno de transición ya ha dado bastantes señales. Se apresura en renegociar con Bolsonaro la venta de gas a Brasil; él, junto a Donald Trump, también festeja este “triumfo de la democracia” en Bolivia.

El retorno al método de la “masacre de indios” es otra señal.⁴⁹ En la mañana del 15 de noviembre de 2019, una inmensa concentración de las seis federaciones del trópico de Cochabamba, formada por familias campesinas indo-mestizas íntegras, donde también se ven mujeres que llevan a sus hijos en las espaldas, es retenida por la policía en el puente de Huayllani. Los campesinos quieren continuar su marcha rumbo a La Paz. El oficial a cargo de la tropa policial indica que no puede dejarles pues hay personas armadas con palos y teme que ingresen a la ciudad a hacer destrozos; argumenta también que el conducto regular para marchar es a través del pedido de un permiso a la gobernación. Los marchistas proponen que los policías escolten su marcha. Pero no acceden. “No somos saqueadores, nosotros compramos lo que consumimos”, dice otra señora. “Marcha pacífica” gritan. “Cuando los ricos marchan nadie les dice nada, cuando marchamos los pobres, debemos pedir permiso”, reclama una señora de pollera. Al final acuerdan que el oficial consultará con una autoridad superior (Radio Kawsachun Coca, 15 de noviembre de 2019).

La cobertura de estos hechos a través de las grandes cadenas de televisión es casi nula. No se sabe a ciencia cierta lo que acontece inmediatamente después. Sólo el informativo del medio día de la Red Bolivisión muestra a un contingente policial y militar que gasifica a esa inmensa concentración, obligando a sus integrantes a refugiarse en las calles contiguas

49 Característico de la antigua oligarquía señorial pre 1952, de la neo-oligarquía emergente durante el período de las dictaduras militares de derecha de los años 60 y 70, aplicado por Banzer (1997-2001) contra los cocalleros en el Chapare, por Gonzalo Sánchez de Lozada en Amayapampa y Capacirca en 1996 y en octubre de 2003 en el altiplano paceño.

del pueblo de Sacaba. Y ya por la tarde, por las redes sociales aparecen imágenes registradas por los cámaras de personas que se hallan en las cercanías del hospital de Sacaba, donde se ven decenas de campesinos heridos con bala y una media decena sin vida, que llegan y que son acostados en las afueras del hospital, pues ya no hay espacio, los heridos han sobrepasado con mucho la capacidad del nosocomio.

La explicación que da el Ministro de Gobierno, Arturo Murillo, que en el pasado estuvo enfrascado en varias confrontaciones con los campesinos cocaleros (éstos en al menos dos ocasiones respondieron quemando sus edificios hoteleros en el Chapare), es que los militares no tenían autorización para usar balas, y que los mismos campesinos dispararon a sus compañeros. En los noticiosos de la noche aparecen armas de grueso calibre, que según se indica, pertenecen a una célula terrorista de las FARC que se hallaría incrustada en el trópico. También se muestra armamento que según los oficiales de la policía habría sido incautado a los campesinos.

Por la prensa y por las redes sociales se difunde rápidamente la información de que los campesinos estaban bajando hacia la ciudad para saquear las casas de sus habitantes. Se reactivan los puestos de bloqueo en los barrios residenciales donde viven las clases medias y la burguesía. El temor a los “vándalos”, a los “terroristas” y a los “delincuentes”, atizado por las nuevas autoridades gubernamentales a través de la prensa, contribuye a la configuración de un imaginario de terror, donde el rol de los militares y la policía sería el de resguardar la seguridad de la “familia boliviana”, frente a la arremetida de bandas sediciosas y terroristas, que según se dice, estarían obstinadas en devolver a Evo Morales al gobierno. En las plazuelas y en las rotondas donde confluyen las calles que bordean los barrios residenciales, los vecinos recaudan víveres y dinero para colaborar con el trabajo de los policías, al tiempo que, nuevamente, encomiendan sus almas en oraciones rogando a Dios por su protección.

En medio de esta paranoia colectiva –los sediciosos masistas estarían planificando derrumbar a Jeanine Ánez–, los policías y los militares,

tanto en los aeropuertos, como en los caminos, hacen un cateo selectivo a las personas que tienen piel morena y rasgos indígenas, para ver si portan algún artefacto peligroso. Y en la carretera que une Cochabamba con Sacaba, los militares y los policías también catean las movilidades del transporte público, los micros y los trufis donde se traslada la “gente de a pie” de este país, pero deja pasar a las movilidades de uso privado.

Los policías tienen los ojos puestos en las clases subalternas. Según los testimonios recabados por la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, los militares irrumpen con violencia en los barrios pobres de El Alto, de Cochabamba y en Sacaba (Aristegui Noticias, 26 de noviembre de 2019). En el caso de Senkata el 19 de noviembre, un convoy policial sobrepasa a unas cuantas decenas de manifestantes con el propósito de ocupar la planta, con miras a la provisión de diésel y gasolina para la ciudad de La Paz. Presumimos que la retoma de la Planta de Senkata tuvo a los ojos de las autoridades un rol estratégico, pues su control define en buena medida la provisión del combustible durante los días del conflicto; una decisión que durante las jornadas de octubre de 2003 también había provocado la muerte de decenas en El Alto.

Tres decenas de manifestantes aimaras y quechuas de las clases subalternas mueren por bala durante el conflicto, centenas están en los hospitales y en las cárceles acusados por sedición, la prensa independiente es perseguida, la extranjera es expulsada del país y prohíben la señal de los canales extranjeros que aportan más datos sobre la masacre (CIDH, 10 de diciembre de 2019).

Como en el caso de Cochabamba, la retoma de Senkata es justificada en el sentido de que facciones terroristas estarían buscando hacer estallar la planta, ocasionando un gran daño a los barrios adyacentes, provocando miles de víctimas. En vista de ello, las muertes de unos cuantos se presentan como el justificativo de un hecho necesario para precautelar las vidas de inocentes.

Todo esto acontece en medio de un amplio consenso de las clases medias mestizas que ya han hecho suyas esas razones. En la versión oficial, que traduce, y a la vez infunde su versión de los hechos, el responsable de la muerte no es quien acciona el gatillo, sino quien sale a manifestarse. Los propios asalariados de los grandes medios se encargan de que los periodistas independientes y extranjeros sean atrapados por la policía, acusándolos de “mentirosos” y “sediciosos”. Se aviva la xenofobia. Si uno quiere enterarse sobre lo que pasa, no puede hacerlo a través de los grandes medios, debe buscar en las redes, donde algún vecino filtra un video en el que se ve disparando a los militares, donde unos vecinos desesperados llevan el cuerpo moribundo de un herido a una posta sanitaria, donde otro reclama por los abusos que cometen los policías y es atrapado por éstos y conducido a su estación policial.

Los grandes medios de comunicación han optado por una conspiración del silencio y de la ofuscación. Los manifestantes aimaras que se descuelgan de la ciudad de El Alto, los marchistas cocaleros que quieren entrar a Cochabamba, y que se cuentan por miles, son transfigurados por la prensa en “terroristas”, “delincuentes”, “narco-masistas”. Y las opiniones que pululan por las redes muestran que esta interpretación de los hechos es asimilada como verdad por miles.

Como acontecía en la antigua sociedad oligárquica pre 1952, las “masacres de indios” han vuelto a desarrollarse con consenso urbano, sólo que en esta ocasión los perpetradores cuentan con el silencio cómplice de los grandes medios y con la manipulación de las redes sociales, creando un amplio consentimiento que festeja con pasión las razones del verdugo: “mano dura con los delincuentes”, “que se haga arder el Chapare como ardió la Chiquitanía”, “bala para todos”, entre muchos otros comentarios por el estilo, se expanden velozmente por las redes.

Es una especie de vendetta social, un extendido movimiento reaccionario en el seno de las clases medias, cuyos fundamentos se hallan en la profunda huella que ha dejado el colonialismo interno (González,

2006), principalmente en el Oriente de este país, donde se actualiza la vieja ideología oligárquica, los vestigios del darwinismo criollo (Demelas, 1981); una tradición de las generaciones muertas que pervive como una pesadilla en el cerebro de los vivos (Marx, 1973) y que en los acontecimientos recientes está unificando simbólicamente a, y justificando las acciones de, un amplio movimiento reaccionario.⁵⁰

Sus acciones procuran poner a “la indiada” en los “extramuros de la sociedad”, tal como representa la metáfora de Roberto Bolaño (2017, p. 357):

[L]a sociedad en aquella época era pequeña [...] La mayoría de los seres humanos estaba en los extramuros de la sociedad. En el siglo XVIII, por ejemplo, en cada viaje de un barco negrero moría por lo menos un veinte por ciento de la mercadería, es decir, de la gente de color que era transportada para ser vendida, digamos, en Virginia. Y eso ni conmovía a nadie ni salía en grandes titulares en el periódico de Virginia ni nadie pedía que colgaran al capitán del barco que los había transportado. Si, por el contrario, un hacendado sufría una crisis de locura y mataba a su vecino y luego volvía galopando hacia su casa en donde nada más descabalar mataba a su mujer, en total, dos muertes, la sociedad virginiana vivía atemorizada al menos durante seis meses, y la leyenda del asesino a caballo podía perdurar durante generaciones enteras [...] Respuesta: [...] la gente de color muerta en el barco no pertenecía a

50 Gabriel René Moreno, uno de los principales exponentes del Darwinismo criollo cruceño sostenía: “[Santa Cruz] es la única población boliviana que no habla ni ha hablado nunca sino castellano; ha sido también la única de pura raza española, y se miraba en ello. La plebe guardaba eterna ojeriza al colla (altoperuano), al cambia (castas guaraníes de las provincias departamentales y del Beni), y al portugués (brasileños fronterizos y casi todos mulatos). De aquí el artículo inviolable de doctrina popular cruceña: Los enemigos del alma son tres: Colla, cambia, y portugués” (Moreno, 1989, p. 105, citado por Plata, 2008, p. 134). Moreno propugnaba la supremacía racial blanca: “El indio y el mestizo incásicos radicalmente no sirven para nada en la evolución progresiva de las sociedades modernas. Tendrán tarde o temprano, en la lucha por la existencia, que desaparecer bajo la planta soberana de los blancos puros y purificados” (Moreno 1989, 146, citado por Plata, 2008, p. 135).

la sociedad, mientras que [...] el asesino a caballo de Virginia sí [perteneía], es decir, lo que a [él le sucediera] era escribible, era legible.

En Bolivia las masacres de Senkata y Huayllani de noviembre de 2019 no figuran en la opinión pública. Murieron más de tres decenas de personas, pero en el discurso gubernamental es como si aquello jamás hubiese ocurrido. Nadie es detenido, procesado, ni inculcado por ello.

El movimiento reaccionario, el nuevo gobierno de facto, los órganos de represión y las grandes cadenas de televisión operan desconfigurando los referentes simbólicos que hasta hace poco permitían reconocer con claridad la humanidad de indígenas - visibilizar el racismo y el sufrimiento que ellos padecen- se esfuerzan por hacer *irreconocibles* las masacres de Huayllani y de Senkata, *ilegibles e inaudibles* las torturas y las detenciones arbitrarias, *invisibles* las golpizas sufridas por mujeres de pollera.⁵¹ El sufrimiento y la opresión de los trabajadores urbanos y los campesinos indomestizos son invisibilizados. Recuperando la metáfora de Bolaño, uno de los efectos simbólicos del proceso oligárquico de restauración, fue el empequeñecimiento de la “la sociedad” en el imaginario social y en las representaciones colectivas. Las masacres, las torturas, las detenciones, los vejámenes y humillaciones vividos por “cholos” e “indios” acontecieron en los “extramuros de la sociedad”.

51 La Clínica Internacional de los Derechos Humanos de Harvard ha señalado que el gobierno de facto puso varios obstáculos para el esclarecimiento de estos hechos (International Human Rights Clinic, University Network for Human Rights, Julio de 2020).

Conclusiones

“No me gusta que mi hija sea su empleada”

Hemos propuesto un modelo explicativo relativo a la eclosión de contradicciones de larga duración. Tanto el régimen del MNR de mediados de los años 50 en el siglo pasado, como el del MAS durante la primera década del siglo XXI, fueron encumbrados por procesos revolucionarios indo-mestizos, nacionalistas, anti-oligárquicos y anti-imperialistas en sus enunciados, y clausurados abruptamente por reacciones oligárquicas, antes de la *gente decente*, hoy de la *gente bien*, y de la clase media mestiza, de la mano de golpes militares con el concurso del gobierno de los Estados Unidos. En tanto la “guerra fría” fue el contexto externo del golpe de Barrientos de 1964, las tensiones USA-China son el contexto del golpe de Estado de noviembre de 2019.

Los procesos de reacción local se interpenetran con las tentativas de reconstitución imperial, poniendo de manifiesto la profunda relación existente entre la dominación oligárquica y la dominación neo-colonial en los países del Sur. No se trata de un “eterno retorno”, sino de inconclusos procesos de *larga duración* que han irrumpido con particular violencia en los acontecimientos recientes; *tareas democráticas pendientes*, replanteadas cíclicamente por la contradicción entre las aspiraciones democráticas de las masas y procesos de reacción oligárquicos en una sociedad profundamente desigual, hoy disputada por poderes imperiales.

Las contradicciones de larga duración se influyen mutuamente con las coyunturas de conflicto de clases-etnias, con las coyunturas de flujo y de reflujo de las movilizaciones de los subalternos (Apéndice II).

Estos procesos se entretajan a una escala micro-social como efecto de múltiples procesos inter-activos de agregación. Uno de ellos acompañó la trayectoria política del dirigente Felipe Quispe Huanca, *El Mallku*. El 19 de agosto de 1992, este militante de la organización guerrillera EGTK, apresado por terrorismo, era asediado con preguntas por la

periodista Amalia Pando quien le cuestionaba sobre las razones de su rebelión. Quispe Huanca respondió de un modo que quedaría registrado perdurablemente en la memoria colectiva. Tocándose el rostro le dijo: “Esta cara, esta sangre, este indio, porque estamos trapeados en el suelo, porque siempre tenemos que ser un barredor, porque siempre tenemos que ser un cargadorcito, porque siempre tenemos que ser un guardia que está cuidando al opresor”. Amalia Pando insistía en cuestionar el por qué recurría a los atentados con bombas, a lo que Quispe respondió: “Es que a mí no me gusta que mi hija sea su empleada de Usted”.

Aquel hecho que pudo haber quedado en el olvido, como sucedió con muchos otros eventos similares, adquiriría una importante repercusión. Quispe Huanca fué liberado en 1998. Dentro de una nueva coyuntura de flujo de las movilizaciones sociales de clases subalternas, a inicios del nuevo milenio (Apéndice II), devino el máximo ejecutivo de la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia. El recuerdo de las palabras del *Mallku* durante la entrevista de inicios de los años 90, junto a otras múltiples narrativas, como la consigna de la Federación de Juntas Vecinales de la ciudad de El Alto que decía “¡El Alto de pie, nunca de rodillas!” se hilvanó en un nuevo relato subalterno que desafiaba la supremacía de la burguesía blanco-mestiza, “los hijos de los patrones”, como se los nombraba en el Altiplano Norte de La Paz. Las luchas de abril y septiembre de 2000 y de septiembre-octubre de 2003 en el altiplano aymara confluyeron en la caída de la *gente decente* de la dirección del Estado boliviano.

Las “guerras del agua y del gas” de inicios del nuevo milenio desbrozaron el camino que condujo al MAS al gobierno, instalando una situación anómala en la sociedad oligárquica boliviana: la preeminencia política de dirigentes procedentes de las etnias y nacionalidades collas, en una sociedad profundamente racista y desigual. Si bien la alta jefatura del poder político continuó siendo predominantemente mestiza, indígenas, collas e indo-mestizos inundaron varias dependencias del Estado boliviano.

La orientación de la movilización social de octubre-noviembre de 2019 que hemos descrito en este ensayo, se halla en las antípodas de la insurgencia social de inicios del nuevo milenio. El proceso oligárquico de restauración que hoy se halla en curso, tiene como contenido básico el colocar a la “indiada” y a la “cholada” en el lugar subalterno que históricamente tuvieron en Bolivia, colocarlos “en su sitio”, “de rodillas”.

Para apreciar este fenómeno sociológico en su debida magnitud debemos de dejar de centrar exclusivamente nuestra atención en la contraposición MAS-derecha, y observar lo que acontece en la vida cotidiana, así como en los intercambios virtuales en las redes sociales, donde después de la caída de Evo Morales se ha dado una irrupción simbólica drástica: por doquier la figura del indio, que mastica coca, que bota saliva por la boca y que habla con fuerte acento aymara o quechua, es el objeto de la burla, es el “llama”, el “lari”, el “t’ara”; es a quien se lo representa como simio, como primitivo, como ignorante.

Esta reacción político-cultural tiene su epicentro en el Oriente boliviano, un hecho que tiene profundas raíces históricas. Es importante remitirse al hecho de que la servidumbre personal, el pongueaje, estuvo vigente en Bolivia hasta la revolución de 1952. Las rebeliones indias y campesinas que en 1953 conmovieron los valles y el altiplano bolivianos, tuvieron menos fuerza en el Oriente, donde no se experimentaron grandes expropiaciones de tierras, y donde los antiguos patrones de hacienda pasaron directamente de explotar siervos a explotar peones asalariados.

Para comprender la ideología dominante en el Oriente boliviano, es clave destacar que en esta región la mentalidad oligárquica no fue conmovida por procesos homólogos a la ocupación de tierras en 1953 en los valles y en el altiplano, al ascenso del movimiento katarista aymara de los años 70 en el Altiplano, a los levantamientos indígenas como los de 2000, 2003 y 2005 en el Altiplano indígena. En el Oriente boliviano la representación referida al “indio” –el “colla”– como el subalterno, es una idea profundamente arraigada que jamás fue subvertida en

el imaginario social. Lo que ahora estamos presenciando es que esta ideología pre-democrática, anti-igualitaria, pre-burguesa y, con fuertes resabios feudales, constituye la avanzada ideológica del actual movimiento oligárquico restaurador.

Dicho movimiento anti-igualitario amenaza con barrer las conquistas democráticas, alcanzadas por más de medio siglo de luchas de las clases subalternas, como la libertad de asociación y de manifestación, la libertad de expresión, el respeto a la dignidad personal, el Estado laico, inclusive ya se han manifestado en pos de cerrar el Parlamento.

Estamos frente a un trastocamiento del campo de fuerzas societal que imperó en Bolivia durante casi 14 años de régimen del MAS, conmoción que viene de la mano del ascenso de la pequeña burguesía mestiza y de los grandes propietarios blanco-mestizos de Oriente al gobierno; devolviendo al llano a las burguesías y pequeñas burguesías indígenas e indo-mestizas de Occidente. Este proceso discurre junto a un mayor empoderamiento y gravitación política de la nacionalidad cambia.

Se trata de una transición en dirección de la renovación del “Estado *k’ara*” y “*misti*”, de la mano de las clases propietarias mestizas y blanco-mestizas de Oriente. En esta configuración, los mestizos aspiran a volver a intermediar el nuevo dominio étnico y de clase, frente a las etnias y nacionalidades nativas y frente a las clases subalternas de campesinos y trabajadores “indios” e indo-mestizos.

A diferencia de la oligarquía occidental minera de los años 60 y 70, hoy es un sector de la burguesía cruceña, la *gente bien*, la que da sus primeros pasos en pos de la dirección efectiva de la clase dominante a escala nacional. ¿En qué medida el golpe del 10 de noviembre de 2019 señala el inicio de un nuevo ciclo oligárquico en la historia de Bolivia? Si nuestras hipótesis son correctas, la *gente bien*, la nacionalidad cambia y el neocolonialismo norteamericano difícilmente otorgarán espacio a que un proceso electoral regular les quite las posiciones ganadas por la vía golpista. A una escala internacional, lo que está en juego es el dominio sobre una

de las principales reservas de litio a nivel mundial y, localmente, el desplazamiento paulatino del *locus* de gravitación política del Estado, desde el Occidente hacia el Oriente del país.

El gobierno de facto, debido a la prórroga de la fecha de las elecciones por la pandemia del coronavirus, deberá gobernar en un período de caída de las exportaciones de gas y de fuertes presiones, tanto de los empresarios exportadores, como del FMI, en pos de la devaluación. Los tiempos en que se vuelva a experimentar un nuevo giro a la izquierda podrían ser relativamente cortos, en un contexto internacional de profunda efervescencia contra el neoliberalismo como las rebeliones en Ecuador, Chile y Colombia, que se desarrollaron simultáneamente al proceso boliviano.

La profunda brecha entre la pequeña burguesía mestiza y las clases-etnias, etnias y nacionalidades subalternas abierta por el golpe de Estado y por la profusa propaganda de miedo y terror difundida a través de los grandes medios, es, ciertamente, un impedimento para encarar una resistencia unificada frente a las grandes luchas que se avecinan. El retorno de un gobierno oligárquico, sumado a la proliferación de sus actos de corrupción durante la cuarentena y su abierta adhesión a favor de los intereses norteamericanos, en un contexto de crisis capitalista mundial, podría empujar a que nuevos alineamientos anti-oligárquicos y anti-imperialistas, como los de octubre de 2003 contra “el gringo Goni”, vuelvan a ser posibles.

Apéndices

Apéndice I: El papel de las caracterizaciones políticas de los actores en las tomas de posición

Como hemos podido advertir en el ensayo precedente, la definición que hacen los actores políticos sobre sus concurrentes y sobre sus adversarios ocupa un lugar de primer orden en sus tomas de posición dentro de un determinado campo de fuerzas (VI.1). Dichas definiciones orientan tanto sus alianzas como sus estrategias políticas. Para ilustrar nuestro punto de vista nos referiremos brevemente a dos ejemplos históricos. Primero, las distintas caracterizaciones que hicieron demócratas y conservadores norteamericanos sobre el gobierno del MNR en los años 60, en la perspectiva de evitar la deriva estalinista de la revolución nacional de 1952, a la luz de la experiencia de la deriva estalinista de la revolución cubana en 1961. Segundo, la disputa entre estalinistas y trotskistas sobre la caracterización de la socialdemocracia, en la perspectiva de afrontar el ascenso del fascismo al gobierno alemán, a inicios de los años 30. Como veremos a continuación, las distintas caracterizaciones que realizan los actores políticos, junto a otros factores, tiene efectos decisivos en las tomas de posición; y, de este modo, en la modificación de la misma coyuntura política.

Una de las principales disputas en el gobierno norteamericano, dirigido por J. F. Kennedy, sobre el régimen del MNR, era entre los liberales y los conservadores, que discutían sobre cómo garantizar que Bolivia siguiera siendo un aliado leal fuera del alcance del comunismo internacional. Los conservadores fustigaban el financiamiento que realizaban los demócratas al gobierno del MNR indicando que se trataba de un régimen autoritario de izquierda. Desde *Los Ángeles Times* el politólogo William S. Stokes criticó la “generosidad” de Kennedy con “el gobierno autoritario” del MNR, cuyo “sistema económico socialista” habría demostrado ser un fracaso colosal (citado por Field Jr., 2016, p. 79). Los liberales respondieron estas críticas con sus propios artículos de opinión argumentando

que el “MNR era quizás el régimen más estable que Bolivia haya conocido”. “El New York Times elogió al Presidente Kennedy por responder favorablemente a los pedidos de asistencia económica de Paz Estenssoro, medida que había convencido al mandatario boliviano de desdeñar ofertas de ayuda más generosas por parte de Moscú” (Field Jr., 2016, p. 79). El financiamiento procurado por Kennedy tuvo un enfoque orientado a la represión del movimiento sindical minero y al despido de los militantes marxistas.

Si en el debate entre los liberales y los conservadores hubieran prevalecido estos últimos, incidiendo en una política de hostilidades contra el gobierno de Paz Estenssoro, en un contexto de deliberada política soviética de incidir en los movimientos de liberación nacional para incluirlos dentro de su esfera de influencia, no es razonable descartar una posible deriva estaliniana del nacionalismo revolucionario, como aconteció con la revolución cubana en 1961.

A pesar de los conservadores, en distintas entidades del Estado boliviano se insertaron asesores norteamericanos prestos a contrarrestar el radicalismo del proletariado minero y lo que ellos temían, la deriva comunista del régimen.

El presente ejemplo nos muestra que el ultrismo de derecha representado por los conservadores, que fustigaba al gobierno del MNR acusándolo de marxista y socialista, de haber prevalecido, hubiera sido contraproducente para la estrategia de Washington de permanecer como líder del “mundo libre”; al menos, a inicios de los años 60.

Los liberales habían penetrado con mayor exactitud en la identificación de las características pequeño burguesas del gobierno del MNR; o sea, habían hecho una mejor caracterización que los conservadores. En vista de ello, desde un inicio se propusieron promover una “revolución de la clase media” antes que una “revolución obrera”. El Asesor de la casa blanca Schelinger advertía que en Bolivia “las clases medias constituían

la única barrera frente a los trabajadores y campesinos que pronto tomarían las cosas en sus propias manos” (citado por Field Jr., 2016, p. 44). Las políticas de los liberales evitaron así la temprana deriva estalinista del nacionalismo boliviano.

Otro ejemplo histórico, sobre la importancia de la caracterización política en las tomas de posición, nos la da el debate entre estalinistas y trotskistas en los umbrales del ascenso de Hitler al poder en Alemania. Los estalinistas (PC alemán) sostenían que la socialdemocracia era fascista, como los nazis. Acuñaron la caracterización de “social-fascismo”. Si bien la socialdemocracia, como bien lo apuntó Trotski (1972), era una de las expresiones políticas de la burguesía, tenía la adhesión de millones de obreros. No era, desde ese punto de vista, “lo mismo” que el partido nazi de extracción predominantemente pequeño burguesa.

En 1932 los fascistas se encaminaban a derrocar al gobierno de Brüning, apoyado por la socialdemocracia y por millones de obreros:

Hitler puede darse el lujo de una lucha contra Brüning, únicamente porque el régimen burgués, en su totalidad, se apoya sobre las espaldas de la mitad de la clase obrera, que está dirigida por Hilferding y Cia. Si la socialdemocracia no hubiese practicado una política de traición de clase, Hitler, sin hablar del hecho de que no habría adquirido jamás la fuerza que hoy tiene, se habría agarrado al régimen de Brüning como a una boya de salvamento. (Trotski, 1972, p. 126).

Para Hitler la socialdemocracia era un adversario político, no tanto por sus líderes “capituladores”, sino por los millones de obreros que constituían su base social. Trotski recomendó que el PC debería hacer un frente único con los socialdemócratas para evitar el ascenso de Hitler al poder. En ese frente coyuntural Trotski veía que de modo práctico los comunistas podían ganarse la confianza de los obreros socialdemócratas y desplazar así a los dirigentes socialdemócratas.

El revolucionario ruso era consciente que el Partido Comunista no podía tomar el poder en Alemania sin la participación de los obreros socialdemócratas. Pero los estalinistas, para quienes los socialdemócratas eran “social-fascistas”, se negaron a dicha política frentista y, no sólo que quedaron inermes, sino que su confusión en ciertos momentos los llevó a apoyar a Hitler frente a la social-democracia: “Al colgar a los nacionalsocialistas y a los socialdemócratas la misma etiqueta fascista, la burocracia estalinista se ha embarcado en acciones como el apoyo al referéndum de Hitler” (Trotsky, 1972, p. 122).

La caracterización de clase de la socialdemocracia realizada por Trotsky fue tan aguda como la caracterización de clase de los liberales norteamericanos sobre el MNR. Pero a diferencia de los liberales, la oposición de izquierda trotskista, fuertemente perseguida y desacreditada por Stalin, no tenía ni los medios ni la influencia en el seno de los obreros alemanes como para reorientar la política del PC. De ello se colige que no es suficiente tener una caracterización adecuada del adversario político, sino también la estrategia correcta y la fuerza social capaz de alcanzar los objetivos políticos trazados.

Para Trotsky, como para los liberales norteamericanos, la caracterización de los adversarios políticos, y de sus posibles circunstanciales aliados, les servía para realizar un balance lo más objetivo posible sobre la correlación de fuerzas de clase. Los liberales norteamericanos escogieron bien a su circunstancial aliado movimientista, Víctor Paz Estenssoro, para reprimir y aislar al movimiento minero. La caracterización de Trotsky sobre la composición social de la socialdemocracia, y su potencialidad como aliada circunstancial para hacer frente a los nazis era igualmente correcta, aunque no pudo llevarla a la práctica porque la oposición de izquierda estaba aislada y fuera del PC alemán.

En tanto en los ejemplos anteriores la caracterización de las otras fuerzas concurrentes y de los adversarios políticos servía para hacer un balance objetivo de las relaciones de fuerza; por el contrario, tanto desde una

posición de extrema izquierda (el PC Alemán), como desde una posición de extrema derecha (los conservadores norteamericanos), la caracterización fue sustituida por una consigna política cuyo propósito era básicamente fustigar discursivamente al adversario político antes que conocerlo (VI.1).

Apéndice II: El MAS no fue derribado por una insurrección popular. Lo que las orientaciones de las movilizaciones sociales y las estadísticas nos dicen al respecto

El análisis cualitativo presentado en el ensayo que abre este libro requiere de algunos criterios de respaldo cuantitativo. En las páginas que siguen mostraremos qué es lo que los datos estadísticos de las encuestas sobre preferencia electoral de Ciesmori (Red Uno, 15 de marzo de 2020) dicen sobre el impacto de las movilizaciones de octubre-noviembre en la caída de Evo Morales.

La historia de los regímenes constitucionales en Bolivia, desde sus conflictivos comienzos a fines de los años 70, muestra una estrecha relación entre el comportamiento de los electores y la orientación de las movilizaciones sociales. Así, el importante caudal electoral de los gobiernos neoliberales (1985-2003) no podría explicarse sin la relativa desmovilización que caracterizó al período. Según Laserna y Villarreal (2013), si durante el último gobierno de Hernán Siles Suazo (1982-1985) la prensa registró un promedio de 54 eventos de movilización social por mes, entre el gobierno de Víctor Paz Estenssoro (1985-1989) y el de Jaime Paz (1989-1993), la prensa registró un promedio de 22 eventos de movilización social por mes. El primer gobierno de Gonzalo Sánchez de Lozada (1993-1998) fue en el que menos marchas callejeras, menos huelgas de hambre, en resumen, menos movilizaciones sociales se llevaron a cabo: un promedio de 15 eventos por mes se registró en la prensa, próximo al de la dictadura militar del General Hugo Banzer Suárez de 11 eventos por mes.

La relación entre las preferencias electorales y la orientación de las movilizaciones sociales permite analizar los cambios en las correlaciones entre fuerzas sociales, esto es, la situación política. Así como la relativa estabilidad de los regímenes políticos en Bolivia se asocia con una relativa desmovilización; por el contrario, como hace casi un siglo lo mostrara

León Trotski (1985) en su clásico *Historia de la revolución rusa*, el declive de los regímenes políticos está asociado con el inicio de dinámicas de ascenso de las movilizaciones sociales.

Partiendo de este enfoque, consideramos que la orientación de las movilizaciones sociales de octubre-noviembre del año pasado, que exigían la renuncia de Evo Morales, y las preferencias electorales que aparecen en la encuesta de Ciesmori publicada el 15 de marzo, son importantes variables para un análisis de la percepción social referida al partido derrocado en noviembre pasado, el MAS. A nuestra manera de ver, los datos de Ciesmori refutan contundentemente el planteamiento de que el MAS fue derribado por una rebelión popular. Veamos.

Para interpretar los datos, es útil comparar las encuestas actuales –una radiografía posterior a las movilizaciones de octubre-noviembre pasado– con el comportamiento del electorado después de las grandes rebeliones populares que sacudieron Bolivia a inicios de siglo. En 1997 Hugo Banzer Suárez ganó las elecciones nacionales con el 23,3%, CONDEPA obtuvo 17%, UCS 16%. A partir de acuerdos en el congreso entre estas fuerzas políticas se formó una coalición que llevó al ex dictador al gobierno.

La insurrección de abril de 2000 en Cochabamba contra la transnacional Aguas del Tunari, y las movilizaciones aymaras en el altiplano de abril y septiembre de ese año, movieron las capas tectónicas de la sociedad boliviana; y, entre otras cosas, hundieron al partido de gobierno ADN y a sus socios. En las elecciones de 2002 ADN sacó el 3,3% de los votos, CONDEPA 0,33% de los votos y UCS el 5,51% de los votos.

Un efecto similar tuvo la guerra del gas de octubre de 2003 y las jornadas de mayo y junio de 2005 en la coalición gobernante dirigida por el MNR. Si en las elecciones de 2002 el MNR sacó el 22,57% de los votos, NFR 20,91% de los votos y el MIR 16,32%, después de aquellos procesos insurreccionales, los partidos de dicha coalición cayeron estrepitosamente. En las elecciones de 2005 el MNR sacó 6,46%, NFR

0,68% y el MIR prácticamente desapareció como partido. La guerra del gas de abril de 2000, la guerra del gas de octubre de 2003 y las jornadas de mayo-junio de 2005 fueron verdaderas insurrecciones populares que modificaron drásticamente el mapa político.

Sin embargo, a pesar de la inmensa propaganda adquirida por la llamada “revolución de las pititas” de octubre-noviembre del año pasado, sus efectos en el tablero político, según muestran las encuestas, ni siquiera se aproximan a los efectos políticos de los procesos insurreccionales del pasado. A inicios de siglo los movimientos revolucionarios llevaron los porcentajes de los partidos gobernantes a los suelos. Por el contrario, si tomamos como válida la votación de octubre pasado, el MAS ha bajado de un 47% a un 38% (votos válidos). Si a eso añadimos el hecho de que, por ejemplo, el año pasado las encuestas daban al MAS alrededor de un 33% de la preferencia electoral (Mercados y Muestras), es presumible que el voto le sea aún más favorable. Aun sin tomar en cuenta esta última consideración, tomando como válida la encuesta de Ciesmori, el “efecto pitita” se aproxima al 9% en la caída del MAS. Pero no da para más.

Conclusión: Comparando los efectos políticos de las rebeliones populares de inicios de siglo en las preferencias electorales, con los efectos de la “revolución de las pititas” en las preferencias electorales mostradas por la encuesta de Ciesmori del 15 de marzo, se constata una caída del MAS del 9% en comparación con las drásticas caídas porcentuales del MNR, ADN, MIR, NFR, CONDEPA y UCS de inicios de siglo que oscilan alrededor del 18% y que dejaron a dichos partidos, en su mayoría, por debajo del 5%. La preferencia electoral por el MAS, al contrario, está cerca del 40%, en primera vuelta (datos válidos). Y, en segunda vuelta, figura como posible ganador de las elecciones.

Estos datos confirman nuestra hipótesis de partida, en el sentido de que la estabilidad o el declive de los regímenes políticos están estrechamente relacionados respectivamente con dinámicas de reflujo o ascenso de las movilizaciones sociales. El ascenso de las movilizaciones de la clase

media de octubre-noviembre de 2019 podría llegar a explicar una caída del 9% de la preferencia electoral por el MAS, pero no una caída tan estrepitosa como la que experimentaron los partidos neoliberales de la pasada post guerra del agua de abril de 2000 y post guerra del gas de 2003; caídas asociadas con grandes procesos insurreccionales y con el derrocamiento de sus gobiernos. En vista de ello, en el caso que nos ocupa podemos concluir que: *no fue una insurrección popular lo que derrocó al MAS del gobierno.*

Apéndice III: Objetivismo y enfoque de la praxis en el concepto de formación clase-etnia. Respuesta a las críticas de Alison Spedding y Fernando Molina

Ahora, con respecto a mi vinculación con el MAS, creo que no tengo ni los requisitos porque para ser masista hay algunas especificaciones, inclusive de identidad; tengo ojos verdes, un poco crespo, eso no me permite, soy blanco, no quiero discriminar, pero creo que esas mis condiciones no hacen que yo sea compatible con el resto de las personas del Movimiento al Socialismo.

Fernando Vásquez. Ministro de Minería. La Razón, 29 de mayo de 2020

Introducción

El mestizaje, la decencia, la etnicidad aymara, en conflicto durante los meses de octubre y noviembre de 2019, tienen contenidos de clase. La pertinencia de este apéndice se justifica porque en las páginas que siguen explicitaremos el contenido conceptual y el enfoque subyacente al concepto de formación clase-etnia.

Durante décadas las clases sociales estuvieron ausentes de la producción académica de las ciencias sociales en Bolivia. Predominaron los estudios sobre etnias, de modo coincidente con el clima ideológico impulsado por el “gobierno indígena” de Evo Morales. La presente discusión, que será abordada en las páginas que siguen, sintomáticamente emerge en un momento de crisis de la “hegemonía indígena”, como parte de la búsqueda de respuestas a varias preguntas y problemas que aquella dejó irresueltos.

El colapso del gobierno de Evo Morales, como pudimos analizar en el ensayo precedente, genera una nueva disponibilidad ideológica, no sólo a derecha, sino también a izquierda del espectro ideológico. Entre los intelectuales existe mayor sensibilidad al planteamiento de que los problemas de la sociedad boliviana tienen que ver con contradicciones de clase y no únicamente con clivajes étnicos; o, como nosotros argumentamos, que los clivajes étnicos tienen contenidos de clase.

Si bien el quiebre del populismo indigenista está ampliando los horizontes del pensamiento social, su crisis ideológica no aparta todos los escollos del camino. Una de las principales virtudes de la discusión teórica es el avance de las ciencias sociales, contribuyendo a remontarlos. Y resulta fructífera cuando lo que ésta confronta no son discusiones talmúdicas, sino resultados del trabajo de investigación.

En este sentido, una de las principales cualidades de las discusiones teóricas planteadas por Alison Spedding (2019) y Fernando Molina (2019) con relación a nuestro concepto de clase-etnia, es que éstas están respaldadas por experiencias de trabajo de campo y de investigación. Lo que se pone en discusión, en vista de ello, no es una abstracción, sino una determinada definición del objeto de estudio. En vista de ello, las discusiones se orientan a la resolución de problemas específicos de investigación.

Ahora bien, como hemos venido insistiendo (Orellana, 2003, pp. 51-80; Orellana, 2016, pp. 306-313), uno de los principales obstáculos epistemológicos en los estudios sobre clases sociales y etnias, en Bolivia, consiste en que los investigadores tienden a definir estos colectivos exclusivamente *desde fuera* de los mismos, o sea, desde un enfoque objetivista; empezando por la forma en que definen su objeto de estudio, delimitan el campo de sus análisis, diseñan e instrumentalizan su metodología e interpretan su información; donde usualmente, cuando no descartan, subalternizan el punto de vista y la práctica de los sujetos.

Parafraseando a Marx, el defecto de esta variante de objetivismo es que: “[c]oncibe las cosas, la realidad, la sensoriedad, bajo la forma de objeto o de contemplación, pero no como actividad sensorial humana, no como práctica, no de un modo subjetivo” (Marx, 1974, p. 665).⁵²

En esta línea de argumentación se desarrolla el concepto de *formación de clase* de E. P. Thompson (2002, p. 13), que es desde donde nosotros hemos procurado definir nuestro objeto de estudio. Su enfoque tiene precisamente la ventaja de visibilizar la *praxis* concreta: “Formación porque es el estudio de un proceso activo, que debe tanto a la acción como al condicionamiento. La clase obrera no surgió como el sol, a una hora determinada. Estuvo presente en su propia formación”. El *objeto* de estudio no debe pensarse exclusivamente como objeto (de modo objetivista), tampoco exclusivamente como sujeto y subjetividad (de modo subjetivista) sino como *praxis* concreta, práctica de sujetos que viven en sociedad.

En las páginas que siguen contraponemos lo que entendemos como una concepción objetivista de las clases y de las etnias *vis-à-vis* un enfoque de la *praxis*. Veremos que las críticas realizadas por autores como Alison Spedding y Fernando Molina a nuestro concepto de *formación clase-etnia* –propuesto en nuestro estudio “Resurgimiento y caída de la gente decente. Un sendero en la *formación*⁵³ de una clase-etnia dominante en Bolivia” (Orellana, 2016)– están permeadas por ciertos presupuestos objetivistas más o menos explícitos en sus definiciones del objeto de estudio, que plantean importantes problemas al momento de pensar las clases y las etnias como procesos activos.

52 Marx (1974, p. 665) reprocha a Feuerbach el que aparta de su concepción del objeto, la práctica y la subjetividad: “La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias[...] La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria”.

53 La cursiva es nuestra.

1. El estatuto sociológico de las categorías émicas

Una de las principales críticas que realiza Alison Spedding a nuestro trabajo tiene que ver con el estatuto que le otorgamos a las categorías émicas. Durante la presentación de nuestro libro en el MUSEF de La Paz, la antropóloga objetaba que asumíamos como *real* la identidad social europea que se auto-atribuían los ex Ministros entrevistados del período (1985-2003), sin remitirnos a un estudio de sus genealogías familiares que nos permitiera verificar sus orígenes europeos. Es decir que los hechos no condecían con la autopercepción. En otro evento, esta vez organizado por la carrera de sociología de la UMSA, citando a Claude Levy Strauss dijo que las categorías émicas no explican, sino que más bien deben ser explicadas.⁵⁴ ¿Qué implicaciones de método tiene esta aseveración? Spedding sugiere que concebimos a las categorías émicas de modo idealista. Precisamente, en un artículo publicado el año 2013 ella plantea su punto de vista sobre el tema en los siguientes términos:

Hay otros contextos en antropología donde se considera suficiente el hecho de que hay gente que cree y dice que tal o cual cosa ocurre para proceder a escribir y estudiar ese tema “como si” fuera realidad, sin preocuparse por comprobar la existencia objetiva de la entidad o conducta en cuestión; pero es de notar que estos casos suelen tratar de temas que (desde la perspectiva materialista) son clasificados como “sobrenaturales”, “místicos”, “simbólicos” (etc.) (Spedding, 2013, p. 126).

La autodefinición blanca y de orígenes europeos entre los ex Ministros del período neoliberal debería, en vista de este materialismo, ser tratado como un mito, y no ser asumido como un aspecto integrante de la realidad social de estas personas. Una observación similar hace Fernando Molina cuando, definiendo lo que para él es la identidad, establece una diferencia substancial entre los hechos y la autopercepción. Criticando el enfoque idealista de Amartya Sen afirma:

⁵⁴ Conferencia: “Élites tradicionales hegemónicas y nuevas élites en Bolivia”. (Spedding y Orellana, 18 de junio de 2019).

Hay una diferencia sustancial entre ser parte de la sociedad de una manera peculiar, determinada por el lugar de nacimiento, la carga genética o una herencia cultural abrumadora y, digamos, comprar harina de una marca u otra [metáfora con la que el autor se refiere a la elección de la propia identidad]. El énfasis de este autor en el aspecto subjetivo de la identidad responde a una visión lockeana de la sociedad como un conjunto de individuos que primero existen y, en un segundo momento, se agrupan de una u otra manera; tiene valor prescriptivo, pero no pertinencia analítica. En realidad, como nos enseñó Émile Durkheim, el ser humano es parte de un grupo social antes de volverse un individuo; ese grupo puede ser tan fluido como se quiera, pero tiene una entidad colectiva. Es, como plantearía Durkheim, un hecho social (Molina, 2019, p. 27).

Para Molina el aspecto subjetivo de la identidad no tiene pertinencia analítica, de ahí que la auto-percepción de los individuos sea una gran ausencia en su estudio. Por el contrario, en lo que si se concentra es en la situación de clase de la alta burguesía y de la alta gerencia; utilizando los conceptos weberianos de clase y de estatus contra el enfoque comprensivo del propio Weber (2004) que, paradójicamente, puso como piedra angular de su concepción el sentido subjetivo, mentado, de la acción social.

La visión dualista sujeto-objeto que subyace en los enfoques de Molina y Spedding reitera el problema que ya Marx hubiera observado en Feuerbach:

El problema de si al pensamiento humano se le puede atribuir una verdad objetiva, no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre tiene que demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poderío, la terrenalidad de su pensamiento. El litigio sobre la realidad o irrealidad de un pensamiento que se aísla de la práctica, es un problema puramente escolástico (Marx, 1974, pp. 665-666).

De esta manera, la subjetividad –“yo tengo orígenes europeos”, por ejemplo– se inscribe en la práctica de los sujetos. El litigio que plantean Spedding y Molina sobre la realidad o la irrealidad de las categorías émicas se aleja de la práctica de los sujetos. Se olvidan que: “[l]as categorías expresan formas del ser, condiciones de existencia” (Marx, 1985, p. 26).

En tanto Marx propone auscultar la íntima vinculación que existe entre las categorías de pensamiento y el ser social, el materialismo de Spedding y Molina rompe esta mediación: las taxonomías que emplean para describir la forma y la estructura de la clase social están desconectadas del punto de vista de los individuos que las “integran”; incongruencia que, en la medida que las categorías émicas enraízan en el *éthos* y en el *habitus*, se convierte en un gran obstáculo epistemológico para comprender la práctica y la existencia social.

Volviendo al asunto de la identidad, partiendo de un criterio fenomenológico elemental, diremos que la manera en que las personas *se ven en el mundo* tiene una relación fundamental con lo que hacen. Una perspectiva materialista elemental añadiría que dicha percepción enraíza en experiencias prácticas y modos de vida particulares. Y eso es lo que las taxonomías objetivistas precisamente impiden comprender, en la medida que se abstraen de la experiencia ordinaria y las categorías émicas de los sujetos en el mundo social (Boltanski, 1982, pp. 265-266). Así, Alison Spedding (2019, p. 78) ve: “[q]ue Bolivia es una sociedad fuertemente estratificada por clase, pero esta estratificación es asumida, o entendida, émicamente en términos de raza”; Fernando Molina (2019, p. 17), por su lado, se propone estudiar a la alta burguesía y la alta gerencia en Bolivia asumiendo que todos sus integrantes pertenecen al grupo de status “jailón”, sin que ninguno de ellos, sin embargo, se vean a sí mismos como jailones (Molina, 2019, pp. 28-29). Hay un corto circuito entre los conceptos de los investigadores y las categorías émicas, una falta de sintonía con “el punto de vista del nativo” (Geertz, 1994), como muestra Spedding (2013, p. 133) en su artículo de 2013 al juzgar lo que ella entiende como una debilidad de las teorías sobre la etnicidad:

No cabe duda que ‘etnicidad’ es teorizada de manera bastante pobre y confusa en las ciencias sociales en general, y el énfasis ya casi universal en la autoidentificación como criterio central sino único para asignar la etnicidad de una persona empeora la situación, porque empuja al o la investigadora a abandonar cualquier intento de establecer categorías analíticas que no sean las mismas que las categorías émicas de sus informantes o fuentes.

Si bien restringir el enfoque al “punto de vista del nativo” empobrece la ciencia –conduce a un solipsismo– no es menos cierto que construir categorías analíticas desvinculadas de la experiencia individual conduce a un empobrecimiento objetivista de sentido opuesto. Al menos en este punto, se carece por completo de sensibilidad comprensiva, en el sentido de Weber, que impide ver la verdad *relativa* que existe en el sentido y el significado que los actores le atribuyen a eso que dicen ser y que hacen.

“¿Con cuál ciencia soberana podría el sociólogo autorizarse para negar la realidad de un principio de identidad en el cual se reconocen los propios agentes sociales según su creencia?” (Boltanski, 1982, p. 49).⁵⁵ Alison Spedding se coloca de modo soberano para rebatir los argumentos de los propios actores diciéndoles *ustedes no son raza, son clase*,⁵⁶ de un modo similar a como Fernando Molina llama *jailones* a quienes niegan serlo;⁵⁷ una “forma de entendimiento divino” (Boltanski, 1982, p. 266) en tanto estos investigadores se sitúan por encima de los sujetos para darles un nombre; y, sustantivo mediante, un propósito en sus vidas, cuando más bien de lo que se trataría es de escudriñar cual es el sustantivo en el que

55 Traducción nuestra

56 Ella misma lo reconoce, por ejemplo, en lo referido al conflicto de 2008 en Sucre: “Aunque yo cuestiono si el racismo es la base o causa estructural de los conflictos de 2007-2008 en Sucre, de los requisitos de fotos que muestren ‘buena presencia’ en las postulaciones a empleos, y la admisión o exclusión de personas en locales nocturnos costosos, parece evidente que hay bastantes personas que sienten y/o piensan sinceramente que efectivamente es así” (Spedding, 2013, p. 126).

57 Paradójicamente, Fernando Molina parte de un concepto weberiano de clase sin recuperar el enfoque comprensivo. El sentido subjetivo, mentado (representado) de la acción social, se halla ausente.

ellos se reconocen y, en este sentido, qué designios ellos mismos se atribuyen y cómo esto se relaciona con la forma que asume su vida social.

En mi estudio decidí asumir otra actitud con los sujetos. Opté por tomar en serio la identidad blanca y de orígenes europeos de la *gente decente* –aunque entre ellos hubiera quienes no fueran fenotípicamente blancos, ni de origen europeo– e indagar cuál era el significado social de esta auto-identificación. En vez de rebatir a los actores recriminándoles su falta de blanquitud y de sangre europea para “demostrar” que en “realidad” ellos no pertenecían a la “raza europea” –que aquí la “identidad” no era “objetiva”, en sí, como dice Molina, lo cual es un verdadero contrasentido, ¿cómo puede haber una “identidad en sí”, objetiva?–,⁵⁸ mi propósito consistió en comprender las razones sociales de esta identidad blanca y europeizada, averiguar cuáles fueron las condiciones sociales del devenir de esta experiencia, de qué modo instituciones como el núcleo familiar, la escuela, el tránsito por las universidades extranjeras contribuyeron a la actualización de esta percepción de uno en el mundo, adquiriendo nueva forma concreta, material, objetivándose en propiedades, capital (i.e. la minería mediana) y poder político, con el concurso de las dictaduras militares de derecha de los años 60 y 70.

En nuestro estudio, la *gente decente* produjo su vida social como clase-etnia, devino una realidad social concreta *preñada de sentido* (Kosic, 1990). Este otro decurso supone reconocer la verdad relativa, parcial, que existe en la autodefinición de los individuos; en tanto que, imbuidos por esa manera de *verse* en el mundo, producen su existencia y su vida social en condiciones sociales e históricas particulares.

58 “En definitiva, a diferencia de lo que muchos creímos en las décadas de 1990 y 2000, es decir durante el auge del multiculturalismo, las identidades son simultáneamente “en sí” –están dadas– y “para sí” –responden a la autoidentificación de las personas–. No cabe duda de que reconocer ese en sí plantea muchas dificultades teóricas y prácticas, y que da miedo por aquello de la tendencia al predominio identitario –al racismo– de la que habla Sen. Pero la negación de la materialidad de las identidades por parte de la ciencia social y de las políticas públicas –esto es, su consideración como autoidentificaciones o conjuntos de elecciones– no ha podido eliminar, pese a todo, ese aspecto material o en sí.” (Molina, 2019, p. 28).

Ello implica retomar el enfoque propuesto por Marx y Engels cuando criticaron el viejo materialismo mecanicista de Feuerbach sustituyéndolo por un materialismo *histórico*. Se trata de renunciar al dualismo que concibe que las categorías émicas son enunciadas, por un lado, en tanto la “condición objetiva” discurre por otro que sólo el investigador conoce. Esta dualidad desaparece en el momento que concebimos que son los sujetos, imbuidos por sus valores y sus visiones de mundo (incluidas las visiones de sí en el mundo), quienes producen el mundo social, objetivando su práctica en condiciones particulares.

Como sugiere Luc Boltanski, refiriéndose a los debates sobre la caracterización de la categoría de los “cuadros” en Francia:

Para salir del círculo donde se encierran los debates sin fin y sin solución sobre la “posición de clase” de los cuadros, es necesario comenzar por renunciar a dar una “definición previa” al grupo y tomar por objeto la coyuntura histórica en la cual los cuadros se formaron como grupo explícito, dotándose de un nombre, de organizaciones, de portavoces, de sistemas de representación y de valores. En lugar de determinar los “criterios” mediante los cuales el grupo “debe” ser definido y las “fronteras” que “se debe” darle para obtener un objeto palpable y bien delimitado, se puede más bien procurar dar cuenta de la forma que toma el grupo preguntándose sobre el trabajo de reagrupamiento, de inclusión y de exclusión, del cual él es el producto y analizar el trabajo social de definición y de delimitación que ha acompañado la formación de un grupo y que ha contribuido, al objetivarlo, a hacerlo aparecer como si siempre hubiera estado ahí (Boltanski, 1982, pp. 51-52).⁵⁹

Uno de los problemas de los enfoques exógenos reside precisamente en que parten de taxonomías pre-establecidas eludiendo, o poniendo en duda, las definiciones endógenas de los actores, –por ejemplo, a la manera de los marxistas vulgares que definen el “interés histórico del proletariado” desentendiéndose del punto de vista de los obreros reales–, las

59 Traducción nuestra

cuales se integran de mejor modo con la actividad de producción social de sus vidas.

Parafraseando a Luc Boltanski, diremos que el problema que categorías como *gente decente*, mestizo, aimara, blanco, campesino, indio, proletariado plantean, no sólo a Alison Spedding y Fernando Molina, sino a las ciencias sociales en general, es el de su propia existencia. La auto-identificación es un producto social, o sea, el resultado de la experiencia y la práctica, social e históricamente condicionada. En vez de poner en duda la voz de los sujetos, de lo que se trata es ver los modos en que su manera de *verse* en el mundo se relaciona con sus acciones y su condición social.

Nuestro razonamiento implica que las propias definiciones de los individuos forman parte de la definición del objeto de estudio del investigador al momento de estudiar las clases y las etnias en Bolivia; de hecho, podría afirmarse que aquellas definiciones constituyen el punto de partida de la definición del objeto. Esto, lejos de empobrecer el análisis, como piensa Spedding, más bien lo enriquece. En nuestro estudio nosotros adoptamos como nuestra la categoría émica de *gente decente*; para luego, a partir de conocer las trayectorias de los sujetos que la suscribían, los espacios sociales donde transitaban, y las relaciones de poder en que devinieron, pasar a la definición de la *gente decente* como la dirección ética y estética de una burguesía blanco mestiza en el seno de una constelación social de familias de diversas clases y capas sociales relacionadas según el parentesco e inmersas en el mismo imaginario blanco-mestizo; es decir, subjetividad que se inscribe en redes simbólicas, prácticas objetivas, experiencias concretas y condiciones de existencia social e históricamente dadas. Evidentemente, las definiciones émicas no agotan la definición del objeto. Desde esta perspectiva, las categorías émicas deben de integrarse dentro de una concepción más abarcadora del objeto donde nos las tenemos que ver con *individuos que producen sus vidas en sociedad, o sea la producción de los individuos socialmente determinada* (Marx, 2000, p. 282).

Proceder de este modo contribuye a que los conceptos del investigador que procuran dar cuenta de la forma objetiva del proceso, expresen la relación interna que este guarda con la práctica, la experiencia y las maneras de ver el mundo de los sujetos que van dándose *forma*, en un permanente ir y venir entre la realidad social objetiva y la praxis.

2. Formaciones de clase, de etnia, de raza y las luchas clasificatorias por la definición de uno en el mundo

La ilusión positivista (Bourdieu, 1980) del investigador omnisciente, que desde fuera da un nombre a los sujetos sociales, es uno de los principales obstáculos epistemológicos para el conocimiento de las clases sociales y las etnias en Bolivia:

Como sugieren López, Jemio y Chuquimia –dice Fernando Molina (2019, p. 33)- en Bolivia la práctica del estilo de vida de “alta sociedad” no es suficiente para que quienes ocupan situaciones de clase destacadas extiendan su dominio a los ámbitos social y político. Además, es necesario que ellos se “recreen” como blancos, lo que facilita la preeminencia de quienes son en verdad más o menos blancos –aunque desde una perspectiva estrictamente económica sólo lleguen a ser parte de las clases medias–, mientras que dificulta el enclasmamiento de quienes en verdad son cholos y en especial indígenas, una circunstancia que a la larga conserva insidiosamente el sistema de jerarquización étnica.

En el pasaje citado Molina parece ser quien define “quienes son en verdad” blancos e indígenas. Un criterio similar puede encontrarse en la observación que realiza Alison Spedding sobre la copia de una foto publicada en el Anexo de nuestro libro *Resurgimiento y caída de la gente decente*:

La única otra evidencia ofrecida para la supuesta composición racial blanca de dicho grupo, es la colección de fotos de la promoción del Colegio La Salle, Cochabamba, de 1953 (Anexo IV, 340), unidad educativa privada de élite donde estudiaron varios

componentes de su objeto de estudio. La reproducción es en blanco y negro y de reducido tamaño, así que es difícil percibir los rasgos de los fotografiados, aunque para mi vista no tienen un color de piel uniforme, algunos aparentan ser más morenos que otros y no distingo uno solo que yo llamaría rubio. (Spedding, 2019, p. 79).

En este pasaje al parecer lo relevante es cuán rubios o morenos son los fotografiados a los ojos de Spedding. Un juicio similar realiza sobre los campesinos desnudados en la ciudad de Sucre el año 2008, obligados por los ciudadanos a besar la bandera de Chuquisaca y a decir que Evo Morales era una “llama”; hecho usualmente referido como un claro ejemplo de humillación racista y registrado en las imágenes de televisión: “no hay diferencias notables de fenotipo –de color de piel, de la forma de los ojos, la nariz o los labios, de la textura o el color del cabello, de estatura– entre los agredidos y los agresores” (Spedding, 2013, pp. 115-116).

¿Quién define “quienes son *en verdad* más o menos blancos”; “quienes *en verdad* son cholos y en especial indígenas”? ¿El investigador omnisciente que todo lo ve y que se coloca por encima de los sujetos para definirlos? ¿Cuáles serían los indicadores “objetivos” para definir quien “es” y quien no “es” rubio, blanco, moreno, indígena?

En sentido estricto en nuestro estudio nosotros no aspiramos a dar cuenta de la “composición racial blanca” de la gente decente, sino de su *figuración étnica*. La referencia al fenotipo es relevante en tanto se relaciona con una manera específica de “verse en el mudo”; esto es, de representarse. Pero para Spedding, como para Molina, al parecer se trata de encontrar indicadores “objetivos” de la raza. En las fotos habrían “unos más morenos que otros” y ni un solo “rubio” dice Spedding; “no hay diferencias notables de fenotipo[...] entre agredidos y agresores” dice en su artículo de 2013. Por su parte, hay gente que es “en verdad” chola y blanca dice Molina. Parecen no advertir que no son los criterios de apreciación del investigador los relevantes, sino los criterios de apreciación de los sujetos.

El enfoque exógeno no es atribuible únicamente a los autores en cuestión. Usualmente los científicos sociales recurren a categorías exógenas para dar cuenta de la identidad social de los individuos que integran diversos colectivos de identificación: criollos, jailones, cholos, clase obrera, indígenas, mestizos, han sido categorías movilizadas para describir y comprender diversas entidades colectivas, muchas veces sin remitirse a los criterios que los principales interesados tienen al momento de definirse en el mundo (Orellana, 2016, Anexo II). Como sucedía con la sociología de los grupos profesionales en Francia a inicios de los años 80:

Para dotarse de objetos delimitados y palpables, la sociología de los grupos profesionales oscila regularmente entre dos procedimientos que por otro lado no son exclusivos de cada uno: Definir al grupo sobre el cual trata el estudio según una tipología formal construida según las necesidades de la investigación o tomar el objeto como se presenta con su nombre común y sus representaciones comunes y racionalizarlo buscando en el grupo un fundamento más allá del mismo, en las cosas, es decir, comúnmente, en la evolución técnica y en la división del trabajo, para darle una unidad substancial y contornos objetivos y precisos, lo que recuerda, como dice Wittgenstein, a tratar de encontrar la substancia detrás del substantivo (Boltanski, 1982, p. 49).⁶⁰

Éste es, por ejemplo, el proyecto de Molina, que procura buscar la situación de clase y el estatus étnico de la alta burguesía y la alta gerencia tras el substantivo de “jailones”, que por otro lado, a diferencia de los enfoques criticados por Boltanski, no corresponde a la auto-representación del grupo en cuestión, sino a la representación que tienen sobre éste los demás.

Es presumible que la categoría de “jailón” nos diga más sobre las formas en que, por ejemplo, la pequeña burguesía escolarizada y profesional establece criterios de diferenciación *vis-á-vis* la burguesía; la forma en que los pequeñoburgueses profesionales perciben al “otro”, antes que sobre el

60 Traducción nuestra

modo en que las categorías dominantes se perciben a sí mismas y buscan hacerse reconocer del modo en que se reconocen.

La contribución de Pierre Bourdieu a la clarificación de este problema es central y, por su relevancia, lo citamos *in extenso*:

La presencia o la ausencia de un grupo en el enclasmiento oficial depende de su aptitud para hacerse reconocer, para hacerse percibir y para hacerse admitir, y por consiguiente, para obtener, lo más a menudo a viva fuerza, un lugar en el orden social [...] los grupos dependen de las palabras que los designan: en efecto, el poder de imponer el reconocimiento depende de movilizarse –“proletariado”, “clase obrera”, “cuadros”– y por consiguiente para apropiarse un nombre común y comulgar con un nombre propio, y para movilizar así la fuerza que hace la unión, la que crea el poder unificador del nombre, de la consigna. (Bourdieu, 2000, p. 491).

Se trata de un proceso práctico de “enclasmiento” donde las luchas clasificatorias van de la mano del establecimiento de entidades colectivas objetivas (familias, comunidades, instituciones, sindicatos, asociaciones de interés); donde sus integrantes establecen criterios de membresía, de afiliación, en definitiva, una identidad social; un proceso de agregación práctica y de unificación simbólica (Boltanski, 1982) a través del cual la acción colectiva va *dándose* una morfología, objetivándose, instituyéndose, clasificándose y reconociéndose en un “nosotros”, en un “nombre”; esto, claro está, en condiciones socio-históricas particulares.

En el estudio de la etnicidad, este enfoque se inscribe parcialmente en la línea de los trabajos de Frederik Barth quien sostiene que las fronteras étnicas nacen y prosperan en la interacción: a través de la interacción los grupos toman consciencia de sí y sienten la necesidad de demarcar su pertenencia. La frontera étnica deviene de una línea divisoria entre un nosotros y un ellos. En vista de ello, la diferenciación se halla en el corazón de la etnicidad. El proceso de demarcación de las fronteras es

esencial para comprender las distintas identidades (Barth, 1969, p. 17, citado por Riaux, 2012, p. 26).

Estos procesos de diferenciación dan lugar a la formación de “comunidades de origen” que establecen criterios de afiliación en base al parentesco, la lengua, las costumbres en común asociadas a dichos criterios, y al fenotipo cuando se trata de configuraciones etno-raciales como en Bolivia.

Cabe objetarle a Barth que estos procesos no son únicamente interacciones simbólicas, sino también prácticas objetivas de diferenciación como los rituales (matrimonios, bautizos), que adquieren realidad concreta, preñada de sentido, en objetos como la vestimenta, obteniendo una regularidad independientemente de la interacción de individuos singulares. En el caso de las razas, por ejemplo, el propio cuerpo termina por adquirir la figura de un “objeto dado”, como muestra la clasificación racial descrita por Spedding (2013, p. 129) en el caso de los Estados Unidos, donde la autora observa la existencia de:

[t]ipologías desarrolladas que examinan no sólo el cabello y el color de la piel, sino la distribución del vello corporal (incluyendo la barba en los hombres), el color y forma de los ojos y los párpados, la nariz, los labios, la altura y la distribución de la masa corporal en términos de las proporciones relativas del torso, brazos y piernas y las formas de glúteos, panza y (en las mujeres) senos. Todos estos elementos son observados y sopesados –si bien se da más importancia a unos que a otros, según el contexto– para identificar los señales que delatan, o demuestran, la raza o razas que figuran entre los antepasados de la persona. Esto da lugar a una genealogía putativa que luego puede ser rastreada para comprobar una descendencia ventajosa, develar una descendencia vergonzosa que se buscaba ocultar, o borrada, negada o falsificada para ocultar lo deleznable y aspirar a lo ventajoso aunque no sea propio. Esta clasificación desarrollada y casi naturalizada asume el status de un

habitus, sobre todo en los EE.UU., siendo lo que permite que los informes policíacos sobre –por ejemplo– el levantamiento de un cadáver, siempre empiezan con la clasificación racial del individuo, seguido por el sexo, luego la edad aproximada, y después los demás elementos del caso. Esta clasificación se hace en base a la inspección, sin necesidad de saber siquiera el nombre o el apellido y mucho menos quiénes eran los antepasados de esa persona.

La raza deviene una realidad concreta preñada de sentido, donde el cuerpo, los rasgos físicos, la textura del cabello, el tono de la piel, llegan a adquirir el significado de “indicadores inconfundibles” de la raza, inscritas dentro de una nomenclatura, no sólo socialmente aceptada, sino también oficialmente reconocida por las instituciones del Estado. La raza ha devenido realidad social que hoy es incluso clasificada biológicamente rastreando el árbol genético de cada individuo, de donde resulta que, incluso aun cuando un individuo no esté de acuerdo con la tipificación racial que se le imputa, “es” eso que oficialmente y biogenéticamente se dice que *es*, debido a los efectos de la bio-política, la dominación estatal y la violencia simbólica.

Esto, sin embargo, no debe llevar a asumir que los hechos sociales tienen una existencia independiente de la conciencia y la práctica de los individuos, en general, como parece presuponer Molina, des-socializando así los hechos. Los hechos *sociales* no son como los hechos físicos, son prácticas social e históricamente condicionadas e intersubjetivamente definidas. De ello se deriva que es equivocado proponer un enfoque de clase y de estatus étnico abstrayendo *tout-court* de la práctica y la experiencia de los sujetos.

Una confusión similar expresa, a nuestro juicio, Spedding cuando en su artículo de 2013 muestra su preocupación por encontrar indicadores “objetivos” de racismo en Bolivia que de alguna manera contribuyan a su tipificación jurídica de un modo “objetivo”. Que lo hagan los policías,

como muestra Spedding en el caso de las razas en los Estados Unidos, no significa que los sociólogos y los antropólogos debamos definir de igual modo nuestro objeto de estudio; básicamente porque la naturaleza del objeto para un cientista social es distinta de lo que es para un jurista o un policía. En los Estados Unidos un policía describe a una “víctima de raza negra”, de un modo estrictamente exógeno. Por el contrario, lo que un cientista social ve ahí es que el policía lleva internalizado un principio de clasificación del mundo que condice con un particular modo de dominación, instituido en la Policía y objetivado en la sociedad norteamericana jerarquizada según categorías raciales y de clase.

El estudio de las formaciones sociales (de clase, de etnia, de raza por ejemplo) no es el equivalente a una física social (Bourdieu, 1980), sino un estudio de la objetivación de la práctica concreta, de la externalización de la acción, de la exogénesis,⁶¹ y, por tanto, del sentido subjetivo y de las razones sociales que dicha acción conlleva; en síntesis, de la praxis.

Marx describió muy bien este proceso de objetivación de la acción en los *Grundrisse* cuando analizó la génesis de la propiedad:

La propiedad, en tanto es sólo el comportamiento consciente –y puesto para el individuo por la entidad comunitaria y proclamado y garantizado como ley– con las condiciones de producción como con condiciones suyas y en tanto la existencia del productor aparece como una existencia dentro de las condiciones objetivas a él pertenecientes, sólo se efectiviza a través de la producción misma. La apropiación efectiva no ocurre primeramente en la relación pensada con estas condiciones, sino en la relación activa, real, el poner efectivo de éstas como las condiciones de su actividad subjetiva. Pero, en consecuencia, queda al mismo tiempo claro que estas condiciones se modifican. A través de la caza que las tribus llevan a cabo, una región llega a convertirse en distrito de caza; a través

61 Es una metáfora que alude a la exteriorización de la práctica y que ha sido sacada de una canción de Muse que lleva el mismo nombre.

de la agricultura el suelo, la tierra, es puesta por primera vez como prolongación del cuerpo del individuo (Marx, 1985, p. 454).

A diferencia de lo que usualmente se interpretó dentro del marxismo vulgar, Marx no entiende la propiedad de un modo exclusivamente objetivista, sino como un proceso práctico de apropiación. El proceso originario, primordial de la apropiación de los medios de producción, es el acto mismo de la producción. Originariamente, esto es, en las entidades comunitarias, la propiedad deviene del mismo proceso de trabajo. Aquí, quien dispone de un medio de trabajo de modo práctico en el terreno de la producción; quien produce, deviene propietario, en tanto los objetos de la naturaleza devienen propiedad a través de su uso productivo. Sujeto y objeto de la producción se transforman a través del acto productivo, adquieren una cualidad nueva:

En el acto mismo de la producción no sólo se modifican las condiciones objetivas, p.ej. la aldea se vuelve ciudad, la tierra inculca campo despejado, etc. sino que también se modifican los productores, en tanto despliegan nuevas cualidades, se desarrollan a sí mismos a través de la producción, se transforman, construyen nuevas fuerzas y nuevas representaciones, nuevos modos de interrelación, nuevas necesidades y nuevo lenguaje. (Marx, 1985, p. 455).

Originariamente, la propiedad es una consecuencia del proceso de apropiación inherente al proceso de trabajo. El proceso de trabajo es un proceso de apropiación de las condiciones de producción:

El hombre se enfrenta a la materia natural misma como un poder natural. Pone en movimiento las fuerzas naturales que pertenecen a su corporeidad, brazos y piernas, cabeza y manos, a fin de apoderarse de los materiales de la naturaleza bajo una forma útil para su propia vida. Al operar por medio de ese movimiento sobre la naturaleza exterior a él y transformarla, transforma a la vez su propia naturaleza. Desarrolla las potencias que dormitaban en ella y sujeta a su señorío el juego de fuerzas de la misma (Marx, 1985b, p. 222).

Ahora bien, este “apoderarse”, “enseñorearse” de los materiales de la naturaleza, además de ser un proceso práctico y objetivo, es incomprensible fuera del sentido humano, de la acción teleológica inherente a la actividad laboral. El trabajo es una acción orientada a un fin, o sea, también tiene un sentido subjetivo. Desde esta perspectiva, para comprender los modos en que la actividad laboral es a la vez apropiación objetiva, resulta crucial captar el sentido subjetivo que emerge de la propia actividad laboral.

La acción orientada a un fin, el trabajo, a la vez que se objetiva en un objeto útil, un valor de uso, modifica al productor. En palabras de Marx, la “modificación de los productores” implica el surgimiento de “nuevas representaciones” y “un nuevo lenguaje”. De la actividad laboral emergen nuevas “categorías de pensamiento” (Bourdieu, 2000) que delimitan simbólicamente la condición de pertenencia de un determinado objeto o espacio. El surgimiento de nuevas representaciones atañe a las “categorías de pensamiento” y delimitan simbólicamente una propiedad. Se trata de la “apropiación” subjetiva del objeto, por parte del sujeto: “Propiedad significa[...] originariamente –y lo mismo en su forma asiática, eslava, antigua, germánica– comportamiento del sujeto que trabaja (productor) (o que se reproduce) con las condiciones de su producción o reproducción como con algo suyo” (Marx, 1985, p. 456). De este modo, la propiedad es el resultado de un proceso activo de “apropiación”, que modifica simultáneamente el objeto y el sujeto de dicha acción: el sujeto deviene “propietario”, en tanto el objeto deviene “propiedad”. En palabras de Sartre (2004), se trata de un proceso de externalización de lo interior, y de internalización de lo exterior.

Así, la “propiedad” llega a parecer una entidad naturalizada, como si fuera inherente a la persona: “Propiedad no significa entonces originariamente sino el comportamiento del hombre con sus condiciones naturales de producción como con condiciones pertenecientes a él, suyas, presupuestas junto con su propia existencia” (Marx, 1985, p.

452). Además de la dimensión material, práctica y legal de la propiedad, el sujeto mismo define al objeto como algo “suyo”, que “le pertenece”; esto es, que la propiedad también se define en términos subjetivos, “representados”. Esta interpretación abre el camino para la utilización de un enfoque de tipo cualitativo sobre la apropiación de los medios de producción y de los productos del trabajo humano.

La clave del análisis de los fundamentos materiales de las formaciones clase es precisamente el *proceso práctico de apropiación*; por un lado, de medios y condiciones de producción; y, por otro, *apropiación* de los productos del trabajo humano. De ambos procesos los apropiadores devienen en *propietarios* y los productos apropiados en *propiedad*.

Según Marx, cuando surge una apropiación *privada* de estos medios y condiciones de producción y cuando un grupo de personas se *apropia* del producto generado por el trabajo ajeno (explotación) el proceso de producción termina escindiéndose entre: por un lado, quienes poseen/controlan los medios/condiciones de producción y se apropian de un excedente a expensas de los productores directos, frente a los trabajadores explotados, por otro lado, es decir, entre explotadores y explotados.

Este proceso no es únicamente material, sino a la vez sociocultural, como demostraron Thompson y Boltanski. Una *formación clase* es un proceso activo (Thompson, 2002) de agregación/separación *práctica* y de unificación/diferenciación inter-subjetiva, simbólica (Boltanski 1982, pp. 51-52), que deriva en el reconocimiento de un “nosotros” frente a un “ellos”; proceso que, como ya indicamos, se origina en el seno de relaciones de *apropiación* de medios y condiciones materiales de producción, y de *apropiación* de un excedente a expensas de los productores directos, de explotación (De Ste. Croix, 1988). Pero no se agota ahí. La configuración de organizaciones, de asociaciones, de clubes, de entidades colectivas que representan intereses sociales particulares con respectivos criterios de membresía, van delimitando las fronteras sociales que, a la vez que integran y unifican a ciertos colectivos de individuos, los separan de, y oponen a, otros colectivos de individuos.

En tanto las fronteras etno-raciales prácticas, objetivas y simbólicas devienen de, y derivan en, interacciones conflictivas de tipo cultural donde se tematiza el fenotipo, la lengua, la vestimenta, las relaciones de parentesco (Barth, 1969, citado por Riaux, 2012 p. 26); la lucha por la apropiación de los productos del trabajo humano es el modo de existencia de las clases sociales, ahí se modelan sus morfologías, sus “intereses materiales” y se configuran sus identidades sociales: las clases sociales son grupos sociales, en el sentido de Boltanski (1982), que adquieren forma en el antagonismo social fundamental que confronta a los explotadores con los explotados.

3. Formaciones clase y etnicidad

Dicho esto, ¿cómo se relacionan formaciones clase y etnicidad en Bolivia? Al respecto, Fernando Molina indica que nosotros establecemos una vinculación mecánica entre ambas. Según el autor confundimos –“revuelve la clasificación entera” dice– la clase con el grupo de estatus étnico:

[H]ablar de clase-etnia esconde el hecho –por cierto importante– de que las clases son “ensambles” relativos y móviles, mientras que las etnias, sin ser fenómenos naturales –ya que como hemos visto son susceptibles de “recreación”–, son sin embargo, como dice Weber, “comunidades”, esto es, más sustantivas y perdurables que las clases [...] Para refutar a Orellana, podemos decir que aunque no encontramos ningún indígena en la cúpula social, en cambio sí hallamos muchos jailones, miembros de pleno derecho del grupo de estatus superior, fuera de las clases más elevadas de la sociedad –alta burguesía y alta gerencia–. No es admisible, por tanto, fusionar ambas categorías. (Molina, 2019, p. 36).

No es que las fusionemos teóricamente, sino que esos aspectos de la realidad existen así, fusionados prácticamente. Nuestro concepto simplemente busca dar cuenta de esta realidad. En Bolivia el proceso de

diferenciación de clases sociales se ha dado sin disolver las comunidades étnicas de aimaras, quechuas, mestizos, blancos, blanco-mestizos, indo-mestizos (llamados cholos). De ahí que distintas clases sociales integren las mismas comunidades étnicas, diferenciándose a partir de su distinta posición en las relaciones sociales de producción, pero preservando una unidad social y simbólica en términos étnicos. En vista de ello, existen como clases-etnia (distintas clases que forman parte de una etnia). La *gente decente*, por ejemplo, es una constelación social de familias donde se integran distintas clases sociales unificadas en torno a un imaginario blanco-mestizo.

En esa constelación social los capitalistas blanco-mestizos (una clase-etnia dominante) ejercen la dirección intelectual y moral de la etnia. O sea, las clases sociales se disputan la dirección intelectual y moral de las comunidades étnicas, dándoles un contenido de clase particular a los conflictos inter-étnicos. En vista de ello, el concepto de clases-etnia, lejos de ocultar, más bien permite visibilizar el tipo de proceso que aquí se desarrolla.

En la medida que una clase que integra una comunidad étnica desarrolla una política de clase propia, se configura como una clase-etnia (en singular) que, si bien preserva su afiliación étnica, se distingue como clase. La burguesía blanco-mestiza, hegemónica en el seno de la etnia decente, llegó a desarrollar un proyecto político neoliberal en Bolivia durante los años 90 (Orellana, 2016), el proletariado minero mestizo durante la Asamblea Popular de 1970, el campesinado aimara a fines de los años 70 a través del movimiento indianista-katarista (Rivera, 1986), los campesinos cocaleros indo-mestizos durante el gobierno de Evo Morales desde 2006, los trabajadores aimaras de la ciudad de El Alto durante la guerra del gas de 2003, son muestras claras de cómo estas clases desarrollaron políticas propias preservando los contornos de su comunidad e identidad étnica de origen.

Estos procesos dinámicos y dialécticos configuran un ordenamiento de clases-etnias, igualmente dinámico y dialéctico, en el que las clases

sociales se posicionan jerárquicamente en la sociedad, según distintas modalidades de privilegio, que tienen que ver, además del status étnico (Molina, 2019), con la capacidad de apropiación del excedente económico.

En este proceso, la burguesía y la pequeña burguesía blanco-mestiza –la *gente decente*– ocuparon los espacios más altos de la división social del trabajo, y hasta el ascenso del MAS al gobierno, controlaron las instituciones del Estado boliviano. Como analizamos en el ensayo precedente, una pequeña burguesía (pequeños patrones) aimara y quechua e indo-mestiza (cholos), con pretensiones de aburguesamiento, desplazaron a la *gente decente* del gobierno, inaugurando una contradicción con el ordenamiento etno-clasista de la sociedad boliviana, donde antes imperaba la *gente decente*, pero a la vez, donde los trabajadores urbanos y los campesinos aimaras y quechuas seguían ocupando los espacios jerárquicamente inferiores de la división social del trabajo.

Este régimen estalló en octubre-noviembre de 2019 y hoy, la *gente bien* de Oriente, sucesora de la *gente decente*, está de retorno en pos de reproducir sus privilegios en la esfera del poder político. Esta breve referencia nos permite introducir el planteamiento de que la lucha de clases es el motor de la etnicidad en Bolivia, proceso que acontece como lucha entre clases-etnias. De ahí la importancia de ver esta relación inmediata entre clase y etnia como formación clase-etnia.

En tanto Fernando Molina observa que revolvemos clase y etnia en un mismo saco conceptual, Alison Spedding observa que todo el argumento de nuestro libro podría permanecer en pie eliminando el término de etnia. Según la antropóloga, todas nuestras evidencias se remiten estrictamente a la clase social, sin que presentemos datos relevantes sobre la existencia de una configuración étnica que vaya de la mano de la clase social. Por tanto, el concepto de etnia quedaría sobrando.⁶²

62 Conferencia: “Élites tradicionales hegemónicas y nuevas élites en Bolivia” (Spedding y Orellana, 2019).

Pero si se realiza una lectura más atenta de nuestro libro, aparece con claridad la configuración del imaginario blanco-mestizo y europeizado de la gente decente. Él mismo se abre con el fragmento de una entrevista a un ex Ministro de Gonzalo Sánchez de Lozada como epígrafe en el que contrapone su condición de “blancoide” del Oriente boliviano, al olor de los campesinos que le resultaba insoportable.

La propia definición del objeto de estudio en la introducción se abre con la representación de la gente decente frente al *indio*. Cuando en el primer capítulo analizamos la representación de la antigua gente decente, nos detenemos en el imaginario racial blanco de la gente decente que nos refieren Arguedas, Marof, Lara. En el apartado referido a los orígenes culturales vemos que estas personas ven sus antecedentes familiares como originariamente europeos. A lo largo de todo el trayecto de nuestros entrevistados que aparece en los distintos capítulos se va mostrando la configuración de la identidad blanco-mestiza y de la xenofilia, particularmente en el capítulo III donde analizamos la renovación oligárquica, xenofilia que es también *amor a la exis corporal europea y blanca*.

Al respecto, la crítica de Spedding sólo se limita al apartado de la configuración étnica de la gente decente del capítulo IV, donde no se percata de la larga cita de un pasaje de la entrevista a Ana María Romero de Campero. Allí la entrevistada describe con orgullo su apellido de origen irlandés y la fisonomía de “gringote” de su abuelo Pringle Mac Donald. Ana María Romero de Campero hablaba con orgullo de la fisonomía rubia de su abuelo.

Reconocemos que una de las limitaciones de nuestro estudio, subrayada por Spedding, reside en no mostrar, a la manera antropológica, las redes de parentesco, las estrategias matrimoniales, las alianzas entre familias, los rituales y los espacios sociales donde la *gente decente* entreteje sus lazos comunitarios y su solidaridad étnica (bautizos, fiestas de cumpleaños, matrimonios) –limitación reconocida en el mismo estudio en el apartado sobre la configuración étnica de la burguesía. Pero si

bien aquí la fisonomía de la etnia está *incompleta*, no se halla ausente; y, los datos que se presentan, son a juicio nuestro, suficientes como para señalar la configuración de una representación etnoracial entre la *gente decente*.⁶³

4. La representación social de la antigua *gente decente*

Una de las críticas realizadas por Alison Spedding a nuestro trabajo, se refiere al empleo que hacemos de las novelas como fuente de información sociológica. Por ejemplo cuando citamos *in extenso* un pasaje de la novela de Alcides Arguedas, *Raza de bronce*,⁶⁴ donde dos de sus personajes, unos jóvenes patrones, definen a la *gente decente*. La antropóloga observa:

[S]e lo analiza como representando las actitudes o conceptos sobre la clase social en la Bolivia del temprano siglo XX; es decir, se toma al pie de la letra la aseveración de Arguedas referente a sus fuentes y se descarta el hecho de que el texto es al fin una novela, es decir, una ficción. No discute los motivos por haber plasmado estas expresiones en forma de una ficción: si reproducen la “verdadera

63 La misma Spedding reconoce la existencia de las representaciones étnicas cuando indica que: “el esquema de tres razas [blanco, mestizo e indígena] tiene una sedimentación profunda en la ideología boliviana al nivel de la vida cotidiana” (Spedding, 2013, p. 36).

64 “[El indio] puede sin duda, [pensaban los jóvenes patrones,] cambiar de situación, mejorar y aún enriquecerse; pero sin salir nunca de su escala, ni trocar, de inmediato, el poncho y el calzón partido, patentes signos de su inferioridad, por el sombrero alto y la levita de los señores. El indio que se refina, tórname aparapita (cargador) en La Paz o mañazo (carnicero). Si todavía asciende en la escala, truecáse en cholo con su distintivo de la chaqueta; pero jamás entra, de hecho, en la categoría denominada ‘decente’. Para llegar a la decencia, tiene que haber lucha de dos generaciones o entrevero de sangre, como cuando un blanco nada exigente o estragado encasta con una india de su servidumbre, adopta los hijos, los educa, y con la herencia de bienes, les lega su nombre, cosa que por lo rara se hace casi inverosímil. Sólo el cholo puede gozar de este privilegio. El cholo adinerado pone a su hijo en la escuela y después en la universidad. Si el hijo sobresale en los estudios y opta el título de abogado, entonces defiende pleitos, escribe en periódicos, intriga en política, y puede ser juez, consejero municipal y diputado. En ese caso y en mérito de la función, trueca de casta y se hace ‘decente’. Y para firmar esta categoría, reniega de su cuna y llama cholo, despectivamente, a todo el que odia, porque, por atavismo, es tenaz y rencoroso en sus odios. Y de decente y diputado, puede llegar a senador, ministro y algo más, si la situación le es propicia” (Arguedas, 1978, p. 81).

realidad” ¿por qué no las plasmó en forma de crónica, reportaje un otra de no ficción entonces? ¿Qué relación hay entre los personajes ficticios cuyo discurso sobre el indio y sobre el cholo se cita, e individuos reales que habrían expresado esas opiniones en qué ocasión real? (Spedding, 2019, p. 70).

Nuestra referencia a la novela de Arguedas se hace en el apartado *Condición y representación de la antigua gente decente*; y la cita de dicho pasaje nos sirve, precisamente para comprender, valga la redundancia, la configuración de la *representación* de la gente decente durante las primeras décadas del siglo XX; o sea, un principio de clasificación del mundo que establecía quienes eran, y quienes no, *percibidos* como *decentes*. En la medida que las categorías de pensamiento expresan formas del ser, condiciones de existencia, como dice Marx, las categorías de pensamiento representadas en la novela realista *Raza de bronce*, nos sirven para conocer un modo de representación sobre un grupo social, la *gente decente*, del principal intelectual de la antigua oligarquía de las primeras décadas del Siglo XX, Alcides Arguedas. La clasificación que aparece en *Raza de bronce*, expresa el criterio realista indigenista de Arguedas.

Esta información, claro, para generalizarse, debe contrastarse con fuentes adicionales. En nuestro trabajo triangulamos esa referencia con otras, como la de los propios trabajos históricos de Arguedas, los ensayos de Tristan Marof, Medinacelli, la novela *Yanakuna* de Jesús Lara y el propio testimonio de Ana María Romero de Campero (citado en la introducción), nacida en 1941, que se refiere a su círculo escolar de los Sagrados Corazones de Jesús como el de la *gente decente*. Estas distintas fuentes nos permiten identificar su *representación* de antigua *gente decente*; y la relacionamos con la condición de clase de los grandes propietarios de tierras, de minas y de las categorías profesionales, a quienes se remite significativamente dicho criterio de clasificación, y de quienes proporcionamos datos estadísticos al inicio del mencionado apartado.

Existen antecedentes clásicos sobre esta forma de empleo de las ficciones. Es el caso de *Las palabras y las cosas* de Michel Foucault (1968) donde el autor, precisamente en el Capítulo III que se denomina *Representar*, identifica en la obra clásica *Don Quijote de la Mancha* de Cervantes, la *episteme* de la identidad y la diferencia, característica del siglo XVII; o sea, una modalidad del saber que realmente existió en ese período.

Foucault, claro está, no se queda sólo con la referencia del Quijote, triangula esta fuente con otras, como la filosofía de Descartes. Es decir, cruza la información que obtiene del Quijote con la filosofía cartesiana, demostrando que dicha modalidad del saber también aparecía en las ficciones.

En el caso de nuestro estudio, la referencia a los criterios de clasificación de Arguedas debe evaluarse en el marco de un trabajo de triangulación, que relaciona la representación social y el imaginario de la *gente decente* que aparece en las novelas indigenistas, con los hechos que aparecen en ensayos, testimonios y datos estadísticos sobre la época, procurando visibilizar la unidad inter-subjetiva, práctica y objetiva de la *gente decente*.

Reflexiones finales

Durante décadas los científicos sociales bolivianos hemos estado habituados a pensar las entidades colectivas desde fuera de las mismas, ya sea recurriendo a una nomenclatura conceptual que aspira a fijar en el pensamiento los límites precisos de su estructura –la clase obrera, por ejemplo, sería estrictamente definida a partir de su relación con los medios de producción– o recurriendo a categorías endógenas de pensamiento que los integrantes de un grupo utilizan para definir a los integrantes de otro grupo –jailones, cholos, cholas, mestizos, blancos, indios, indígenas, k´aras por ejemplo. En uno u otro caso se trata de miradas desde fuera, desvinculadas de la experiencia y la práctica cotidiana de las personas en nombre de las cuales hablamos denominándolas según criterios ajenos a los suyos.

La elección de denominar al grupo tal como lo denominan otros grupos, antes que otorgarnos datos que permiten comprenderlo, más bien nos otorga información relevante de cómo los “otros” delimitan sus fronteras sociales y simbólicas frente a él. Jailón, indio, cholo, k’ara, lari, t’ara, albaco, blancoide, mestizo, antes que categorías *de los miembros del grupo*, son categorías que permiten comprender como “otros” los perciben, categorías fronterizas configuradas por la misma lucha de clases. De ahí que el mejor modo de estudiar la configuración de la identidad de las clases, de las etnias, de los grupos, es en el antagonismo social, en la lucha, en el conflicto, en la interacción; es decir, en la disputa de aquéllos que, por ejemplo, reniegan del calificativo de cholos y que más bien encuentran su dignidad en ser mestizos; de aquéllos que rechazan el calificativo de indios y se afirman como aimaras; de quienes dicen ser decentes y no cholos; de quienes dicen ser trabajadores de la construcción, y no *albacos*; de quienes dicen ser campesinos indígenas y no indios. Es en la lucha por la definición legítima de uno en el mundo donde se configura la identidad social, la conquista de un sustantivo donde uno o una reconoce su dignidad y aspira a ser reconocido o reconocida por los demás.

A nuestra manera de ver, uno de los desafíos del conocimiento científico reside precisamente en auscultar la mediación entre estos procesos activos y las condiciones sociales. Una categoría émica es a la vez el resultado de la asimilación de una condición social objetiva –un determinado estado de las fuerzas– a través de la experiencia práctica, y exteriorización de una disposición subjetiva a través del lenguaje. Las categorías émicas, en la medida que son principios de percepción y clasificación del mundo, constituyen la expresión simbólica de la disposición subjetiva que deriva de dicha experiencia, expresan *habitus*. En la medida que categorías como mestizo, gente decente, aimara, trabajador, campesino, blanco, negro, rubio, jovero, moreno, cambia, quechua, intercultural, campesino-originario han devenido maneras de reconocerse y de ser reconocidos en el mundo, son “la punta del ovillo” desde donde uno puede comenzar a desenredar la madeja intersubjetiva, práctica y objetiva de

las clases sociales y de la etnicidad en Bolivia.

Como sugería Boltanski, el problema que las categorías émicas de auto-identificación plantean a las ciencias sociales, es el de la existencia de los colectivos que se auto-identifican enunciándolas. Las categorías expresan formas del ser, condiciones de existencia. En vez de colocarnos como científicos soberanos prestos a desdecir a los propios sujetos, negando su identidad social del modo en que, por ejemplo, García Linera negaba la identidad mestiza (IV.1), de lo que se trata es de ir a buscar en la práctica, como aconsejaba Marx, la terrenalidad y el poderío de las categorías de auto-identificación.

Bibliografía

Aillón, Tania (2012). Acumulación de capital en el sector industrial: El caso de alimentos y bebidas. En *Búsqueda. Revista Semestral*, N°40, semestre II. Cochabamba: IESE.

Aillón, Tania (2014). Estado plurinacional y acumulación originaria de capital en sectores estratégicos de desarrollo del capitalismo andino-amazónico. En *Búsqueda. Revista semestral*, N°44, semestre II. Cochabamba: IESE.

Almaraz, Sergio (1980). *El poder y la caída. El estaño en la historia de Bolivia*. La Paz: Los amigos del libro.

Almaraz, Sergio (2009). Réquiem para una república. En Sergio Almaraz. *Obra completa*. La Paz: Plural.

Arguedas, Alcides (1969). *Pueblo enfermo*. La Paz: América.

Arguedas, Alcides (1978). *Raza de bronce*. La Paz: Juventud.

Barragán, Rossana (2009). Categorías e identidades en permanente definición. En Denisse Arnold (comp.), *¿Indígenas u obreros? La construcción política de identidades en el Altiplano boliviano*. (pp. 206-240). La Paz: UNIR.

Bobbio, Borberto (1989). *Liberalismo y democracia*. México : Fondo de Cultura Económica.

Bolaño, Roberto (2017). 2666. Barcelona: Debolsillo.

Boltanski, Luc (1982). *Les cadres, la formation d'un groupe social*. París: Les Editions de Minuit.

Borón, Atilio (2003). *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

Bourdieu, Pierre (1980). *Le sens pratique*. Paris: Les éditions de minuit.

Bourdieu, Pierre (2000). *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*. Madrid: Taurus.

Bourdieu, Pierre, Chamboredon, Jean-Claude, Passeron, Jean-Claude (2002). *El oficio del sociólogo*. México: Siglo XX.

Campanini, Jorge (s.f.). *Dependencia de los capitales chinos en América Latina y en Bolivia*. Cochabamba: CEDIB.

Castro, Luis F. (2016). *Obreros fluctuantes frente a la dominación laboral. El caso de la refinería Gualberto Villaroel en Bolivia*. La Paz: Muela del diablo.

Corrigan, Philip y Sayer, Derek (2017). El gran arco: la formación del Estado inglés como revolución cultural. En Pablo Sandóval. *Las máscaras del poder, estado, etnicidad y nacionalismo*, Serie Ideología y política, 53. Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Demelas, Marie-Danielle (1981). Darwinismo a la criolla: El darwinismo social en Bolivia, 1880-1910. En *Historia boliviana 1/2*. La Paz: s.e.

De Saint Croix, G.E.M. (1988). *La lucha de clases en el mundo griego antiguo*. Barcelona: Crítica.

Dieckoff, Alain y Jaffrelot, Christophe (2006). *Repenser le nationalisme. Théories et pratiques*. París: Science Po.

Fernández, Florestán (1985). Problemas de conceptualización de las clases sociales en América Latina. En Raúl Benítez (coord.). *Las clases sociales en América Latina*. México: Siglo Veintiuno.

Field Jr., Thomas (2016). *Minas, balas y gringos. Bolivia y la Alianza para el Progreso en la era de Kennedy*. La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Centro de Investigaciones Sociales.

Foucault, Michel (1968). *Las palabras y las cosas*. México: Siglo XXI.

Foucault, Michel (2005). *El orden del discurso*. Buenos Aires: Fábula, Tusquets.

- Gellner, Ernest (1989). *Nations et nationalisme*. París: Payot.
- Geertz, Clifford (1994). *Conocimiento local. Ensayos sobre la interpretación de la culturas*. Barcelona: Paidós.
- Geertz, Clifford (2003). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- González, Pablo (2006). *El colonialismo interno*. Buenos Aires: CLACSO.
- Grebe, Horst (1983). El excedente sin acumulación. La génesis de la crisis económica actual. En René Zavaleta (comp.). *Bolivia hoy*. México: Siglo veintiuno.
- Hernández, Juan Luis y Salcito, Ariel (comps.) (2007). *La revolución boliviana: documentos fundamentales*. Buenos Aires: Newen mapu.
- Huntington, Samuel (1968). *Political order in changing societies*. New Haven: Yale university press.
- Justo, Liborio (2007). *Bolivia: La revolución derrotada*. Buenos Aires: RyR.
- Kosic, Karel (1990). *Dialéctica de los concreto*. México: Grijalbo.
- Laserna, Roberto y Villarroel, Miguel (2013). *43 años de conflictos sociales en Bolivia: enero de 1970 – diciembre de 2012. Descripción general y por períodos gubernamentales*. Cochabamba: CERES.
- Lavaud, Jean Pierre (1998). *El embrollo boliviano. Turbulencias sociales y desplazamientos políticos (1952-1982)*. La Paz: CESU, IFEA, Hisbol.
- Lenin, Vladímir (1962). El derecho de las naciones a la autodeterminación. En Vladímir Lenin. *Obras Escogidas en tres tomos. Tomo I*. Moscú: Progreso.
- Lora, Guillermo et.al. (1979). *Sindicalismo del magisterio*. La Paz: Masas.
- Lora, Guillermo (1992). *Liberación de las naciones oprimidas. Cinco siglos de represión ¡Basta!* La Paz: La colmena.

Lorini, Irma (2006). *El nacionalismo en Bolivia de la pre y postguerra del chaco (1910 – 1945)*. La Paz: Plural.

Malloy, James (1989). *La revolución inconclusa*. La Paz: CERES.

Martin, George (2011). *Juego de tronos*. México: Gigamesh.

Marshall, Thomas y Bottomore, Tom (1991). *Ciudadanía y clase social*. Madrid: Alianza.

Mariátegui, José (1928). *7 Ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Biblioteca Amauta.

Marx, Karl (1973). El 18 brumario de Luis Bonaparte. En Marx, Karl y Engels, Friedrich, *Obras escogidas*, Tomo I. Moscú: Progreso.

Marx, Karl (1974). Tesis sobre Feuerbach en el apéndice a la *Ideología alemana*. Barcelona: Grijalbo.

Marx, Karl (1985). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) I*. México: Siglo XXI.

Marx, Karl (2000). *Contribución a la crítica de la economía política*. México: Siglo veintiuno.

Marx, Carlos y Engels, Federico (2019). *El manifiesto del partido comunista*. Madrid: Verbum.

Merton, Robert K. (1970). *Teoría y estructura sociales*. México: Fondo de Cultura Económica.

Molina, Fernando (2019). *Modos del privilegio. Alta burguesía y alta gerencia en la Bolivia contemporánea*. La Paz: Vice-presidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, CIS.

Ministerio de Desarrollo Productivo y Economía Plural (2016). *Resultados de la Encuesta Anual de Unidades Productivas 2015*. La Paz: Ministerio de Desarrollo Productivo y Economía Plural.

Orellana, Lorgio (2003). *La clase obrera. Su determinación económico-social y su mistificación*. La Paz: Plural, PROMEC.

Orellana, Lorgio (2006). *Nacionalismo, populismo y régimen de acumulación en Bolivia. Hacia una caracterización del gobierno del MAS*. Coyuntura N° 11. La Paz: CEDLA.

Orellana, Lorgio (2010). ¿Quién manda en el sector de hidrocarburos? En *Búsqueda, Revista Semestral*, Año 20, N°36, Semestre II. Cochabamba: IESE.

Orellana, Lorgio (2011). The national question and the autonomy of the state in Bolivia. En Sam Moyo y Paris Yeros (editores). *Reclaiming the nation: the return of the national question in Africa, Asia and Latin America*. London: Pluto Press.

Orellana, Lorgio (2016). *Resurgimiento y caída de la gente decente. Un sendero en la formación de una clase-etnia dominante en Bolivia (1940-2003)*. La Paz: Muela del diablo.

Orellana, Lorgio (2019). La configuración de una nueva clase trabajadora aimara en la ciudad de El Alto entre los años 80 e inicios del nuevo milenio. En Jhonny Ledezma (coord.). *Memoria encuentro de investigadores "Avances y desafíos de la investigación en ciencias sociales en Cochabamba"*. Cochabamba: INCISO-FACSO-UMSS.

Orwell, George (2015). *Rebelión en la granja*. Buenos Aires: Debolsillo.

Plata, Wilfredo (2008). El discurso autonomista de las élites de Santa Cruz. En Ximena Soruco (coord.). *Los barones del Oriente. El poder en Santa Cruz ayer y hoy*. Santa Cruz de la Sierra: Fundación Tierra.

Quijano, Aníbal (2000). Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina. En Edgardo Lander (comp.). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: CLACSO.

Reinaga, Fausto (2010). *La revolución india*. La Paz: La mirada salvaje.

Riaux, Gilles (2012). *Ethnicité et nationalisme en Iran. La cause azerbaïdjanaise*. Paris: Karthala.

Rivera, Silvia (1986). *Oprimidos pero no vencidos. Luchas del campesinado aimara y qhechwa de Bolivia 1900- 1980*. Ginebra: Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social.

Rivera, Silvia (1993). La Raíz: colonizadores y colonizados. En Xavier, Albó y Raúl Barrios (coord.). *Violencias encubiertas en Bolivia*. La Paz: CIPCA, ARUWIYIRI.

Romano, Silvia, Lajtman, Tamara, García, Anibal y Tirado, Arantza (2019). *EE.UU y la construcción del golpe en Bolivia*. Celag.org.

Rubio, Matías (2017). Guillermo Lora Escóbar (1922-2009). Una aproximación desde las áreas culturales del marxismo latinoamericano. *Revista de la Biblioteca y Archivo Histórico de la Asamblea Legislativa Plurinacional*. Vol. 11. N° 48. 9-22.

Salazar, Carlos (1984). *¡Warisata Mia! Y otros artículos polémicos*. La Paz: Amerindia.

Salazar, Carlos (1992). *La "Taika": teoría y práctica de la Escuela-Ayllu*. La Paz: Juventud.

Salinas, Maximiliano (2001). *El reino de la decencia*. Santiago: LOM.

Sanjinés, Javier (2005). *El espejismo del mestizaje*. La Paz: Embajada de Francia, Instituto Francés de Estudios Andinos, PIEB.

Sartre, Jean Paul (2004). *Crítica de la razón dialéctica Tomo I*. Buenos Aires: Losada.

Sivak, Martín (2005). *El dictador elegido. Biografía no autorizada de Hugo Banzer Suárez*. La Paz: Plural.

Sivak, Martin (2008). *Jefazo. Retrato íntimo de Evo Morales*. Santa Cruz de la Sierra: El país.

Sombart, Werner (1995). ¿Por qué no hay socialismo en los Estados Unidos? En *Reis*, N° 71, pp. 277-370. Madrid: CIS.

Solíz, Andrés (1997). *La fortuna del presidente*. La Paz: La tarde informativa.

Soruco, Ximena (coord.), Franco, Daniela, Durán, Mariela (2014). *Composición social del estado plurinacional. Hacia la descolonización de la burocracia*. La Paz: CIS, Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.

Sppeding, Alison (2013). La racionalidad del racismo. Reflexiones sobre la ausencia de un debate. En *Temas sociales. Revista de sociología*, N°33. La Paz: Carrera de sociología, UMSA.

Sppeding, Alison (2019). ¿Existe la antropología boliviana? En Jhonny Ledezma coord. *Memoria encuentro de investigadores "Avances y desafíos de la investigación en ciencias sociales en Cochabamba"*. Cochabamba: INCISO-FACSO-UMSS.

Ströbele-Gregor, Juliana (2013). El Proyecto estatal del litio en Bolivia. Expectativas, desafíos y dilemas. En *Nueva Sociedad*, N°244, marzo-abril.

Thompson, Edward (1979). *Tradición, revuelta y consciencia de clase*. Barcelona: Crítica.

Thompson, Edward (2002). *Thompson. Obra esencial*. Barcelona: Crítica.

Toranzos, Roca y Arrieta, Abadía (1989). *Nueva derecha y desproletarianización en Bolivia*. La Paz: Unitas, ILDIS.

Trotsky, León (1972). *La revolución traicionada*. México: Juan Pablos.

Trotsky, León (1972). *Alemania. La revolución y el fascismo*. México: Juan Pablos.

Trotsky, León (1985). *Historia de la revolución rusa*, Tomo I. Madrid: Sarpe.

Tse-tung, Mao (1974). Cuatro tesis filosóficas. Barcelona: Anagrama.

Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia, Centro de Investigaciones Sociales (2019). *Movilidad socioeconómica y consumo en Bolivia. Patrones de consumo en sectores emergentes*. La Paz: CIS.

Weber, Max (2004). *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*. México: Fondo de Cultura Económica.

Yacimientos de Litio Bolivianos (2018). *Memoria*. La Paz: Unidad de comunicación y gestión comunitaria.

Zavaleta, René (1983). Las masas en noviembre. En René Zavaleta (comp.). *Bolivia, hoy*. México: Siglo XXI.

Zavaleta, René (1986). *Lo nacional-popular en Bolivia*. México: Siglo Veintiuno.

Zizek, Slavoj (1998). Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional En *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo*. Buenos Aires: Paidós.

Bibliografía y material digital, notas de prensa

ABI (17 de diciembre de 2020). *Ex Presidente Quiroga agradece respaldo de Trump y afirma que Bolivia no será una nueva Cuba*.

<https://eju.tv/2019/12/expresidente-quiroga-agradece-respaldo-de-trump-y-afirma-que-bolivia-no-sera-una-nueva-cuba/>

Aristegui Noticias (26 de noviembre de 2019). *CIDH recaba testimonios de víctimas de la represión en Bolivia*. Aristegui noticias.

<https://aristeguinoicias.com/2611/mundo/cidh-recaba-testimonios-de-victimas-de-la-represion-en-bolivia-videos-y-fotos/>

ANF (28 de noviembre de 2019). *Promulgan ley Plan Uso de Suelos de Beni en medio de cuestionamientos*. Correo del sur.

https://correodelsur.com/sociedad/20191128_promulgan-ley-de-plan-de-uso-de-suelos-de-beni-en-medio-de-cuestionamientos.html

Anonymous Bolivia (15 de enero de 2020). *Bolivia. Las masacres de Sacaba y Senkata: cómo opera el terrorismo de Estado.*

<https://www.youtube.com/watch?v=0ANTDdJhxcQ>

ANRed (11 de noviembre de 2019). *“Ahora sí, guerra civil”, El Alto resiste el golpe de estado en Bolivia.*

<https://www.anred.org/2019/11/11/ahora-si-guerra-civil-el-alto-resiste-el-golpe-de-estado-en-bolivia/>

Aponte, Maribel (26 de noviembre de 2019). *Una potencia mundial en litio, el golpe de estado y la disputa por la supremacía tecnológica entre EEUU-China.* ALAI.

<https://www.alainet.org/es/articulo/203497>

Arkonada, Katu (8 de marzo de 2013). *Proceso de cambio en Bolivia. Avances y desafíos.*

<https://lalineadefuego.info/2013/03/19/proceso-de-cambio-en-bolivia-avances-y-desafios-por-katu-arkonada/>

Bolivia decide (30 de enero de 2020). *Cita con delegados de Camacho, Mesa y CONADE decide la presidencia de Añez.*

<https://boliviadecide.blogspot.com/2020/01/cita-con-delegados-de-camacho-mesa-y.html>

Chávez, Fernando (29 de septiembre de 2019). *Según la encuesta, 68% cree que habrá fraude electoral.*

https://www.paginasiete.bo/nacional/2019/9/29/segun-la-encuesta-68-cree-que-habra-fraude-electoral-232481.html?fbclid=IwAR2twjNoBqsfTYboVrfK3Bftcm6FQBg_tKJg-XwcdiSK64A5TUZMSnDrmnk

Campos, Marcelo (s.f.). *Ministro de Economía: “Por cupos a la soya, por año se perdía casi \$us 380 millones”.*

https://www.eldeber.com.bo/157386_ministro-de-economia-por-cupos-a-la-soya-por-ano-se-perdia-casi-us-380-millones

CIDH (10 de diciembre de 2019). *CIDH presenta sus observaciones preliminares tras su visita a Bolivia, y urge una investigación internacional para las graves violaciones de derechos humanos ocurridas en el marco del proceso electoral desde octubre de 2019.*

<https://www.oas.org/es/cidh/prensa/comunicados/2019/321.asp>

Condori, Betty (28 de diciembre de 2019). *Tuto: Salvatierra ofreció sucesión de Áñez a cambio de salida de Evo.*

<https://www.opinion.com.bo/articulo/pais/tuto-salvatierra-ofrecio-sucesion-anez-cambio-salida-evo/20191227224524743242.html>

Congress.gov (5 de febrero de 2019). *S. 1317-American mineral act.*

<https://www.congress.gov/bill/116th-congress/senate-bill/1317/text>

Comparsa cruceña los artistas (20 de febrero de 2019). *Ser bien – Con Morgan Freeman.*

<https://www.youtube.com/watch?v=0KMQ9QLAP3s>

Correo del sur y ANF (3 de noviembre de 2019). *Cabildo conmina a Evo a renunciar en 48 horas.*

https://correodelsur.com/politica/20191103_cabildo-conmina-a-evo-a-renunciar-en-48-horas.html

Echazú, Carlos (1 de febrero de 2020). *Entretelones del golpe revelan sus relaciones externas.*

<https://rebellion.org/entretelones-del-golpe-revelan-sus-relaciones-externas/>

Eju (6 de enero de 2014). *Socióloga Silvia Rivera dice que “la derecha es el Evo” Morales.*

<http://eju.tv/2014/01/sociloga-silvia-rivera-dice-que-la-derecha-es-el-evo-morales/>

El Chacal (s.f.). *Yo soy un masista.*

<https://www.youtube.com/watch?v=cq2X-9xQkjg>

El Deber (s.f.). *Expulsan del MAS a diputado que se desnudó ebrio en el aeropuerto.*

https://eldeber.com.bo/12772_expulsan-del-mas-a-diputado-que-se-desnudo-ebrio-en-aeropuerto

El Deber (5 de diciembre de 2018). *TSE avala el binomio Evo-Álvaro en medio de protestas*. Correo del sur.

https://correodelsur.com/politica/20181205_tse-avala-al-binomio-evo-lvaro-en-medio-de-protestas.html

El día (22 de mayo de 2014). *Alcalde del MAS acusado de violación regresa a la cárcel*.

https://www.eldia.com.bo/index.php?cat=1&pla=3&id_articulo=145669

EMOL (29 de septiembre de 2014). *Elecciones en Bolivia: Candidato denuncia que hay muertos entre habilitados para votar*.

<https://www.emol.com/noticias/internacional/2014/09/29/682371/opositor-boliviano-denuncia-que-hay-muertos-entre-habilitados-para-votar.html>

ERBOL (Agosto de 2013). *García Linera: El mestizaje no es una identidad*. Datos Bolivia.

<http://datos-bo.com/Bolivia/Sociedad/Garcia-Linera-qEl-mestizaje-no-es-una-identidadq>

Estepa, Héctor (14 de noviembre de 2019). *El Alto reclama un “presidente neutral”*. La tercera.

<https://www.latercera.com/mundo/noticia/alto-reclama-presidente-neutral/900005/>

Galindo, María (7 de octubre de 2014). *La derecha boliviana*.

<https://www.paginasiete.bo/opinion/2014/10/8/derecha-boliviana-34463.html>

Global voices (25 de febrero de 2016). *Bolivianos usan redes sociales para denunciar fraude electoral en el referéndum de Evo Morales*.

<https://es.globalvoices.org/2016/02/25/bolivianos-usan-redes-sociales-para-denunciar-fraude-electoral-en-el-referendum-de-evo-morales/>

Gómez, Alejandro (22 de octubre de 2018). *Evo es la garantía de la unidad en Bolivia*. Los tiempos.

<http://www.cubadebate.cu/especiales/2018/10/22/evo-es-la-garantia-de-la-unidad-del-movimiento-revolucionario-en-bolivia/#.Xkv5aWhKiUk>

Hastie, Nathanael (15 de mayo de 2020). *Transgénicos y el poder de las élites*.

<https://www.facebook.com/FLNAlejoCalatayud/videos/2858695280914185> Última fecha de ingreso: 28 de mayo de 2020.

International Human Rights Clinic, University Network for Human Rights (Julio de 2020). *“They shoot us like animals”*. *Black November and Bolivia’s interim government*.

http://hrp.law.harvard.edu/wp-content/uploads/2020/07/Black-November-English-Final_Accessible.pdf

La Razón, (s.f.).

http://www.la-razon.com/nacional/camacho-padre-policias-militares-video-evo-golpe-arreglo_0_3284071576.html Última fecha de ingreso: 17 de febrero de 2020.

Le Pan, Nicholas (12 de diciembre de 2019). *The new energy era: The lithium-ion supply chain*.

<https://www.visualcapitalist.com/the-new-energy-era-the-lithium-ion-supply-chain/>

Los Tiempos (s.f.). *Conclusiones de la reunión entre cívicos y precandidatos a las elecciones del 3 de mayo*.

<https://www.facebook.com/lostiempos/videos/509706073077333/> Última fecha de ingreso: 1 de febrero de 2020.

Los Tiempos (8 de marzo de 2016). *El gobierno de Evo Morales otorgó por vía directa el 63% de inversión*. Eju!

<http://eju.tv/2016/03/gobierno-evo-morales-otorgo-via-directa-63-inversion/>

Molina, Fernando (noviembre de 2019). *Bolivia: ¿Golpe o (contra) revolución?*

<https://nuso.org/articulo/bolivia-golpe-o-contrarevolucion/>

Muñoz, Rosa (8 de octubre de 2019). *¿Por qué se asoció Bolivia con la empresa alemana ACISA para explotar su litio en Uyuni?* DW.

<https://www.dw.com/es/por-qu%C3%A9-se-asoci%C3%B3-bolivia-con-la-empresa-alemana-acisa-para-explotar-su-litio-en-uyuni/a-50728620>

Noticias Bolivia (20 de noviembre de 2019). *Velan a los muertos de Senkata en El Alto por la brutal represión del ejército y la policía.*

https://www.youtube.com/watch?v=_SnB2MQdDqY

Opinión (5 de marzo de 2020). *“La narrativa de la mentira nuevamente muere”, dice Almagro tras aclaración del MIT.*

<https://www.opinion.com.bo/articulo/pais/narrativa-mentira-nuevamente-muere-dice-almagro-aclaracion-mit/20200305105428754773.html>

Opinión (7 de junio de 2020). *María Galindo compara a Añez con Evo por uso de la censura.*

<https://www.opinion.com.bo/articulo/pais/maria-galindo-compara-anez-evo-uso-censura/20200214235602751431.html>

Ortiz, Pablo (s.f.). *Mujeres llevan huevos a la CAINCO en señal de protesta.*

https://eldeber.com.bo/8751_mujeres-llevan-huevos-a-la-cainco-en-señal-de-protesta

Página 12 (25 de julio de 2020). *Elon Musk reivindicó el golpe en Bolivia y Evo Morales lo cruzó.*

<https://www.pagina12.com.ar/280818-elon-musk-reivindico-el-golpe-en-bolivia-y-evo-morales-lo-cr>

Página Siete (12 de noviembre de 2013). *Las petroleras que negociaron con Goni hoy trabajan con Evo.*

https://cedib.org/post_type_titulares/las-petroleras-que-negocia-ron-con-goni-hoy-trabajan-con-evo-pagina7-12-11-13/

Página Siete (2 de octubre de 2019). *Huelga en Bolivia para romper contratos de litio con firmas de Alemania y China.*

<https://www.paginasiete.bo/planeta/2019/10/2/huelga-en-bolivia-para-romper-contratos-de-litio-con-firmas-de-alemania-china-232954.html>

Página Siete (20 de febrero de 2020). *INRA revierte 25 mil hectáreas irregulares en la Chiquitania.*

<https://www.paginasiete.bo/economia/2020/2/20/inra-revierte-25-mil-hectareas-irregulares-en-la-chiquitania-247264.html>

Palenque televisión (9 de noviembre de 2019). *Convocan al Distrito 8 Cruce Ventilla El Alto.*

<https://www.facebook.com/canalpalenquetv/videos/690037634822805/UzpfSTY1MDM5Njk3MjoxMDE1NzE0NzcwMDYwNjk3Mw/> Última fecha de ingreso: 3 de febrero de 2020

Petras, James (19 de marzo de 2008). *Bolivia y el retorno de la extrema derecha.*

<https://rebellion.org/bolivia-y-el-retorno-de-la-extrema-derecha/>

Prado, Fernando (s.f.). *Primavera cruceña ¿Hacia dónde va la Santa Cruz política?*

https://eldeber.com.bo/166868_primavera-crucena-hacia-donde-va-la-santa-cruz-politica?fbclid=IwAR2WFD7-WrYmaDqjbUP-v3HYtcVPjo0IeGTwHPsN7ZjJmtQMnSolQ51APWL8#.XkrjlCkVaVh. facebook

Primera línea (25 de febrero de 2020). *Doria Medina pretende entregar el litio a multimillonario norteamericano.*

<https://www.primeralinea.info/doria-medina-pretende-entregar-el-litio-a-multimillonario-norteamericano/>

Red Uno (15 de marzo de 2020). *Luis Arce Catacora saca ventaja en la segunda encuesta nacional.*

<https://www.reduno.com.bo/nota/luis-arce-catacora-saca-ventaja-en-la-segunda-encuesta-nacional-202031521100>

Resistencia ciudadana (s.f.)

[https://www.facebook.com/ResistenciaCiudadanaBolivia/?__tn__=kC-y.g&eid=ARB5iwuGz-kDqscwicgiEb9Wpdl6oSat-ZHyEzJbxe8SbzzBvjRWweWF8Oqzd7spmX1H-2n2G4xTLzfi-G&hc_ref=ARRC2_CtxGju77Ge9l99ZJbVLUge4mT2Inhne40w-qOaRCQXAJmCkvxb5QvugmsMNn9A&fref=nf&__xts__\[0\]=68.ARD PQ-BaAREhh9TQlabBh8R5ZARW7-WAMe49iWm-LcXR-3mSM4R9JTvc_fUZPbGCjUoip9FiXTx7Dp4k_oTIfrxwU-1v0s0EvXcCZE-bOEeh3o67LMDAy6Yy0OYqJYMYmxyOKh-vCioCWGH5L1yzoSOz3EOvVwAXr99FXrqAYetnIqDSx-YABS-Vyo9kCSytybui3u2ajBtVYDjRpJGzcZKbr7U6FArM718RrB-fvi_HN87rQXOVwz-QKE0P2hzheIDfBg1PI2xznwc6ufIM4uJR1H-Jvz1s-5s6y-FoP3wUgApbKdS5mqDWw2hFVbd6Nn7y8D6Bj0pYfa-JA-nZ9gCeOyI8bHg3-bOGJ36dCWJj09RBMRBw](https://www.facebook.com/ResistenciaCiudadanaBolivia/?__tn__=kC-y.g&eid=ARB5iwuGz-kDqscwicgiEb9Wpdl6oSat-ZHyEzJbxe8SbzzBvjRWweWF8Oqzd7spmX1H-2n2G4xTLzfi-G&hc_ref=ARRC2_CtxGju77Ge9l99ZJbVLUge4mT2Inhne40w-qOaRCQXAJmCkvxb5QvugmsMNn9A&fref=nf&__xts__[0]=68.ARD PQ-BaAREhh9TQlabBh8R5ZARW7-WAMe49iWm-LcXR-3mSM4R9JTvc_fUZPbGCjUoip9FiXTx7Dp4k_oTIfrxwU-1v0s0EvXcCZE-bOEeh3o67LMDAy6Yy0OYqJYMYmxyOKh-vCioCWGH5L1yzoSOz3EOvVwAXr99FXrqAYetnIqDSx-YABS-Vyo9kCSytybui3u2ajBtVYDjRpJGzcZKbr7U6FArM718RrB-fvi_HN87rQXOVwz-QKE0P2hzheIDfBg1PI2xznwc6ufIM4uJR1H-Jvz1s-5s6y-FoP3wUgApbKdS5mqDWw2hFVbd6Nn7y8D6Bj0pYfa-JA-nZ9gCeOyI8bHg3-bOGJ36dCWJj09RBMRBw)

Sánchez, Agustina (s.f.). *Detrás del golpe: La industrialización del litio en Bolivia.* CLACSO.

<https://www.clacso.org/detras-del-golpe-la-industrializacion-del-litio-en-bolivia/>

Sánchez Berzain, Carlos (19 de septiembre de 2014). *Ejecución del fraude electoral de Bolivia.*

<http://eju.tv/2014/09/ejecucion-del-fraude-electoral-en-bolivia/>

Sanderson, Henry (27 de mayo de 2019). *China se hace fuerte y preocupa a Occidente.*

<https://www.cronista.com/financiertimes/China-se-hace-fuerte-en-litio-y-preocupa-a-Occidente-20190527-0008.html>

Seleme, Susana (10 de abril de 2011). *Evo, Goni, la misma porquería.*

<http://eju.tv/2011/04/evo-goni-la-misma-porquera/>

Spedding, Alison y Orellana, Lorgio (18 de junio de 2019). *Élites tradicionales hegemónicas y nuevas élites en Bolivia*.

<https://www.youtube.com/watch?v=rcSEV4TU6-Q>

Sputnik (9 de diciembre de 2019). *Estados Unidos debe dejar que venezolanos y bolivianos superen sus crisis políticas dijo senador*.

<https://www.elpais.cr/2019/12/09/eeuu-debe-dejar-que-venezolanos-y-bolivianos-superen-sus-crisis-politicas-dice-senador/>

Suárez, Marcelo (s.f.). *Colocan la bandera de la flor del patujú junto a la wiphala y la tricolor en Palacio Quemado*.

https://eldeber.com.bo/156526_colocan-la-bandera-de-la-flor-del-patujú-junto-a-la-wiphala-y-la-tricolor-en-palacio-quemado

Tapia, Luis (s.f.). *Crisis política en Bolivia: la coyuntura de disolución de la dominación masista*.

<http://www.cides.edu.bo/webcides2/index.php/interaccion/noticias-f/264-crisis-politica-en-bolivia-la-coyuntura-de-disolucion-de-la-dominacion-masista>

UNIR (12 de julio de 2012). *Casi la mitad de los bolivianos se autoidentifica como mestizo*.

<https://www.hoybolivia.com/movil/noticia.php?IdNoticia=64272>

Veiga, Gustavo (18 de noviembre de 2019). *La trama civil del derrocamiento de Evo Morales*.

<https://www.pagina12.com.ar/231610-la-trama-civil-del-derrocamiento-de-evo-morales>

20 minutos (29 de noviembre de 2007). *Destituido un ministro boliviano por unas fotos en las que aparece con una prostituta*.

<https://www.20minutos.es/noticia/314426/0/ministro/ebrio/prostituta/>

La presente edición se terminó
de imprimir el mes de septiembre 2020
en Talleres Gráficos “KIPUS”
c. Hamiraya 127 · Telf./Fax.: (591-4)4582716-4237448

“[L]a noción combinada de clase/etnia es retomada por Lorgio Orellana en este nuevo libro y resulta un importante aporte, no solamente para entender la coyuntura crítica de fines de 2019, sino para caracterizar el actual bloque en el poder y la lucha política desde una perspectiva dialéctica. El autor recupera una mirada marxista muy sugerente –aquella esbozada por Mao Tse Tung en sus tesis filosóficas pero, principalmente, en *Acerca de la contradicción*– que combina la lucha de clases con la lucha anti imperialista –la denominada cuestión nacional– en una suerte de dialéctica multidimensional, que exige prestar atención a la dinámica política interna en consonancia con los factores exógenos y las condiciones internacionales.

[...] Lo clasista y lo étnico son articulados de manera creativa para esbozar la composición heterogénea de la sociedad boliviana evitando caer en reduccionismos clasistas o indigenistas. Asimismo, lo político y lo simbólico forman parte de la interpretación de los hechos y el autor otorga a cada esfera su importancia específica [...]

Es un libro que alienta el debate con calidad teórica y destreza metodológica y, en esa medida, es una importante contribución para la comprensión de un hecho reciente que exige ser abordado con perspectiva histórica y sin anclarse en la coyuntura. Estos dos requisitos son cumplidos de manera creativa y rigurosa por el autor de un libro que expresa, además, la continuidad de una producción investigativa que enriquece -con aportes y desafíos- a la comunidad académica universitaria y al campo intelectual.”

Del prólogo de Fernando Mayorga



Dirección de Interacción
Científica y Tecnológica



Agencia Sueca para el
Desarrollo Internacional



ISBN: 978-9917-0-0456-1



9 789917 004561